SUSANNAH NIX

EL EXPERIMENTO DEL MEJOR AMIGO

Entre dos mejores amigos, ¿es posible que también exista la mejor de las químicas?



Planeta

SUSANNAH NIX

EL EXPERIMENTO DEL MEJOR AMIGO

Planeta

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Epílogo
Agradecimientos

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para mi familia

Capítulo uno

Cuando Brooke Hilliard decidió ser bióloga marina, jamás se imaginó que implicaría tanta cera de oído.

Así es. Cera de oído.

Específicamente, cerumen de ballena.

La mayoría de la gente no sabe que las ballenas barbadas producen cera de oído como los humanos. Con el tiempo, la mugre aceitosa se acumula en sus canales auditivos y se endurece en tapones cónicos gigantes. Los tapones de cerumen parecen velas asquerosas y cuando se les corta de manera transversal revelan capas que corresponden a los años de vida de la ballena y pueden estudiarse como los anillos de los árboles o los testigos de hielo que los científicos del clima utilizan para investigar el pasado.

Analizando el cerumen de una ballena se puede saber todo tipo de cosas sobre los lugares en los que ha estado y lo que ha hecho: información sobre sus migraciones, su dieta, sus niveles de estrés, su reproducción, su madurez sexual y los contaminantes en su hábitat, todo está ahí. Si se sabe en qué año murió el animal, no solo se puede determinar su edad, sino también reconstruir toda su vida, año tras año, como una biografía.

Solo a partir de su cerumen. Qué tal.

Todo el mundo lleva recuerdos de su pasado en su interior, pero las ballenas literalmente llevan un registro biológico de su propia vida. Así como pueden contarse los anillos del tronco de un árbol para revelar una imagen del joven retoño que fue, las capas de

cerumen que se acumulan en el canal auditivo de una ballena conservan fotos instantáneas de su juventud.

La verdad es que era bastante fascinante una vez que se superaba el asco de tener que trabajar con bolas viejas y repugnantes de cera, que se había acumulado en el interior de una ballena durante décadas. Afortunadamente para Brooke, había superado por completo todo tipo de repulsión en la secundaria, la primera vez que diseccionó un calamar mientras que su compañera de laboratorio se quedaba a un lado como una inútil teniendo arcadas.

Muchos niños decían que de grandes querían ser biólogos marinos. Sin embargo, cuando llegaban a la preparatoria y se daban cuenta de que la biología no era solo retozar con delfines, dirigían sus sueños en otra dirección.

Brooke, no. A ella no le molestaban las disecciones ni aprenderse de memoria los procesos bioquímicos y la terminología latina. De hecho, le encantaba. Así era ella a la edad de casi veintiséis años: una bióloga marina en el cuarto año del programa de doctorado, analizando cera de oído.

—¿Qué rayos haces aquí tan temprano?

Brooke sonrió al oír la voz de su compañera de laboratorio y la miró por encima del hombro.

—Yo siempre estoy aquí temprano. La verdadera pregunta es qué haces tú aquí tan temprano.

Tara Phillips entró al laboratorio y recogió algo de una de las mesas.

—Anoche se me olvidaron los audífonos. Voy a correr. —Iba vestida con licras de colores disparejos y tenis para correr naranja chillón.

—Masoquista. —Brooke volvió a centrar su atención en el enzimoinmunoanálisis, también conocido como ELISA, que tenía

enfrente. No se le dificultaba despertarse temprano, en realidad, le gustaba ser la primera en llegar al laboratorio todas las mañanas para trabajar sin distracciones, pero despreciaba cualquier tipo de ejercicio.

Tara sonrió, mostrando el hueco entre sus dientes delanteros.

—Lo dice la persona que está trabajando en el laboratorio antes de las ocho de la mañana. —Se acercó y miró por encima del hombro de Brooke—. Santas ballenas, ¿qué tenemos aquí? ¿Estás haciendo otro ELISA? Pensé que ya habías terminado la recolección de datos para el estudio del cortisol.

—Es otra cosa. —Brooke se mordió el labio mientras se concentraba en la pipeta multicanal que estaba utilizando para medir el líquido que vertía en los pocillos de una placa de microtitulación.

Estaba analizando los niveles de progesterona que había en la grasa extraída de las distintas capas de cerumen de una sola ballena hembra, con lo que obtendría información sobre la historia reproductiva del animal, como cuándo alcanzó la madurez sexual y cuántos embarazos tuvo. Ya había cortado las capas de cerumen y las había mezclado con el solvente para extraer los lípidos. El análisis hormonal que estaba realizando implicaba muchas mediciones y muchos pasos, y requería concentración porque si se equivocaba en alguno de ellos, las muestras se arruinarían.

—¿Entonces para qué es esto? —preguntó Tara.

—Es para el premio de estudiantes de posgrado del Ministerio Marítimo. —Brooke acababa de enterarse de la convocatoria. Solo faltaba un mes para que se cerrara el plazo, estaba un poco apretada de tiempos, pero iba adelantada en su investigación de tesis y estaba segura de poder presentar algo puntualmente.

—Un poco ambicioso, ¿no crees?

Eso había sido casi exactamente lo que le había dicho su asesora

cuando Brooke le preguntó si podía darle su recomendación. Pareció sorprenderle que Brooke hubiera decidido participar, pero le deseó suerte y aceptó darle su recomendación.

—Mónica Speight también va a concursar —le dijo Brooke a Tara.

Mónica iba un año adelante de Brooke en el programa y era exactamente lo que Brooke aspiraba a ser. Era la mejor de su grupo, la mejor de su equipo de investigación, la mejor del departamento. Era la estudiante de posgrado favorita de todos los profesores y la ayudante de profesor favorita de todos los estudiantes. Le habían dado la beca más importante dos años consecutivos y tenía más ponencias aceptadas en congresos que cualquier otro estudiante de posgrado de toda la Facultad de Ciencias Biológicas. Mientras que todos los demás iban a batallar para encontrar un puesto de posdoctorado, probablemente Mónica Speight tendría programas haciendo fila para cortejarla.

Brooke no solo quería ser Mónica, también quería vencerla.

Desde que entró al programa, Brooke había estado bajo la sombra de Mónica. A nadie le importaba que Brooke fuera la mejor de su propio grupo, ni que estuviera apenas detrás de Mónica en casi todo. Nunca había tenido la oportunidad de destacar y ser reconocida por sus logros, porque Mónica acaparaba toda la gloria.

Antes de que Mónica se graduara, Brooke estaba decidida a ganarle en algo, aunque fuera solo por una vez.

Tara se rio un poco.

—Sí, desde luego que sí. Ella nunca ha visto un premio que no pueda ganar. Me imagino que por eso tú también lo quieres. Es el siguiente paso en tu plan para sacar de la jugada a nuestra Mónica.

—Yo no estoy tratando de sacar de la jugada a nadie.

—Ay por favor, ustedes son como dos gotas de agua. Hasta se parecen.

Brooke aceptaba que se parecían si no las mirabas muy a detalle. Cabello castaño, ojos cafés, estatura y complexión media. Sin embargo, la tez de Mónica tenía un brillo dorado uniforme y la de Brooke era más pálida y tenía pecas. Muchas pecas.

—Solo quiero demostrar que puedo ganarle en algo. No es una extraña obsesión de amor-odio, como tú y Mathias.

—¡Cállate la boca! —respondió Tara—. Mathias es mi némesis. No es una obsesión amor-odio, es odio-odio.

Tara y Mathias eran ambos de tercer año, y eran enemigos desde el momento en que se vieron por primera vez.

—Por la vez que accidentalmente alteró tu experimento hace dos años.

—No fue un accidente. ¡Lo hizo totalmente a propósito!

—Lo dudo mucho. Ya deberías olvidarlo. —Brooke pensaba que Mathias era bastante agradable. Y su acento noruego era algo sexy.

—No es solo eso. No sigue el horario de limpieza a menos que lo estés presionando, y siempre usa mis puntas para pipetas en lugar de rellenar sus propias cajas. Además, deja migajas por todo el escritorio en la oficina.

—¿Por qué no hablas con él? Tal vez si supiera que te molesta, intentaría mejorar.

—Al diablo. Prefiero librar una guerra silenciosa de agresión pasiva. Como tú y tu mejor amiga Mónica.

—Ya entendí —dijo Brooke, sabiendo que no tenía sentido intentar convencer a Tara. En el tema de Mathias era completamente irracional. De hecho, entre los estudiantes de posgrado había una quiniela sobre cuándo Tara y Mathias iban por fin a caer uno en brazos del otro. Brooke había apostado veinte dólares a que ocurriría en la semana del 4 al 10 de octubre, que se acercaba rápidamente.

—Eso me recuerda: ¿cuál es el animal favorito de un macho?

—Pues, una ballena —respondió Brooke automáticamente—. Tú me lo contaste el mes pasado.

—¡Maldita sea! Debo tener mejor memoria. ¡Bueno! Buena suerte con tu ELISA. Voy a correr. Regreso en una hora. —Tara se despidió al salir por la puerta.

Brooke volvió a trabajar en su análisis hormonal. Veinte minutos más tarde, mientras colocaba las muestras en el agitador de placas donde pasarían las siguientes dos horas, sintió que su teléfono vibraba en el bolsillo de su bata. Luego de deshacerse de los guantes, fue a la oficina compartida contigua al laboratorio y revisó sus mensajes.

Sonrió cuando vio el mensaje de su amigo de la infancia, Dylan.

¡Hola! ¿Qué vas a hacer en quince días?

Hacía meses que Brooke no sabía nada de Dylan y hacía años que no lo veía, pero no importaba. Eran el tipo de viejos amigos que podían retomar la conversación en cualquier momento. De vez en cuando, uno de los dos se ponía en contacto con el otro y volvían a hablar como si no hubiera pasado el tiempo.

Siempre habían sido así: entraban y salían de la órbita del otro, pero siempre acababan volviendo. Tan confiables como el sol y la luna.

Brooke: No mucho. ¿Por qué?
Dylan: ¡Voy a Los Ángeles a una sesión de fotos! ¿Quieres que nos veamos cuando esté ahí?

Dylan era modelo de ropa interior en Nueva York. Lo juro por Dios. A Brooke le daba risa cada vez que pensaba en el hecho de que era amiga de un modelo de ropa interior en la vida real.

Técnicamente, no solo modelaba ropa interior, pero era más

divertido pensar en él como modelo de ropa interior que como modelo de crema de afeitar, de perfumes, de relojes de pulsera o de cualquiera de los otros productos que había exhibido.

Brooke: ¡Sí! Me encantaría verte.
Dylan: ¿Hay alguna posibilidad de que me quede en tu sofá?
Brooke: ¡Por supuesto! Mi casa es tu casa.

El teléfono de Brooke sonó un momento después. «Llamada de Dylan Price», decía en la pantalla, sobre una selfie vieja del baile de graduación de los dos vestidos con ropa de gala y haciendo caras tontas para la cámara. Había olvidado que era la foto que le había asignado a Dylan y sonrió al recordarla, sintiendo una oleada de cariño por su amigo más antiguo.

Había conocido a Dylan a los siete años, el día que su familia se mudó a la casa enfrente de la de él en Baton Rouge. En su primer día de segundo grado en su nueva escuela, él era el único niño que conocía, y se había empeñado en presentársela a todo el mundo como «mi nueva amiga Brooke». Desde ese momento él se instauró casi sin alteraciones como su persona favorita y los dos habían sido inseparables durante toda la primaria.

Una vez que llegaron a la secundaria, Brooke entró a las clases avanzadas, mientras que Dylan se esforzaba por mantener calificaciones aprobatorias. Aun así, se las habían arreglado para seguir siendo amigos, incluso en la preparatoria, mientras ella hacía malabarismos con las clases superiores y él participaba en atletismo y la banda.

Dylan había sido un ñoño desgarbado de lentes, brackets y acné, hasta el verano antes del último año de preparatoria, cuando experimentó un enorme estirón, le quitaron los aparatos dentales y su madre le compró un tratamiento para la piel y lentes de contacto. Casi de la noche a la mañana, el dulce y bobo amigo de Brooke se

transformó en un bombón. Las chicas empezaron a interesarse en él por primera vez y él aprovechó al máximo su nueva popularidad, saliendo con casi toda la sección de instrumentos de viento de la banda de música.

Y ahora era un modelo cuyos relucientes abdominales desnudos habían adornado una vez un espectacular publicitario en Times Square. Quién lo diría. Sin embargo, en su cabeza, Brooke seguía pensando en Dylan como el vecinito del otro lado de la calle que siempre la había cuidado.

—¿De verdad vienes a visitarme? —dijo emocionada, respondiendo su llamada mientras se dejaba caer en la silla del escritorio.

—¡Sí! Si estás segura de que no te molesta que me quede contigo. —Su voz era cálida y resonante, y al instante la hizo recordar todas las noches que habían pasado hablando por teléfono, desnudando sus almas adolescentes el uno al otro. Parecía que había pasado toda una vida y al mismo tiempo como si hubiera sido ayer—. También puedo perfectamente conseguir un hotel si te funciona mejor.

—¡Para nada! Resulta que tengo un sofá de cinco estrellas. Estoy segura de que es más cómodo que la mayoría de las camas de hotel.

—Genial. Pensé que así nos podíamos ver más.

—Sí, genial. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —Alzó la mano para retorcer el fino cabello castaño que se había recogido en una cola de caballo.

—Una semana, de domingo a domingo. ¿Crees que puedas aguantarme tanto tiempo?

—¡Una semana entera! ¡Guau! Es una sesión de fotos muy larga.

—La sesión es solo un día, pero pensé en tomarme la semana entera y disfrutar unas vacaciones. Me vendría bien un descanso.

Brooke se sentía honrada de que quisiera tomarse una semana entera de vacaciones para estar con ella, aunque también un poco desconcertada. Por lo que había visto en sus redes sociales, parecía que a Dylan le iba muy bien. Daba la impresión de que podía irse de vacaciones a donde quisiera. Entonces, ¿por qué iba a querer pasárselas durmiendo en su sofá?

—¿Está todo bien? —le preguntó mordiéndose el labio.

—Claro. Sí. Genial. Solo que trabajo demasiado.

Ella siempre se había dado cuenta de cuando estaba mintiendo.

—¿De verdad? Suena como si fuera algo más.

Él dejó escapar un suave suspiro.

—No es nada del otro mundo. Te contaré todo cuando esté ahí.

—Trato hecho. —Sería más fácil sacarle la verdad en persona, y tendrían mucho tiempo para hablar de lo que necesitara. Demasiado tiempo, tal vez. No estaba segura de cómo iba a entretenerlo durante toda una semana.

—¿Cómo van las cosas contigo? —preguntó Dylan—. ¿Cómo está tratando la vida a mi bióloga marina favorita?

—Bien. Aburrido. Ya sabes. —Analizar los niveles hormonales en la cera de oído de las ballenas no podía compararse con la glamurosa vida de Dylan en Nueva York. Con base en sus redes sociales, su vida básicamente era una serie interminable de fiestas increíbles con gente hermosa en elegantes departamentos de Manhattan. Por no hablar de todos los viajes que hacía. Tan solo en el último año, había publicado fotos de París, Praga, Phuket y Tulum. El sencillo departamento de Brooke no podía compararse con nada de eso, aunque su fraccionamiento tuviera alberca—. Espero ser lo suficientemente emocionante para ti.

—Emoción es exactamente lo contrario de lo que estoy buscando. Lo único que quiero es pasar unos días a gusto, tranquilos y

relajantes con mi vieja amiga.

Brooke sonrió al darse cuenta de cuánto lo había extrañado.

—Eso definitivamente sí puedo hacer que suceda.

—Y tal vez ver algunas películas de artes marciales. Suponiendo que todavía te gusten las películas de artes marciales.

—Siempre. —Había sido una de sus actividades favoritas cuando eran niños. Habían ocupado sábados interminables viendo películas viejas de Jackie Chan y Bruce Lee en el sofá floreado de la sala de Dylan.

—Bien. Suena paradisíaco.

Era curioso cómo podían pasar los años y sus vidas podían ir en direcciones totalmente opuestas y, sin embargo, seguían manteniendo una conexión.

—Entonces, te veo en un par de semanas —dijo Dylan.

—Me muero de impaciencia.

Después de despedirse, Brooke volvió a mirar la vieja foto del baile de graduación de ella y Dylan. Hacía mucho tiempo que no pensaba en esa noche, sobre todo porque se había esforzado mucho por olvidarla.

Se suponía que iba a ser una cita de amigos. Puramente platónica.

Habían hecho el pacto en el primer año de preparatoria. Si los dos estaban sin novio cuando fuera el baile de fin de curso, irían juntos. Solo como amigos, por supuesto. En fin, esa había sido la intención.

Sin embargo, la noche no había salido exactamente como habían planeado.

Brooke estaba teniendo dificultades para superar una ruptura y siempre había pensado que Dylan la había invitado al baile porque se dio cuenta de que estaba pasando un mal momento. Él podría haber ido con cualquier otra persona, pero en lugar de eso había hecho honor a su pacto. La estaba cuidando, como siempre había

hecho.

«¿No sería más divertido que fuéramos juntos?», recordó que le había dicho. «Tú y yo siempre nos la pasamos muy bien, y así nuestros recuerdos del baile serán uno del otro, en lugar de alguna cita cualquiera que probablemente no volveremos a ver después de la graduación».

Aunque solo fuera una cita por lástima, Brooke aprovechó la oportunidad. Había tenido un año horrible y la perspectiva de ir al baile con uno de sus mejores y más antiguos amigos era mucho mejor que cualquier otra alternativa que hubiera podido imaginar. Probablemente ni siquiera habría ido al baile de no haber sido por Dylan.

Sobre todo porque Kyle iba a estar ahí con su nueva novia. Después de lo que le había hecho, Brooke no podía soportar la idea de enfrentarse a él ella sola.

Sin embargo, Dylan había hecho todo lo posible para que ella se la pasara bien: flores, limusina, cena en un restaurante cinco estrellas. Hacía tiempo que no se veían los dos solos, debido a sus divergentes hazañas románticas, y era agradable volver a tener a Dylan para ella sola. Se había divertido tanto bailando toda la noche con Dylan que apenas se había fijado en Kyle y su nueva novia, y en las miradas desagradables que él y sus amigos le habían dirigido.

Por una noche mágica, había sido como si no existiera nadie más que Dylan y ella en el mundo.

Después del último baile, cuando los pies les dolían tanto que apenas podían caminar, volvieron a la limusina que los esperaba para llevarlos a casa. Brooke se sentía eufórica de endorfinas, pero también un poco mareada por el Jack Daniels que Dylan había llevado de contrabando en el baile. Los dos estaban un poco borrachos, para ser honestos.

Era la única explicación que se le ocurría para justificar el beso.

Brooke recordaba que estaba cansada y había apoyado la cabeza en el hombro de Dylan. En algún momento, él había girado la cara para mirarla y había quedado a escasos centímetros de la de ella. Después, él cerró los dedos alrededor de su nuca y, cuando se dio cuenta, la estaba besando.

Hasta ese momento, nunca había pensado en Dylan de esa manera.

Bueno, tal vez lo había pensado un poco.

Más que un poco.

Pero nunca se había imaginado que él pensaría en ella de esa manera.

La sorprendió por completo. Pero también se sintió increíble… y adecuado, como nunca se había sentido besar a Kyle. El zumbido eléctrico que Brooke sintió cuando los labios de Dylan tocaron los suyos no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Le abrió todo un mundo de posibilidades.

Sin embargo, justo cuando empezaba a hacerse a la idea, él se detuvo y se apartó.

Brooke jamás olvidaría la expresión de su cara. Vergüenza, arrepentimiento y horror, todo mezclado en uno. Horror de verdad. Solo porque la había besado.

Dylan se disculpó tartamudeando y retrocedió lo más que le permitió el asiento de la limusina.

—Olvidemos lo que pasó —le dijo, pasándose la mano por la boca, y el corazón de Brooke se partió en dos. Porque no lo había hecho a propósito. No había querido besarla. Solo había sido un accidente, un error de borracho, y ahora quería retractarse.

Justo cuando empezaba a gustarle la idea de besar a Dylan. A gustarle de verdad.

No habían vuelto a hablar de eso después de aquella noche. Los dos se habían esforzado por fingir que no era para tanto. Sin embargo, para Brooke sí lo había sido. Incluso en ese momento, siete años después, se le revolvía el estómago al recordarlo.

Que no hablaran de eso para nada era suficiente. En especial cuando Dylan iba a dormir en su sofá durante una semana para alejarse de lo que fuera que le estuviera pasando en Nueva York.

Había acudido a ella porque necesitaba una amiga, y Brooke tenía la intención de ser la amiga que él necesitaba, no una chica triste y melancólica enamorada de él sin que la correspondiera.

Dylan siempre, sin excepción, la había cuidado y ahora, por fin, ella podía devolverle el favor.

Lo que significaba no pensar obsesivamente en el capítulo más doloroso de su historia. «Olvidemos lo que pasó», le había dicho, y eso era exactamente lo que ella iba a hacer. Los recuerdos de aquella noche volverían a la caja fuerte donde Brooke los había enterrado hacía años.

No iba a pensar en besar a Dylan mientras él estuviera ahí.

Para nada.

Ni una sola vez.

Capítulo dos

—Salud por el Festival del Queso y el Vino 2020.

Brooke chocó su copa de syrah contra las copas de las otras invitadas a la despedida de soltera reunidas alrededor de la mesa.

—¡Y por Penny! —dijo Olivia a su lado, alzando de nuevo su copa —. ¡Por su última semana de soltera! —Todas alzaron sus copas mientras celebraban y aplaudían a la futura novia.

Brooke conocía a Olivia desde la universidad y después se había hecho amiga de Penny a través de ella. Algunas de las otras mujeres de la mesa eran amigas del grupo de tejido de Olivia y Penny, a quienes Brooke solo conocía un poco, aunque le rentaba su departamento a Esther, que estaba sentada frente a ella. A las tres mujeres restantes, que iban a la clase de yoga de Penny, Brooke las acababa de conocer esa noche.

Se habían reunido para la despedida de soltera de Penny, que había empezado con manicure, pedicure y champaña en una estética cercana antes de trasladarse al bar de vino donde se encontraban en ese momento. En la mesa que tenían enfrente había varias botellas de vino abiertas y la tabla de quesos más grande que Brooke hubiera visto jamás, de ahí lo de «Festival del Queso y el Vino 2020».

—¡Yupi! ¡Hurra! —gritó la amiga del yoga de lentes, que se llamaba Melody y que lucía en la mano izquierda un anillo de compromiso de diamante del tamaño de un Fiat—. Aunque me da mucha pena que no te vaya a ver caminar al altar.

Penny se iba a casar en Virginia una semana más tarde, así que ese fin de semana estaban celebrando su despedida de soltera en Los Ángeles. Olivia, que era dama de honor de Penny, era la única de ellas que haría el viaje para la pequeña boda familiar. Sin embargo, cuando regresaran de su luna de miel dos semanas después, Penny y Caleb iban a organizar una recepción para sus amigos de Los Ángeles.

—¡Ya sé! —dijo Penny, frunciendo los labios en un puchero—. Pero la iglesia es diminuta y mi familia es enorme, y el banquete va a ser en casa de mis papás. La fiesta aquí va a ser mucho mejor. Además, no van a tener que ver a mi tía abuela Naomi comer pastel sin sus dientes.

—¡Guácala! —Esther arrugó la nariz mientras tomaba otro trozo de queso manchego de la tabla. Llevaban veinte minutos atiborrándose de queso y apenas parecía notarse; así de enorme era la tabla de quesos.

—¿Ustedes cuándo se casan? —le preguntó Penny a Melody, apuntándola con un palillo de queso como si fuera el puntero de un profesor—. Parece como si llevaran toda la vida comprometidos.

—A mí también me parece una eternidad. —Melody frunció el ceño mientras giraba el enorme anillo de su dedo—. Es que es muy complicado con su familia y todo eso.

—Las familias lo complican todo —dijo Olivia, lanzándole a Brooke una mirada llena de sentimiento.

Brooke apretó con cariño el brazo de su amiga. Ella y Olivia habían llegado a California huyendo de sus estados para la universidad porque querían poner distancia entre ellas y sus complicadas relaciones familiares. Como compañeras de cuarto en la Universidad de Los Ángeles, se habían hecho amigas porque ambas eran de la zona de la costa del Golfo y por el hecho de que ninguna de las dos

deseaba volver a casa durante las vacaciones.

—Deberían hacer una boda de destino —sugirió otra de las amigas de yoga. Lo único que Brooke sabía de ella era que se llamaba Lacey López, que parecía ser capaz de aplastar una sandía entre sus muslos y que estaba en una relación con Tessa, la tercera amiga de yoga que, al parecer, era la instructora. Las chicas del grupo de yoga eran intimidantemente hermosas y estaban muy en forma, lo que hacía que Brooke se sintiera acomplejada por sus piernas de pájaro y su pecho plano.

Además, todas tenían pareja. Al mirar a su alrededor, Brooke se dio cuenta de que todas las demás estaban casadas, comprometidas o tenían una relación seria y duradera. De las nueve mujeres, ella era la única soltera.

«Bien. Bien, bien, bien».

No era que le molestara ser soltera. Al contrario, le encantaba. No cambiaría de lugar con las demás por nada del mundo. A Brooke le gustaba estar sola, y había pasado suficiente tiempo en el mundo de las citas como para considerarse afortunada de no tener que lidiar con un hombre en su vida.

Lo único que le molestaba de ser soltera era que, cuando la superaban en número quienes estaban felizmente emparejadas, la conversación solía girar en torno a temas que no le interesaban o la incluían.

—Ninguno de mis familiares o amigos podría gastar en ir a una boda de destino —dijo Melody.

Lacey se encogió de hombros.

—Pídele a la madre de Jeremy que se la pague a todos. No es como que no le alcance.

Melody negó con la cabeza.

—La señora no aprueba las bodas de destino, así que jamás

estaría de acuerdo con eso. Siempre se queja de la arena y la ropa formal. Tiene ideas muy particulares sobre cómo debe ser una boda de sociedad, y la mayoría tienen que ver con impresionar a sus amigos y socios ricos.

—Por eso Jonathan y yo nunca nos vamos a casar —anunció Esther mientras se comía otro trozo de queso manchego—. Nuestras familias son una pesadilla, y pensar en todos juntos en una boda hace que sude de la ansiedad. Es demasiado problemático. ¿Y para qué? ¿Una ceremonia sin sentido y un pastel gigante?

—Qué linda. —Jinny, la mejor amiga de Esther, que acababa de casarse unos meses antes, le dio un codazo a Esther—. ¡Vinimos a celebrar la boda de Penny y tú te pones a hablar mal de las bodas!

—¡Auch! —Esther se frotó el brazo donde Jinny le había pegado—. ¡No estaba hablando de tu boda ni de la de Penny! Solo de las bodas en general.

—Yo haría una boda solo por el pastel —dijo Olivia encogiéndose de hombros—. Tú lo estás haciendo bien, Penny. Dos recepciones significa también dos pasteles.

A Penny se le iluminó la cara y se volteó hacia Olivia.

—¡Espera! ¿Eso significa que Adam y tú ya empezaron a hablar de matrimonio?

—Noooo. —Olivia sacudió la cabeza mientras llenaba su copa de chardonnay—. Definitivamente no.

—¿Por qué no? —le preguntó Penny—. Llevan mucho tiempo juntos.

—Déjala en paz. —Cynthia, otra chica del grupo de tejido, señaló a Penny con el dedo y empujó su copa de vino vacía hacia Olivia para que se la llenara—. Que tú te vayas a casar no significa que todo el mundo tenga que casarse.

Olivia y su novio Adam se estaban tomando las cosas con calma.

Seguían viviendo en departamentos separados y, por lo que Brooke sabía, no tenían planes de irse a vivir juntos. No porque no fueran felices, en realidad, parecían delirantemente felices, sino porque les gustaba que fuera así. Olivia decía que para ellos era importante poder irse a veces a sus propios espacios.

Brooke valoraba su tiempo a solas, por lo que se sentía identificada. A veces intentaba imaginarse en una relación seria y comprometida, compartiendo toda su vida y su casa con otra persona, pero esa perspectiva la repelía.

Según ella, un nuevo vibrador le resultaría más útil que un nuevo novio.

Últimamente había estado pensando que lo que realmente quería era un amigo con quien pudiera tener sexo. Alguien a quien pudiera llamar cuando tuviera ganas de compañía e ignorar cuando no. No sería difícil de encontrar. A partir de los libros, las películas y la mayor parte del internet, el mundo estaba lleno de hombres emocionalmente distantes a los que solo les interesaban los aspectos físicos de una relación. Y sin embargo, nunca había conseguido encontrarse con uno.

Quizá para eso tuviera que aventurarse en las citas online. «Puaj». Brooke no soportaba la idea. No tenía tantas ganas como para tolerar deshacerse de los asquerosos y hacer malabares solo para averiguar si alguien era atractivo o repulsivo.

Brooke estaba convencida de que no estaba hecha para tener pareja. Había intentado salir con alguien, una y otra vez, pero siempre le había parecido más problemático de lo que valía la pena. La intimidad física podía ser muy divertida, aunque con demasiada frecuencia también resultaba decepcionante, pero la intimidad emocional nunca parecía llegar. En cuanto un chico intentaba acercarse a ella, Brooke empezaba a desear alejarse.

Ni siquiera podía culpar necesariamente a los hombres. Los últimos habían sido tipos perfectamente agradables y decentes. Debía ser culpa suya.

Lo más cerca que había estado de la cohabitación fue cuando a su último novio se le reventó una tubería del edificio y tuvo que quedarse tres semanas con ella hasta que la arreglaron. Se habían vuelto locos el uno al otro. Cuando el departamento de Garrett volvió a ser habitable, los dos tenían los nervios destruidos y estaban listos para terminar. Brooke nunca se había alegrado tanto de ver el final de una relación; desde entonces, no había vuelto a tener la tentación de salir con alguien.

Incluso la ponía un poco nerviosa que Dylan fuera a quedarse con ella una semana entera. Eran amigos desde siempre, pero hacía años que no pasaban tiempo juntos. Incluso cuando solían salir con regularidad, nunca habían compartido un espacio para vivir. Siempre podía volver a su casa al final del día.

¿Y si la desquiciaba? ¿Y si se habían distanciado tanto desde la preparatoria que no tenían nada de qué hablar? ¿Y si se había convertido en un imbécil en Nueva York? ¿O en un desgraciado? ¿O en un esnob?

Lo que le recordó que todavía tenía que comprar algunas cosas para su departamento antes de que él llegara el siguiente fin de semana.

La conversación en la mesa había vuelto al tema de las bodas de destino, sobre las que Brooke no tenía ninguna opinión, así que sacó el teléfono de su bolsillo y navegó en la página de Pottery Barn mientras mordisqueaba un trozo de queso cheddar inglés. Si iba a tener un invitado en casa, probablemente debería mejorar algunas de sus cosas.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Olivia, inclinándose para mirar

por encima de su hombro.

Brooke levantó la vista del teléfono, sintiéndose culpable.

—Toallas.

—¿Estás comprando toallas? —le preguntó Jinny—. ¡Déjame ver! —Le extendió la mano y Brooke le pasó su teléfono—. Me gustan. Sus toallas son muy bonitas y gruesas —declaró Jinny con un gesto de aprobación.

—Me gusta que parezcan toallas de hotel elegante —dijo Brooke. Eran mucho más bonitas que sus toallas actuales, y también mucho más caras.

—¿No compraste toallas nuevas el año pasado? —le preguntó Olivia—. Claro que sí. Las bonitas con ballenas por todas partes.

Jinny le devolvió el teléfono a Brooke.

—Son toallas del súper y las compré en la sección de niños. Estaba pensando en invertir en algo un poco más adulto antes de que llegue Dylan. —En ese entonces, había pensado que las toallas de ballenas serían bonitas, pero ahora le parecían demasiado infantiles para tener compañía.

—¿Quién es Dylan? —preguntó Esther.

—Un amigo de la prepa —respondió Brooke, guardando el teléfono —. Va a venir a Los Ángeles la semana que viene y se va a quedar conmigo.

Cynthia hizo una mueca.

—¿Por qué compras toallas nuevas para un hombre? Las va a dejar amontonadas en el suelo con su ropa sucia del gimnasio y sus calcetines.

—Lo entenderías si hubieras visto a este tipo —le dijo Olivia—. Es el siguiente nivel de guapo.

—Dios mío, ¿estamos hablando de Señor Nalgas? —preguntó Penny, inclinándose hacia delante—. ¿Va a venir?

Brooke parpadeó.

—¿Señor cómo?

Penny tomó su copa de vino.

—El modelo de ropa interior, ¿no?

—¿Cómo sabes de él? —Brooke estaba casi segura de que nunca le había hablado de Dylan a Penny. No hablaba tanto de él, ¿o sí?

—Creo que yo le conté a Penny de él —admitió Olivia encogiéndose de hombros.

—Y desde luego que stalkeamos su Insta también. ¡Ay, Dios! —Penny se abanicó con la mano.

Olivia sonrió.

—Y entonces Penny empezó a decirle Señor Nalgas por la foto esa en la que…

—Sí, ya sé cuál —dijo Brooke, interrumpiéndola. Había intentado bloquear el recuerdo de esa foto en particular, de Dylan acostado boca abajo en una cama, completamente desnudo. Prefería mantener una dicotomía entre lo que sentía por su amigo de la infancia Dylan y lo que sentía por el hombre inquietantemente sexy de su perfil de Instagram.

—Porque tiene unas nalgas increíbles —le explicó Penny.

—Sí, me lo imaginaba —dijo Brooke, deseando que todas dejaran de hablar de las nalgas de Dylan.

—Redondas y brillantes. —Penny suspiró soñadoramente—. Como dos manzanas maduras perfectas.

—Todo es Photoshop. —Brooke sintió la necesidad de puntualizar. Dylan no se veía así en la vida real.

¿O sí?

No era posible. No lo había visto en persona desde que se había mudado a Nueva York, pero por Dios, esperaba que no se viera tan bien en persona.

—Oh, no, esa era una toma sin retocar —dijo Olivia sin ánimo de ayudar—. Lo decía en el pie de foto. *Au naturel*.

Esther se apoyó la barbilla en la mano.

—¿Qué vas a hacer con tu sexy modelo de ropa interior mientras esté aquí? —Torció la boca en una sonrisa pícara—. A mí se me ocurren unas cuantas cosas…

—Es como un hermano —insistió Brooke. Un hermano del que estaba enamoradísima, claro, pero de eso hacía ya mucho tiempo.

Esther ladeó la cabeza.

—¿Pero de verdad lo es? ¿De verdad es como un hermano?

Olivia le dio un codazo a Brooke.

—Sí, ¿no fuiste al baile de graduación con él?

—Bueno, sí —admitió Brooke—. Pero solo como amigos. —Más o menos. Casi. Pero no exactamente—. Guau, tanto queso le estaba secando la boca. Tomó su copa de vino y bebió un trago.

—¿No lo besaste la noche de la graduación? —insistió Olivia.

Brooke tragó más vino y se limpió la boca antes de contestar.

—Fue casi por casualidad. Algo de una sola vez. Los dos nos arrepentimos al instante. —Por lo menos, uno de los dos.

Esther le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Ya, a ver, lo que te oigo decir es que es menos como un hermano y más como un amigo guapísimo al que has besado por lo menos una vez.

Brooke fulminó a Olivia con la mirada.

—Me arrepiento de haberte contado sobre él.

—¡Entonces sí te gusta! —la acusó Penny, apuntándola con un palillo de queso—. ¡Lo sabía!

—No, definitivamente no. No de esa manera. —Brooke alcanzó la botella de syrah y se sirvió otra copa.

—Entonces, ¿por qué compras toallas nuevas para él? —preguntó

Lacey desde el otro extremo de la mesa—. ¿A quién le importan un bledo las toallas?

—Resulta que a mí me encantan las toallas nuevas —dijo Tessa, sacándole la lengua a su novia.

Brooke se acomodó en su asiento.

—Vive en Nueva York, va a puras fiestas ostentosas, se codea con famosos y gente de la moda neoyorquina, viaja por todo el mundo y se aloja en hoteles de lujo. No quiero que piense que soy sosa. Tachen eso. No quiero que sepa lo sosa que soy.

—A mí me suena a que te gusta —dijo Melody, y Tessa asintió.

—Yo creo que deberíamos volver a cambiar de tema y mejor hablar de Penny y su próxima boda —anunció Brooke, volteando hacia la futura novia—. ¿Estás emocionada?

La sonrisa de Penny vaciló un poco.

—Más que nada, estoy nerviosa; no por casarme, sino por todo el asunto familiar. Todavía no sabemos si vendrá alguien de la familia de Caleb, y mi mamá está como loca porque no habrá nadie en la banca del lado de Caleb en la iglesia.

—¿De verdad no irían a la boda de su propio hijo? —preguntó Olivia—. O sea, ya sé que hay ciertas tensiones, pero ¿de verdad faltarían a su boda?

Brooke pensó en sus propios padres, que no habían ido a visitarla ni una sola vez desde que se había mudado a Los Ángeles, ni siquiera para su graduación de la universidad. ¿Irían si se casara? ¿O simplemente se inventarían una excusa para no ir?

Tenía la sensación de que sabía la respuesta.

Lo irónico era que Brooke solía ser muy unida a sus padres. Claro que habían sido muy estrictos y habían presionado a sus tres hijos para que siempre trataran de ser los mejores, pero ella creía que era su manera de querer, un poco rígida y constreñida. Había pasado la

mayor parte de su infancia luchando por su aprobación y pavoneándose cuando conseguía obtenerla, lo cual ocurría a menudo, pues era una buena estudiante que rara vez se metía en problemas.

Hasta que se había metido en el peor problema del mundo.

Sus padres no estaban muy contentos cuando empezó a salir en citas. Tenían una opinión muy estricta sobre las relaciones entre hombres y mujeres solteros, y les preocupaba mucho que su hija tuviera novio. Sin embargo, Kyle era de una buena familia e iba a su iglesia. Los padres de Brooke conocían a los de Kyle. Brooke y él asistían al mismo grupo eclesiástico juvenil y los dos tenían tarjetas de voto de virginidad, con cupones de Domino's Pizza en el reverso. Parecía la elección más segura para el primer novio de su hija, por eso, a regañadientes, habían dado su bendición a la relación.

No sospechaban que, a pesar del voto de virginidad y de la educación en la abstinencia, Kyle estaba tan caliente como cualquier chico de su edad, y Brooke tenía las mismas ganas de averiguar a qué se debía tanto alboroto. La hazaña resultó ser un poco menos mágica de lo que ella se había imaginado, pero lo suficientemente divertida como para repetirla cada vez que conseguían estar a solas. Por desgracia, ninguno de los dos había querido arriesgarse a que los vieran comprando condones, y las pastillas anticonceptivas estaban totalmente descartadas, así que tontamente habían confiado en el método anticonceptivo de «sacar y rezar».

Resultó que sus habilidades para rezar no eran tan buenas.

La relación de Brooke con sus padres nunca se había recuperado después de la ignominia que habían recibido ella y su familia. Por otro lado, todavía no tenía claro si el mayor crimen para ellos había sido su promiscuidad o su decisión de interrumpir el embarazo, aunque ya no le importaba lo que pensaran. Prácticamente la habían

dado por perdida, así que ella les había devuelto el favor.

—Yo solo quiero evitar que Caleb se altere —dijo Penny, y la mente de Brooke volvió a la conversación actual.

Cynthia apretó el brazo de Penny.

—Tanto si sus padres vienen a la boda como si no, los dos van a estar bien. Es su día. No dejen que nadie lo arruine.

—Así es —dijo Brooke con sentimiento—. Con sus padres o sin ellos, al final del día Caleb y tú van a estar casados, que es lo único que realmente importa.

A la mierda los padres de Caleb, y a la mierda los de ella también.

La sangre no hace una familia, es solo un accidente de la naturaleza.

La familia son las personas que están a tu lado pase lo que pase, no las que no se aparecen cuando las necesitas.

Capítulo tres

Brooke acomodó los cojines nuevos en el sofá y dio un paso atrás para examinar su trabajo. Frunció el ceño y los reacomodó para que parecieran más naturales. Más casuales, ese era el efecto que buscaba. Como si los hubiera echado en el sofá sin ningún esfuerzo.

«Agh, no».

Ahora parecían descuidados. Los reacomodó para que no estuvieran tan desordenados. Solo que ahora parecían demasiado falsos, como si se estuviera esforzando demasiado. No quería que Dylan pensara que había dedicado horas a intentar que su departamento pareciera tan perfecto como una foto de Pinterest para él, aunque eso era exactamente lo que había pasado.

Volvió a mirar la hora e hizo un rápido cálculo mental. Según la página web de la aerolínea, el avión de Dylan había aterrizado a la hora prevista. Si calculaba el tiempo para que bajara del avión, pidiera el coche rentado y condujera desde el aeropuerto de Los Ángeles hasta su departamento, debía llegar… en cualquier momento.

Nerviosa, Brooke volvió a acojinar las almohadas, resistiendo el impulso de asomarse al balcón a esperarlo. Ella le había ofrecido recogerlo en el aeropuerto, pero como él había rentado un coche para desplazarse durante su estancia en Los Ángeles, tenía mucho más sentido que lo esperara en su casa.

Ahora que los veía con detenimiento, le preocupaba que sus nuevos cojines parecieran corrientes. Le habían parecido elegantes

en la tienda, pero en retrospectiva temía que fueran demasiado… aburridos. O raros. O algo.

Su intención era comprar algo moderno y adulto, dos adjetivos que normalmente no usaría para describir su estética, pero después encontró un cojín con una ballena que le había parecido tierna y, por el amor de dios, era incapaz de resistirse a una broma con ballenas.

«La vida ballena de maravillas», decía en letras cursivas junto a una sonriente ballena de caricatura. Había elegido un cojín complementario de terciopelo en un tono turquesa para darle un toque de color que esperaba que sirviera para disimular lo liso y aburrido que era su sofá, pero ahora deseaba haber comprado los cojines con patrones geométricos en su lugar.

En fin, «o delfín», como le gustaba decir cuando se sentía simpática, el daño ya estaba hecho. Ahora esos eran sus cojines.

¿Debería arrugarlos o algo así? ¿Eso hacía la gente? ¿O solo su madre?

Mientras Brooke reacomodaba sus cojines nuevos por enésima vez, oyó el espantoso sonido de su gato soltando una bola de pelo en algún lugar del departamento.

—¡Por favor, Murderface, ahora no! —gimió.

La sincronización del gato era impecable, había que reconocerlo. Siempre se las arreglaba para expulsar sus bolas de pelo en el peor momento posible. Cuando estaba a punto de sentarse a comer. O la vez que había traído una cita a su casa y el gato había vomitado justo enfrente del sofá cuando las cosas empezaban a ponerse calientes.

Aunque, en retrospectiva, en aquella ocasión probablemente debería haberle agradecido a Murderface su intento de intervención, porque ese tipo había resultado ser un fiasco en la cama.

Siguiendo las arcadas hasta el baño, Brooke encontró a su enorme

gato atigrado, Murderface McGee, justo a tiempo para verlo expulsar una gigantesca bola de pelo sobre su flamante tapete de baño blanco.

—Impresionante. Muchas gracias —murmuró mientras el gato se alejaba trotando orgulloso, agitando la cola como si acabara de dejarle un regalo envuelto con un moño.

Arrancó un puñado de papel higiénico, recogió la bola de pelo y la tiró por el excusado. Por supuesto, había dejado una mancha enorme y asquerosa en medio del tapete, que ahora habría que lavar. No había tiempo de meter el tapete a la lavadora de abajo, pero con suerte podría lavarlo a mano y dejarlo colgado para que se secara antes de que llegara Dylan.

Metió el tapete a la regadera, abrió la llave y empezó a lavar. Milagrosamente, consiguió quitar la mancha con un poco de esfuerzo y jabón. Por desgracia, también logró empapar la parte delantera de su playera gris como si hubiera dado una vuelta por Splash Mountain en Disneyland.

También por desgracia, justo cuando había terminado de colocar el tapete sobre la barra de la cortina de la regadera para que se secara y se disponía a ir por una playera limpia, llamaron a la puerta del departamento.

Dylan.

Había llegado, y Brooke parecía la perdedora de una pelea de playeras mojadas. Genial. Como en los viejos tiempos, entonces.

Se secó las manos en los pantalones y se apresuró a abrir la puerta.

«Guau».

Bueno, pues ahora Dylan había alcanzado niveles increíbles de atractivo.

Ella sabía que era guapo por las fotos, claro, pero solo de una

manera básicamente teórica. En su mente seguía siendo el dulce niñito del que había sido amiga en la secundaria. El Dylan de las selfies de poses perfectas y de las fotos que publicaba en Instagram nunca le había parecido real. ¿No se suponía que en aquella red social todo era falso?

El atractivo de Dylan no era falso. De hecho, en persona se veía incluso más guapo de lo que parecía en sus fotos. Mucho, mucho más guapo. Como si su atractivo emitiera una corriente de partículas que reaccionaban con todo con lo que entraban en contacto físico.

Brooke había intentado mantener la calma y expectativas bajas con respecto a su visita, pero cuando él le sonrió en la puerta de su casa, estuvo segura de que había sufrido un mini infarto inducido por su guapura.

—¡Hola! ¿Te interrumpí en medio de algo? —Movió las cejas sobre sus brillantes ojos azules mientras señalaba su pecho.

—¿Qué? —Brooke bajó la mirada y recordó su playera empapada, que se le pegaba al pecho como vidrio plástico, justo cuando sus pezones habían decidido sobresalir a través de su brasier como un par de cabezas de clavo. Horrorizada, separó la tela mojada de su cuerpo—. Ay, perdón. Estaba limpiando un desastre de última hora.

—Me encanta tu casa —le dijo Dylan, inclinándose hacia delante para rozarle la mejilla con un beso. Al parecer, eso era lo que hacían ahora. Besarse en la mejilla como una pareja de la alta sociedad francesa.

Antes de que Brooke se recuperara del beso, Dylan la envolvió en un abrazo.

Brooke dejó escapar un largo suspiro mientras su cuerpo se relajaba instintivamente contra el de él. Por lo menos, eso le pareció normal y más parecido al Dylan que recordaba. Tenía un olor familiar debajo del elegante perfume que llevaba, y ella no pudo evitar

sonreír mientras le devolvía el abrazo.

—Qué gusto me da verte.

—Igualmente. Ha pasado demasiado tiempo.

Casi seis años. Desde la última vez que había ido a su casa a pasar la Navidad.

Él la soltó y dio un paso atrás, con otra sonrisa.

—Te ves increíble.

—¿Yo me veo increíble? Tú eres el que se ve increíble. —Brooke se acercó y le dio un puñetazo en el brazo, lo que se sintió un poco como golpear un tronco extremadamente suave—. Mírate. ¡Por Dios! —Definitivamente no tenía tantos músculos la última vez que lo había visto, y tampoco era tan elegante.

Los jeans perfectamente gastados que llevaba probablemente habían costado varios cientos de dólares. Y la playera negra lisa que se ajustaba a su cuerpo como un guante seguramente fue hecha a la medida. Estaba muy lejos de aquel niñito que tenía una playera de Star Wars diferente para cada día de la semana.

Dylan agachó la cabeza y puso una cara cómica que se pareció tanto al viejo Dylan, el Dylan que ella recordaba, que siempre se había sentido incómodo con los cumplidos. Solo así Brooke se relajó un poco más.

—Pasa. —Brooke lo tomó de la mano y lo jaló el resto del camino a su departamento—. Puedes dejar las maletas donde quieras.

—Me encanta este edificio. Es muy Los Ángeles —dijo Dylan mientras apoyaba su mochila y su maleta de rueditas junto a la puerta principal.

—Es genial, ¿verdad? —Le encantaba su antiguo edificio con patio en Palms, con la alberca turbia y los eclécticos vecinos—. Conseguí la renta del amigo de una amiga. Es difícil encontrar un lugar asequible donde acepten gatos.

Dylan se pasó la mano por el cabello rubio oscuro mientras miraba el pequeño departamento y sus ojos pasaron por encima de los cojines nuevos del sofá. Tenía el pelo lo suficientemente largo para dejar entrever los rizos que Brooke recordaba de cuando lo usaba más desgreñado, cuando su rutina de aseo personal consistía en una visita a regañadientes al peluquero cada seis meses. En esos tiempos, probablemente un estilista famoso le hiciera un corte de cabello de cien dólares cada dos semanas, como un reloj.

—¿Dónde está el famoso Murderface? —preguntó—. Me muero por conocerlo después de ver todas sus fotos en Facebook.

—Yo no me emocionaría demasiado —dijo Brooke—. Seguro que se pasa toda tu visita escondido debajo de la cama.

— ¿¡Cómo crees!? Los gatos me adoran. Me lo voy a ganar. — Dylan entró a la cocina y se inclinó para estudiar las fotos del refrigerador de Brooke. Sonriendo, extendió un dedo largo para enderezar una foto de Brooke y el grupo de voluntarios de su primer viaje de investigación de campo a Alaska.

—Yo no lo apostaría —replicó Brooke—. De veras no le gustan los extraños.

Cuando su ex novio, Garrett, había pasado tres semanas en su casa, Murderface solo había salido de su escondite cuando Garrett se iba del departamento. De hecho, a Brooke le había preocupado un poco que le diera una infección urinaria. Al gato, no a Garrett.

Dylan se dio la vuelta y le guiñó un ojo.

—Le voy a caer bien. Soy irresistible.

El magnetismo sexual natural que emanó de ese guiño casi le provocó otro mini infarto a Brooke; sin embargo, algo en la sonrisa debajo le pareció hueco. Brooke recordó que Dylan le había prometido contarle qué le pasaba, pero decidió no presionarlo hasta que hubiera tenido la oportunidad de instalarse.

—¿Tienes hambre? Estaba pensando en invitarte a cenar. —Tenía el lugar perfecto en mente: un restaurante mexicano, tranquilo y acogedor, que le recordaba a uno de sus lugares favoritos en donde habían crecido. Podrían acomodarse en un reservado y ponerse al día mientras comían totopos y bebían margaritas.

La sonrisa de Dylan se desanimó un poco.

—Me encantaría… pero tengo que dejar el agua para la sesión de mañana, así que no puedo.

—¿Dejar el agua? ¿Qué es eso?

Dylan se frotó la nuca, lo que hizo que sus increíbles bíceps se flexionaran y, de repente, la habitación pareció mucho más pequeña.

—Bebes dos galones de agua diario durante unos días y luego disminuyes la ingesta de agua el día antes de una sesión para que tu cuerpo libere un montón de peso en agua. Así es como se consigue el aspecto tenso y marcado que hace que tus músculos resalten mucho, ¿has visto?

Oh, lo había visto muy claramente. Había babeado suficientes portadas de Men's Health en la fila del súper. Solo que no tenía ni idea del esfuerzo que suponía.

—Siempre pensé que todo estaba dibujado en Photoshop.

—Eso también lo hacen, normalmente. De todos modos, solo se me permite beber pequeños sorbos de agua hasta las diez de la noche, y luego nada de comida ni agua en absoluto doce horas antes de la sesión.

—Suena horrible. ¿Es seguro? —A Brooke no le gustaba la idea de que Dylan ayunara y se deshidratara regularmente, por lo que puso sus instintos protectores en alerta máxima. No solo sonaba como una receta para un desorden alimenticio, sino que la deshidratación podía ser muy mala para el cuerpo.

Dylan se encogió de hombros.

—Mi entrenador sabe lo que hace. No es un pícnic, pero lo tiene dominado. Mientras siga su plan, todo saldrá bien. —Brooke debió fruncir el ceño, porque él se le acercó y tomó sus dos manos—. Te prometo que no estoy haciendo tonterías, ¿sí? —Sus ojos azules se clavaron en los de ella, irradiando sinceridad directamente a su alma.

Brooke le devolvió la mirada y asintió, demasiado abrumada por su cercanía como para discutir. Su perfume le nublaba los sentidos y sus ojos la hipnotizaban cuando se clavaban en los suyos. De repente, fue demasiado consciente de los latidos de su corazón, que había empezado a latir muy rápido y fuerte.

Dylan le apretó las manos antes de soltárselas, Brooke exhaló cuando él volvió a poner distancia entre ellos y salió de la cocina. Todavía le hormigueaban los dedos donde él la había tocado.

Cerró las manos en puños y suspiró, deseando que su corazón se calmara. Todavía tenía siete días de Dylan por delante y necesitaba encontrar algún tipo de equilibrio al estar cerca de él.

—No saldremos, entonces. Supongo que tampoco debería ofrecerte una cerveza.

Él dejó escapar un suspiro melancólico mientras se inclinaba para examinar su biblioteca, que contenía, sobre todo, textos de biología y oceanografía.

—No, esta noche no habrá cerveza para mí. Pero mañana sí. —Se enderezó y se acarició el abdomen increíblemente plano con las dos manos—. Voy a querer consumir mi peso en carbohidratos, así que prepárate.

—Es una cita. —Brooke se estremeció cuando las palabras salieron de su boca. Usar la palabra «cita» con Dylan le trajo viejos recuerdos y sentimientos a los que no necesitaba dar espacio mental en este momento.

—Pero tú no te preocupes por mí hoy. —Dylan sonrió, y un caminito de nervios se encendió en su interior, desde su estómago hasta su corazón. La cara de Dylan era demasiado perfecta. Nariz perfecta, labios perfectos, mandíbula perfecta. Incluso sus cejas eran perfectas, maldición—. Puedes comer o beber lo que quieras. Incluso podemos salir, y yo solo no pido nada.

— ¿Cómo crees? —Brooke negó con la cabeza, rechazando tanto su sugerencia como sus propios pensamientos incontrolables.

«Es solo Dylan», se recordó a sí misma, superponiendo el recuerdo de un niño de diez años sobre su perfecto rostro de adulto. «El mismo Dylan de siempre con la misma cara de siempre».

—No voy a obligarte a ir a un restaurante para que me veas comer. Esta noche puedo cenar sobras que tengo en el refrigerador.

—¿Segura de que no te molesta quedarte en casa? —Él la miró solo un segundo antes de parpadear y apartar la mirada, de nuevo avergonzado—. Sé que es un poco decepcionante.

—Para nada —se apresuró a tranquilizarlo—. Resulta que quedarme en casa es mi actividad favorita.

Él la recompensó con otra de sus deslumbrantes sonrisas, y Brooke sintió que el estómago se le subía por la columna vertebral.

«Ya basta de eso», regañó en silencio a su estómago. «Así no se puede vivir».

Capítulo cuatro

Una hora más tarde, estaban sentados en extremos opuestos del sofá de Brooke. Ella había cenado las sobras de su comida tailandesa mientras hablaban de su investigación, de Los Ángeles y de la sesión de fotos que Dylan iba a hacer al día siguiente para una revista masculina.

—¿Entonces qué está pasando en tu vida? —le preguntó a Dylan cuando decidió que ya habían eludido el tema lo suficiente—. ¿A qué te referías con eso de que necesitabas un descanso?

—Ay, ya sabes. Lo de siempre. —Él se encogió de hombros, tratando de zafarse otra vez.

Ella le dijo con mirada que se quedara donde estaba, negándose a dejarlo escapar tan fácilmente.

—No, no sé. Tú dime.

—Últimamente no he parado de trabajar. Hace años que no he tenido unas vacaciones de verdad.

—¿No estuviste en México hace unos meses? Recuerdo unas fotos tuyas en la playa. —También recordaba el traje de baño que llevaba puesto. Lo recordaba mucho mejor de lo que recordaba la pintoresca escena de la playa detrás de él.

Dylan se recargó contra la esquina del sofá, con las piernas sueltas y extendidas como en una de sus sesiones fotográficas.

—Ese fue un viaje de trabajo. Siempre estoy trabajando. Si no estoy en una sesión, estoy en el gimnasio entrenando para una sesión, o haciendo contactos en fiestas o en las reuniones que

organiza mi agente, intentando lambisconear lo suficiente como para conseguir mi próximo trabajo. Cuando no estoy haciendo eso, trato de estar al tanto de mis redes sociales, porque si dejas de publicar contenido, desapareces del radar. O al menos eso es lo que dice todo el mundo.

—Suena agotador.

—Es agotador. Solo quería pasar unos días sin pensar en esa mierda. —Sacudió la cabeza como un perro que ahuyenta una mosca molesta—. El lado bueno es que ahora estoy medicado para el tda. Imagínate si mi mamá se hubiera molestado en hacerme la prueba hace veinte años. Podría haber hecho algo de mi vida.

Brooke estiró la pierna sobre el sofá y le dio un golpecito con el pie.

—Yo diría que has hecho mucho de tu vida, señor supermodelo neoyorquino.

Dylan bajó la mirada hacia las uñas de los pies de Brooke, pintadas de turquesa, y sonrió débilmente.

—Sí, me imagino que sí. En fin, como ganancia extra, los medicamentos me quitan el apetito, así que me resulta más fácil mantener mi peso.

—Pero ¿sí te ayudan con las otras cosas? ¿La concentración, la toma de decisiones y todo eso? —El diagnóstico de tda no le sorprendió en lo absoluto. En retrospectiva, ahora le parecía obvio que sus problemas en la escuela se hubieran derivado de eso. Era una verdadera lástima que ninguno de sus profesores ni sus padres hubieran hecho algo para ayudarlo.

Dylan se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí. Tardamos un tiempo en llegar a la dosis adecuada. Pero ahora que lo conseguimos, sin duda noto la diferencia.

—Qué bien. —Le dio otro empujón con los dedos de los pies—. Me da gusto que por fin recibas un tratamiento que te ayude.

—A mí también. —Puso la mano encima del pie de Brooke, lo apretó suavemente, y ella se dio cuenta de repente de por qué el pie se consideraba una zona erógena. Nunca lo había entendido, pero el cálido peso de la mano de Dylan sobre su pie la encendió como una luz de bengala. Sintió la piel demasiado tensa e incómodamente caliente. También percibió un hormigueo en el labio superior, como si estuviera a punto de sudar.

Inhaló con cierta dificultad, retrajo su pie y lo metió a salvo debajo de ella.

—¿En serio de eso se tratan estas vacaciones? —preguntó, tratando de volver a encauzar la conversación—. ¿De descansar del trabajo excesivo?

Dylan alzó una de las cejas estúpidamente perfectas.

—Sí. ¿Por qué?

—Por teléfono sonabas… no sé. ¿Infeliz? Pensé que podía ser algo más que eso.

—No. No era mi intención preocuparte ni nada por el estilo.

Brooke sonrió cuando oyó que su acento de Luisiana empezaba a aflorar, como si conforme se relajaba también se fuera despojando de la influencia de vivir en Nueva York.

—Siempre me preocupo por ti —respondió Brooke, con el mismo acento que él. Era como si estuvieran volviendo a su juventud, quitándose las capas que habían acumulado desde que se mudaron lejos de casa.

Dylan frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No sé. Porque estás solo en Nueva York. Ojalá estuvieras más cerca.

—A mí también me gustaría.

Sus ojos se quedaron fijos en los de ella durante un largo momento, y Brooke luchó por no retorcerse bajo el peso de toda esa belleza masculina. Se preguntó si alguna vez volvería al punto en que pudiera sentir que la miraba sin marearse y quedarse sin aliento.

Tenía que poder. Sentirse atraída por el cuerpo de Dylan lamentablemente era inevitable. Sentirse atraída por él estaba absolutamente fuera del límite.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer esta semana? —preguntó él, rompiendo el hechizo—. Estoy completamente a tu merced.

Brooke se negó a dejar que su mente evocara imágenes sucias de lo que le gustaría hacer con él a su merced.

—Por desgracia, tengo que trabajar la mayor parte de la semana.

—No pasa nada. Soy más que capaz de entretenerme solo.

—Me gustaría poder tener más tiempo libre mientras estás aquí, pero este semestre estoy de asistente en dos clases, además de que tengo horas de oficina, y además de todo quiero presentar un ensayo para un premio y el plazo termina el miércoles.

Dylan sonrió.

—Esa es mi Brooke. Siempre tratando de ser la mejor.

Su corazón dio un pequeño vuelco al escuchar «mi Brooke», y tuvo que advertirle que se calmara de una vez por todas, demonios.

—Probablemente esté perdiendo el tiempo con lo del premio. Es imposible que lo gane.

—Deja de anticiparte e inténtalo. Tienes que darle a la gente la oportunidad de decirte que sí.

Se sentía como en los viejos tiempos, que Dylan estuviera ahí en persona levantándole la moral. Era mucho mejor que hablar por teléfono. Sentía que otra vez tenía quince años, en el buen sentido,

sin los granos, las hormonas y la angustia existencial adolescente.

—Tengo un coche —señaló Dylan—. Me puedo entretener mientras tú estás siendo inteligente e increíble.

—¿Sabes qué? No tengo clases ni horas de oficina el viernes. Tal vez pueda tomarme todo el día libre para hacer algo divertido juntos —ofreció Brooke.

—Suena muy bien. Pero solo si de verdad te funciona. No pongas en riesgo tu oportunidad de ganar ese premio por mí. Podemos hacer cosas juntos por las tardes. —Su expresión cambió cuando se le ocurrió algo—. Quizá debería haberte preguntado antes de invitarme a hospedarme en tu casa, pero ¿estás saliendo con alguien? No estoy molestando a nadie, ¿verdad?

Brooke resopló.

—No. ¿Cómo crees? No.

—¿Por qué lo dices así?

—Las citas y yo no hemos funcionado. —Se jaló un padrastro del pulgar—. Creo que ya perdí el interés en el asunto.

Dylan suavizó la voz de lástima.

—Lamento oír eso.

Brooke se encogió de hombros. Ya había hecho las paces con ese tema, pero no esperaba que nadie más lo entendiera. El resto del mundo parecía obsesionado con encontrar a su único y verdadero amor.

—¿Y tú? —preguntó Brooke alzando la vista—. ¿Hay alguien especial en tu vida?

—Difícilmente.

—¿Por qué? Eres un partidazo.

La boca de Dylan se volvió inexpresiva.

—Todas las personas que conozco están enfocadas en sus carreras y en aventajar a los demás. No quiero decir que sean todos

superficiales y falsos, pero…

—¿Todos son unos farsantes superficiales? —adivinó Brooke.

Dylan sonrió y negó con la cabeza.

—A veces puede parecerlo. Es difícil saber si le agradas a la gente por lo que eres, o si te están utilizando por lo que creen que puedes hacer por ellos.

—Suena un poco horrible.

—Está bien. —Agachó la cabeza mientras se encogía de hombros, para que ella no viera que en realidad no estaba para nada bien.

Por sus redes sociales, ella jamás se había imaginado que él pudiera sentirse solo de verdad. ¿Cómo podía sentirse solo alguien tan maravilloso y guapo como Dylan? Esos farsantes que trataba en Nueva York no tenían ni idea de lo que se estaban perdiendo.

—¿Todavía te gusta? El modelaje, quiero decir —le preguntó. De alguna manera parecía que no. Pero, a ver, ¿a cuántas personas realmente les gusta su trabajo? Tal vez se trataba de una insatisfacción profesional normal.

Dylan inclinó la cabeza y se frotó la quijada con una mano.

—Me gusta que soy bueno para modelar. Es prácticamente lo único en lo que he sido bueno.

—No es cierto. Creo recordar que haces una lasaña brutal.

Pareció complacido por el cumplido.

—Soy un cocinero decente. Es una de mis pocas habilidades legítimas. Aunque todos los que conozco siempre están a dieta, incluyéndome a mí, así que no tengo oportunidad de usarla mucho.

Había trabajado en la cocina de Carrabba’s en su ciudad natal. Así había ahorrado el dinero para su primer viaje a Nueva York cuando su cuenta de Instagram empezó a despegar. Había firmado un contrato con su primera agencia en ese viaje, lo que sentó las bases del éxito que vino después: su primer trabajo de catálogo, su primer

anuncio en una revista, su primer espectacular, su primer desfile en una pasarela. Dylan se había esforzado mucho por todo lo que había logrado.

—También recuerdo que llegaste a primer saxofón en un momento dado —bromeó ella, recordando lo emocionado que estaba él en ese entonces.

Él se rio y estiró ambos brazos por encima de su cabeza.

—Tengo que agregar eso a mi currículum.

Malditos músculos. Brooke apartó la mirada para que no se le salieran los ojos de las órbitas.

—¿No ganaste también un par de medallas en los cien metros con obstáculos?

—Sí, bueno, ese tipo de gloria de la preparatoria no se traduce en habilidades laborales prácticas.

—Siempre fuiste muy buen amigo —dijo ella, lanzándole una mirada.

Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvieron la mirada.

—¿Sí?

—El mejor.

—Bueno, eso es importante. —La forma como le sonrió la inundó de calidez—. Aunque es difícil ganarse la vida con eso.

—No sé. Apuesto a que eres bueno en muchas cosas en las que ni siquiera te das cuenta. Nunca te diste suficiente crédito.

—Supongo que es una suerte haberte tenido cerca para subirme el ego durante mis años de formación. —Soltó un largo suspiro, sacudiendo la cabeza—. Rayos, nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Hace una vida que somos amigos —dijo ella, sonriendo mientras el pasado la envolvía como una cobija mullida. Casi todos sus recuerdos favoritos estaban relacionados con Dylan. Había pasado

mucho tiempo tratando de no pensar en esos años, pero había habido muchos buenos momentos entre los malos—. ¿Dónde estaríamos si mis papás no hubieran comprado la casa enfrente de la tuya?

—No soporto ni pensarlo.

—Yo tampoco.

Estar con Dylan era tan fácil. Se le había olvidado lo cómoda que se sentía con él. Era increíble la facilidad con la que retomaban su amistad, incluso después de años de estar separados.

—Hablando de esta semana —dijo, recordando la fiesta de Penny —, una amiga mía se va a casar… bueno, en realidad se casó ayer en Virginia, pero van a hacer una especie de banquete de bodas aquí el sábado en la noche y me preguntaba si te interesa ir conmigo. No tienes que venir si no quieres.

Ay, ¿por qué se ponía tan nerviosa por preguntarle? No le habría molestado si él no quería ir.

—Me encantaría —respondió Dylan, como si lo sintiera de verdad. Como si no se le ocurriera nada que prefiriera hacer.

—Es que dijiste que estabas harto de las fiestas…

—Esto es diferente. Me encantaría conocer a tus amigos.

Su rostro era demasiado. Brooke se frotó las manos en los muslos mientras sentía cómo se le calentaban las mejillas.

¿Cómo era posible que siguiera soltero? Uno pensaría que las mujeres de Nueva York caerían rendidas ante un hombre tan guapo y dulce como él. Estaba claro que no tenían buen gusto.

Brooke sopló entre sus dientes.

—Súper. No sé qué tipo de ropa trajiste, pero no es demasiado elegante ni nada. —Sentía la cara demasiado caliente, como si fuera a enfermarse de algo.

—Lo resolveré —dijo Dylan mientras bostezaba. Se levantó y volvió

a estirarse. Esta vez se le subió la playera, dejando al descubierto una parte de la cintura bronceada y el resorte de un bóxer negro.

Brooke sintió la boca llena de algodón. Sí, se estaba enfermando de algo. Tenía todos los síntomas principales: mareo, taquicardia, incapacidad para concentrarse, sudoración incontrolable y sequedad en la boca.

«Felicidades, ta-tán, ¡te enamoraste de tu viejo amigo!».

De todos los sabores de ideas del mundo, esta sabía a desastre total.

—Creo que ya debería irme a dormir. —Dylan se disculpó con la mirada mientras abría el cierre de su maleta—. Perdón por ser tan aburrido esta noche.

—¡No, está bien! Se me había olvidado que tienes el horario de la costa este. Te traeré una almohada y cobijas. —Se levantó de un salto, aliviada por tener una tarea con que distraerse.

Mientras Dylan estaba en el baño alistándose para dormir, Brooke le preparó el sofá y puso algo de comida para Murderface, que seguía escondido.

Dylan salió unos minutos después con una playera blanca lisa, pants y lentes. Parecía Clark Kent tratando de fingir que no era un hombre guapísimo y, sin embargo, poniéndose más guapo todavía. Aunque Dylan había usado lentes todos los días hasta los dieciséis años, a Brooke nunca le habían parecido especialmente sexys en él. Por otra parte, en la preparatoria, Dylan nunca había usado unos lentes tan elegantes como los armazones de carey que en ese momento estaban haciendo estallar los ovarios de Brooke.

—Gracias —dijo Dylan, señalando con la cabeza la cama que ella le había acomodado en el sofá mientras caminaba hacia su maleta.

«Ojos arriba», se reprendió Brooke a sí misma cuando un tentador movimiento bajo sus pants compitió por llamar su atención.

Desafortunadamente, al levantar la vista se encontró mirando fijamente su hermoso rostro.

No podía dejar de mirarlo. No era culpa suya que sus labios fueran tan eminentemente besables. Eran una de las cinco cosas más bonitas de Dylan. Claro, su cuerpo era bonito, pero los cuerpos bonitos eran lo común en el negocio del modelaje. Sus labios, sin embargo, eran un don genético único. Desde la curva artística de su labio superior, hasta el carnoso labio inferior, que sobresalía justo lo suficiente para llamar la atención. Ese labio inferior rogaba por ser besado o, mejor aún, mordisqueado.

Avergonzada, Brooke apartó los ojos antes de que se diera cuenta de que lo miraba boquiabierta. Sintió que su anterior intimidad se había perdido, parecía haberse esfumado entre el momento en que ella accidentalmente lo había invitado a salir y el flashazo de ropa interior que había vislumbrado.

—Bueno, si estás instalado, me voy a la cama —anunció con torpeza.

—Estoy bien instalado —confirmó él.

Brooke le dio las buenas noches y se fue de la habitación tan rápido como le permitieron sus piernas.

***

Esa noche soñó con Dylan. No fue exactamente un sueño erótico, pero claramente iba en esa dirección.

En su sueño, él estaba desnudo en una cama, igual que en la famosa foto de Instagram. Solo que en lugar de las sábanas blancas, la cama king-size y la habitación desconocida y muy iluminada de Instagram, estaba acostado en la cama matrimonial de Brooke. Sobre su edredón de ballenas de la sección infantil. En su recámara.

Brooke Onírica estaba en el umbral de la puerta, mirándolo con la

boca abierta, pero a Dylan Onírico no parecía molestarle su escrutinio. De hecho, parecía gustarle. Le devolvía la mirada con una leve sonrisa en los labios perfectos y con las cejas ligeramente levantadas en señal de expectación. ¿O era una invitación?

Estaba acostado boca abajo, con los brazos cruzados debajo de la cabeza y la mejilla apoyada en el dorso de una mano, igual que en la foto de Instagram. Un rizo grueso le caía sobre la frente. Brooke recorrió su cuerpo desnudo con la mirada, absorta en sus curvas musculosas. En contra de su voluntad, notó la ausencia de líneas de bronceado. Era pura piel perfecta y brillante, que se extendía eternamente como una cucharada de miel.

Mientras le devolvía la mirada, Dylan sacó la lengua para lamerse los labios. Alzó la cabeza sin dejar de mirarla.

—¿Por qué no vienes aquí conmigo?

Brooke se agarró al marco de la puerta, que le servía de apoyo y de límite. Negó con la cabeza.

—No debería.

Dylan frunció los labios en un puchero sensual que ella solo había visto en sus trabajos como modelo.

—Sabes que lo deseas, Brooke. Llevas años deseándolo. Desde la noche del baile.

Ella volvió a negar con la cabeza. Él no podía saberlo. Nunca se lo había dicho. Se había esforzado mucho para que él no lo supiera.

—¿Me doy la vuelta? —preguntó Dylan con una sonrisa pícara—. Si quieres verlo todo, solo tienes que pedirlo.

Sentía como si todo su cuerpo estuviera paralizado. Incluso sus cuerdas vocales se negaban a funcionar. No podía hacer nada. No podía responderle, no podía acercarse, no podía huir.

—Solo tienes que decirlo —insistió Dylan—. Dilo, Brooke. Di que me deseas. Solo dilo, Brooke.

Se despertó con el sonido de la regadera. Estaba justo al lado de su recámara, y las tuberías silbaban al abrir la llave del agua caliente.

Lo que significaba que Dylan estaba desnudo del otro lado de la pared, igual que en su sueño. Afortunados azulejos del baño tienen un lugar en primera fila para el espectáculo…

«Es exactamente el tipo de cosas que no deberías estar pensando, pervertida».

Su sueño era prueba suficiente. Brooke no sobreviviría los próximos seis días si iba a tener sueños así todas las noches. Era hora de cortar de raíz todos esos pensamientos traviesos.

Se dio la vuelta para revisar su teléfono: eran las seis de la mañana. Dylan le había dicho que tenía que estar en su sesión a las nueve, pero con la diferencia horaria con la costa este, probablemente se había despertado temprano él solo.

Su clase era hasta las diez y media, pero como Dylan ya estaba levantado, pensó que debía ser una buena anfitriona y levantarse también. Siempre podía ir al laboratorio y hacer algún trabajo extra. Se puso una bata sobre la playera y los pantalones de la pijama y salió de su recámara.

La puerta del baño estaba cerrada, pero se veía vapor en el rayo de luz que entraba por debajo de la puerta.

Supuso que Dylan no podía tomar café si había dejado el agua, pero esperaba que no le molestara que ella se preparara uno. Frotándose los ojos, Brooke fue del baño a la sala.

Al principio, en la tenue luz gris que se filtraba a través de las cortinas, no se dio cuenta de que había alguien en la sala. Todavía tenía sueño y veía borroso por haberse frotado los ojos. Hasta que su vista se adaptó, pudo ver una figura.

Era Dylan.

Estaba agachado, revolviendo su maleta, dándole la espalda.
Tan desnudo como en su sueño.

Capítulo cinco

Dylan estaba desnudo.

En su sala.

Enfrente de ella.

No en un sueño, sino en la vida real.

Mostraba plenamente las nalgas porque estaba inclinado sobre su maleta, y los músculos de su espalda resaltaban como si fuera una escultura de Miguel Ángel que hubiera cobrado vida. Brooke se oyó a sí misma ahogar un grito y Dylan se dio la vuelta, ofreciéndole la experiencia frontal completa.

No había mucha luz en la habitación, pero sí la suficiente.

Para verlo todo.

Todo.

Durante un segundo, los dos se quedaron inmóviles. Brooke con la boca abierta y Dylan con todo colgando. En todo su esplendor. Completamente desnudo y guapísimo.

—¡Mierda! —exclamó, intentando cubrirse inoportunamente con los bóxers que tenía en la mano—. ¡Pensé que estabas dormida!

Brooke se tapó los ojos y le dio la espalda.

—¡Yo pensé que estabas en el baño!

—Estaba dejando que se llenara de vapor para sudar un poco más de agua, pero se me olvidó llevar ropa interior limpia.

Brooke tragó saliva, tratando de ignorar la imagen del pene de Dylan, que ahora estaba permanentemente grabada en su cerebro.

—Bien. Genial. Bueno… eh… parece que ya encontraste.

—Sí. Así que… Voy a volver al baño.

Brooke se hizo a un lado para que él pudiera pasar junto a ella hacia el baño, pero dejó los ojos bien fijos en el suelo y hasta alzó una mano para proteger su vista del cuerpo todavía increíblemente desnudo de Dylan.

—Genial. Sí. Yo voy a… —hizo un gesto en dirección a la cocina con la mano que no le cubría los ojos—. Hacer café o lo que sea.

—De acuerdo. Bien.

—Genial.

¿Por qué estaba diciendo tanto «genial»? ¡Nada de esto era genial! Era lo opuesto a genial. Era…

Sexy, en realidad.

¡Pero no! Era Dylan, y ella no quería pensar en él así. O sea, sí quería, pero no debía.

En cuanto pasó junto a ella y cerró la puerta del baño, Brooke se fue corriendo a la cocina y se desplomó contra el refrigerador con un gemido.

Okey, le había visto el pene a Dylan. No pasaba nada. Sin duda, era territorio desconocido para su amistad, pero no era gran cosa en el esquema general. Había sido un error inocente, claramente fue un accidente por ambas partes.

Él era modelo, así que estaba acostumbrado a que todo tipo de gente le viera el cuerpo todo el tiempo. Era posible incluso que hubiera posado en desnudos frontales. De muy buen gusto, con toda seguridad.

Solo era un cuerpo, ¿no? Los cuerpos no eran nada de qué avergonzarse. Ella era bióloga; lo sabía mejor que nadie. Si habías visto un órgano sexual, los habías visto todos.

Pero no era cierto. Porque ahora había visto el órgano sexual de Dylan. Y era Dylan. Y era…

«Glorioso» fue la palabra que le vino a la mente de inmediato.

Pero eso era malo. Se suponía que no debía pensar en él de esa manera. Se suponía que no debía pensar en su pene para nada. Y sin embargo, ahora, por Dios, no podía dejar de pensar en eso, o en él.

No ayudaba que, en ese mismo momento, él estuviera desnudo en su baño. Mojando su cuerpo perfecto, enjabonando su impecable piel dorada, deslizando las manos por los músculos goteantes, agarrando su…

Brooke abrió la llave de la cocina y se echó agua fría en la cara.

Veinte minutos más tarde, estaba sirviéndose su segunda taza de café cuando Dylan salió del baño, gracias a Dios completamente vestido con unos jeans y una playera, aunque un poco húmedo y sudoroso, lo que no ayudó a mantener los pensamientos lujuriosos de Brooke bajo control.

—Hola —aventuró tímidamente, reuniéndose con ella en la cocina.

«Respira. Tú puedes». Si actuaba como si todo fuera normal, todo sería normal.

Brooke se obligó a mirarlo a los ojos con una amplia sonrisa.

—¡Hola! Qué tal tu pene, ¡tu baño! Ay, por Dios. ¿Qué tal tu baño? —Mortificada, se cubrió la cara con las manos mientras las mejillas le ardían al rojo vivo.

«Se acabó eso de actuar normal».

Dylan soltó una carcajada.

—Creo que mejor deberíamos hablar de lo que pasó.

—Definitivamente no tenemos que hablar de eso.

—Lo siento mucho. No era mi intención flashearte.

—No, está… bien. —Tomó su taza de café para no tener que mirarlo a los ojos—. Hay quienes incluso lo llamarían un premio.

—De todos modos. —Su voz era baja y suave, como si de verdad

se sintiera fatal, y a ella se le hizo un nudo en el estómago.

—Oye, que hayas dejado el agua definitivamente está funcionando. ¡Te ves muy bien! —Le hizo un gesto torpe con el pulgar hacia arriba e inmediatamente se arrepintió.

Dylan hizo una mueca.

—Gracias.

—Supongo que no puedes tomar café, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? Voy a tomar media taza. Probablemente no pase nada, y claro que lo necesito esta mañana.

Brooke sacó una taza para él y se apartó mientras él maniobraba para llegar a la cafetera en la pequeña cocina. Su departamento nunca le había parecido tan pequeño. Era más que suficiente para ella y su gato mediano. Sin embargo, esa mañana le parecía claustrofóbica y asfixiantemente pequeño.

—Entonces, ¿qué tienes que hacer hoy? —le preguntó Dylan mientras se servía café.

—Pues, ya sabes, lo de siempre. Voy a poner un examen en clase en la mañana y luego voy a terminar mi artículo. Tal vez empiece a calificar.

—¿De qué es la clase?

—Introducción a la biología.

—¿Cuántos alumnos tiene?

—Como doscientos.

—Guau, son muchos exámenes que revisar.

Brooke hizo una mueca.

—Sí. De hecho, estaba pensando en irme más temprano para avanzar en el trabajo. —Señaló el baño con el pulgar—. Entonces, voy a darme un baño y a vestirme.

Dylan asintió mientras sorbía su café.

—Claro.

Brooke le dedicó una débil sonrisa y escapó a su recámara. Una vez que reunió su ropa para asegurarse de no repetir el error de cálculo de Dylan con la ropa interior, entró sigilosamente al baño, y no se relajó antes de cerrar la puerta con seguro.

Estaba tan caliente, tan lleno de vapor como un sauna, que se quitó la pijama antes de lavarse los dientes y la cara. En la regadera, puso el agua fría antes de meterse bajo el chorro. La temperatura gélida conmocionó su organismo y le puso la piel de gallina, pero no fue suficiente para aplacar el calor que le invadía las extremidades ni los pensamientos carnales que se habían instalado en su cerebro. Tampoco le impidió recordar el cuerpo desnudo de Dylan.

Después de quedarse bajo el agua todo el tiempo que pudo soportar, salió y se puso la ropa sobre el cuerpo sudorosos. Abrió la puerta del baño de un jalón, tomó la secadora y se fue de nuevo a su recámara, agradecida por el aire más fresco del resto del departamento.

No solía maquillarse cuando iba a la universidad, pero ese día se tomó la molestia de aplicarse un poco de base, rímel y labial, pero solo para tener más tiempo para componerse después del incidente del pene antes de tener que interactuar con Dylan de nuevo. Definitivamente no porque quisiera parecerle guapa a él.

Brooke no se hacía ilusiones sobre las posibilidades de que a él le pareciera atractiva. Si fuera a ocurrir, habría ocurrido hacía años. A estas alturas, llevaban tanto tiempo siendo amigos que probablemente él ya ni siquiera la veía, como si fuera una cómoda pieza de mobiliario. El tipo se pasaba el día rodeado de especímenes humanos profesionalmente perfectos. Brooke no podía competir con eso de ninguna manera.

Sin embargo, tal vez no le molestara que al menos pensara que

era bonita. No era mucho pedir, ¿o sí?

Cuando terminó de secarse el pelo y de prepararse para ir a trabajar, Brooke volvió a la sala. Dylan estaba sentado en el sofá, con el ceño fruncido y el teléfono en la mano.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

—Sí. —El gesto reflexivo desapareció cuando alzó la vista y, una vez más, Brooke tuvo la sensación de que no le estaba diciendo toda la verdad—. ¿Ya te vas?

—Sí. —Se acercó al librero que estaba junto a la puerta y buscó en una cesta con cosas aleatorias que estaba encima—. Te voy a dar duplicado de la llave del departamento. Así puedes entrar y salir cuando quieras.

Cuando se dio la vuelta, Dylan estaba a su lado, más cerca de lo que esperaba. Ella se sobresaltó un poco y él dio un paso atrás.

—Perdón.

—No, no pasa nada. —Ella le dio la llave, que colgaba de un llavero del Acuario de la Bahía de Monterey—. Toma.

—Gracias. —Él extendió la mano y Brooke dejó caer la llave en ella. Sus largos dedos se cerraron en un puño—. Que tengas un buen día en el trabajo.

—Igualmente. O sea, buena suerte con tu sesión. —Frunció el ceño—. ¿Se puede decir buena suerte, o se supone que se dice rómpete una pierna?

La boca de Dylan se curvó en una sonrisa.

—Buena suerte funciona muy bien.

—Súper, buena suerte entonces.

Dylan dio un paso adelante y la abrazó.

—Te agradezco mucho que me dejes quedarme contigo. —Olía a su jabón, y su playera se sintió cálida y sedosa contra su mejilla.

Los abrazos eran muy escasos en la vida de Brooke, y su cuerpo

reaccionó como un gatito hambriento, acurrucándose en su abrazo mientras exhalaba un suspiro largo y ronroneante.

—No es nada.

—Y, de nuevo, perdón por la desnudez accidental.

Brooke se rio contra su hombro.

—No te preocupes.

Era solo un abrazo normal e inocente entre viejos amigos. Nada del otro mundo.

Salvo que no era corriente ni inocente, porque no podía evitar pensar en el cuerpo que la acechaba bajo la ropa de Dylan, que ahora había vislumbrado en carne y hueso, mientras lo apretaba contra el suyo.

Incluso después de que él la soltó y le dijo adiós con la mano, la impresión de su cuerpo perduró en el de ella, y no podía dejar de pensar en eso.

No dejó de pensar en eso en todo el camino hasta el trabajo.

***

En cuanto Brooke estacionó su coche en el campus, sacó el teléfono y le envió un mensaje a Olivia.

¡¡¡ACCIDENTALMENTE VI EL PENE DE DYLAN!!!

Ni tres segundos después, su teléfono sonó.

—¿Qué pasó, por Dios? —gritó Olivia en cuanto Brooke contestó—. ¡Cuéntamelo todo!

—¿Ya estás en el trabajo? —Olivia trabajaba en una oficina común en la división de energías renovables de una gran empresa aeroespacial. Lo último que Brooke quería era que todos los compañeros de trabajo de Olivia escucharan esa conversación en particular.

—No, todavía estoy en mi casa maquillándome. Tienes cinco minutos para contarme todo antes de que tenga que subirme al coche.

—Fue completamente un accidente —Brooke pensó que era importante dejarlo claro desde el principio.

Olivia hizo un ruido de burla.

—Sí, claro. Casualmente te enseñó su cohete privado.

Brooke le describió el incidente y las circunstancias que lo habían provocado, y Olivia resopló de risa.

—¿Así que básicamente se estaba paseando por tu departamento completamente desnudo? No me suena a un accidente.

—Pensó que estaba dormida. Si le hubieras visto la cara… —Brooke cerró los ojos al recordarlo—. Definitivamente no fue intencional.

—¿Y cómo es?

—¿Qué? —preguntó Brooke, aunque sabía exactamente qué le estaba preguntando Olivia.

—Su flauta transversa.

«Impresionante», fue la respuesta que le vino a Brooke a la mente. Sin embargo, se habría sentido desleal de decírselo a Olivia. Si los papeles estuvieran invertidos, Brooke no querría que Dylan le contara a ninguno de sus amigos cómo era su cuerpo.

—No es asunto tuyo —contestó remilgadamente.

—Ay, por favor. ¿Tiene una salchicha coctel o un poderoso martillo hidráulico?

—Te odio.

—No me dejes colgada. ¿Entiendes? Colgada, como su ramita y sus bayas.

Brooke no pudo evitar reírse.

—Para.

—Pero, ya en serio, ¿es del tamaño de un meñique? ¿O más como una butifarra?

—Te voy a colgar.

—Por favor, tienes que decirme algo. Para empezar, tú fuiste la que me mandó un mensaje para hablar de su pene.

El calor se acumuló en el estómago de Brooke mientras repasaba la escena de esa mañana una vez más, y se mordió el labio.

—Digamos que es un hombre muy afortunado y dejémoslo así.

—¡Lo sabía! Me di cuenta de solo mirarlo. Sus manos tan grandes lo dicen todo. ¿Qué tan abajo del muslo le llega? ¿Le llega a las rodillas? Por favor, dime que le llega a las rodillas.

Brooke soltó otra carcajada.

—Eres una ridícula y no voy a tener esta conversación contigo. De hecho, esta conversación nunca ocurrió. No puedes contarle a nadie lo que te dije, y cuando conozcas a Dylan no puedes decir que lo sabes para nada. ¿Me lo prometes?

—Por supuesto que te lo prometo. ¿Significa que vas a ir con él a la recepción de Penny y Caleb?

—Creo que sí. Se lo mencioné anoche y parecía dispuesto. —En realidad, parecía más que dispuesto. El pecho de Brooke se entibió al recordar la expresión de su cara cuando le dijo que le encantaría conocer a sus amigos.

—¡Excelente! Me muero por ver al famoso Dylan en persona.

—Por cierto, ¿qué tal estuvo la boda? —Olivia le había mandado un par de fotos durante el fin de semana, y parecía que todo había salido según lo planeado.

—Preciosa. Perfecta. Exactamente como se esperaba.

—¿Lloraste? —preguntó Brooke mientras se extendía para alcanzar el estuche de su laptop en el asiento del copiloto—. ¿Lloró Penny?

—Puede que yo haya llorado un poco —admitió Olivia—. Penny

consiguió tener los ojos exquisitamente húmedos sin arruinarse el maquillaje. Fue Caleb el que lloró como un bebé.

—Qué tierno. —Brooke salió del coche y lo cerró antes de avanzar hacia el edificio de biología.

—Fue adorable. Me encanta ese tipo.

—¿Aparecieron sus padres?

—Sí. Son un poco raros. No hablaron mucho con nadie. La mamá de Penny trató de hacerles plática, pero durante la mayor parte del tiempo no hablaron con nadie.

Brooke saludo con un asentimiento a un estudiante que reconoció al pasar por la cafetería del campus.

—Por lo menos no hicieron una escena ni arruinaron la boda. Sé que a Penny le preocupaba que molestaran a Caleb.

—No creo que nada que no fuera un desastre natural pudiera haberle arruinado la boda a Caleb. Solo tuvo ojos para Penny todo el fin de semana.

—Fantástico. Ya quiero que me lo cuentes con todo detalle. ¿Quieres que comamos juntas un día de esta semana?

—Claro. ¿Qué tal el miércoles? ¿En el lugar de siempre?

—Me parece bien. —Brooke tenía que entregar el trabajo el miércoles, pero pensaba terminarlo la noche anterior para poder enviarlo a primera hora de la mañana después de una última revisión. A la hora de comer, ya no tendría ese pendiente.

—Oye, Brooke —dijo Olivia—. Intenta no pasarte todo el día pensando en las ganas que tienes de subirte a la montaña rusa ósea de Dylan, ¿sí?

—¡Ay, por Dios! Eres la peor. Ahora sí te voy a colar.

Olivia seguía riéndose cuando Brooke cortó la llamada.

***

—Hoy te ves un poco rara —dijo Tara mientras Brooke acomodaba su laptop en uno de los escritorios de la oficina que compartían—. ¿Estás bien?

Brooke alzó la mano para tocarse la mejilla. ¿Todavía estaría sonrojada por lo que había pasado esa mañana? Era muy posible. Sentía la piel afiebrada bajo las yemas de los dedos.

—Creo que me estoy enfermando de algo —le respondió a Tara—. Pero no es nada que un poco de terapia de aversión no pueda curar.

Tara rodó su silla más cerca del escritorio y miró a Brooke.

—¿Estás usando maquillaje?

—Quizá un poco.

Tara entornó los ojos.

—Interesante.

—¿En serio? ¿Te parece interesante? —Brooke intentó ignorar a Tara mientras abría el trabajo que tenía que terminar de revisar.

—Mi vida es bastante aburrida —dijo Tara, encogiéndose de hombros mientras giraba en su silla—. Así que me tengo que entretener con lo que encuentre a la mano.

—Me da gusto haber puesto emoción a tu día.

Tara dejó de girar y estiró las piernas. Llevaba unas Dr. Martens desgastadas y unos jeans de hombre holgados.

—Me parece intrigante que tu juguete sexual esté en la ciudad esta semana y que casualmente tú aparezcas maquillada, algo que casi nunca haces.

—Él no es mi… —Brooke ni siquiera se atrevía a pronunciar las palabras «juguete sexual» en relación con Dylan—. Solo es un viejo amigo.

—Entonces no niegas que te maquillaste para él.

—Tal vez me maquillé para mí misma. ¿Quién sabe?

Tara resopló.

—Claro, convéncete a ti misma, amiga. Pero basta de hablar de tu aburrida falta de vida sexual. Tengo chismecito.

Brooke alzó la vista mientras pulsaba la flecha para desplazarse por el ensayo.

—Cuenta. —Siempre le interesaban los chismes jugosos del departamento, y Tara siempre parecía tener la primicia—. Parece que ayer, nuestro profesor McNamara cachó a dos estudiantes teniendo sexo en una mesa del laboratorio.

Brooke se quedó con la boca abierta.

—Guácala. No. ¿En serio?

—Sumamente antihigiénico, eso es lo que es —convino Tara—. ¿Crees que se hayan puesto el equipo de protección?

Brooke soltó una risa al pensar en dos estudiantes con equipos de protección intentando manosearse.

—Eso espero, desde luego, por su propia protección y por la del entorno del laboratorio. ¿Qué hizo el doctor McNamara?

—Les dijo que se pusieran los pantalones y se largaran. Aparentemente estaban a media embestida. Estaba mortificado, obviamente.

—Qué asco. —Brooke sintió un pequeño escalofrío—. ¿Te imaginas?

—Desgraciadamente sí, y ojalá no pudiera. Necesito lavarme el cerebro con cloro.

—Los universitarios son unos animales. ¿Quiénes eran? —Si era alguno de sus alumnos quien se comportaba así, quería saberlo para tratarlo con el debido desdén y posiblemente asignarle una tarea adicional sobre higiene en el laboratorio.

—No dijo.

—¿No los va a reportar? —Brooke no podía imaginar que se les permitiera ese tipo de comportamiento sin ninguna repercusión.

Tara se encogió de hombros mientras observaba sus uñas.

—No sé. Si sí, no ha dicho nada. Me pregunto si se atreverán a ir al pícnic de este fin de semana. —Miró a Brooke—. Oye, ¿crees que podríamos adivinar quién fue observando las interacciones de McNamara con los estudiantes de licenciatura?

—Ay, mierda. —Brooke se golpeó la frente con la mano. El pícnic del departamento era ese fin de semana.

—¿Qué pasó? —le preguntó Tara.

—El pícnic. Se me había olvidado.

—Uy. ¿Tu hombre todavía va a estar en la ciudad el sábado?

—Sí, es su último día completo en la ciudad.

—Ve con él. —Tara sonrió—. Así podré contemplar su sensualidad por mí misma.

—No seas rara —dijo Brooke, reprimiendo una sonrisa.

Tara se puso la mano en el corazón dramáticamente, como si estuviera herida de muerte.

—*Moi*? Jamás.

Brooke se recargó en su silla con un suspiro.

—Ya le pedí que fuera a una boda conmigo esa noche. No quiero aburrirlo hasta las lágrimas obligándolo a socializar con un montón de biólogos. Además de por sí va a tener que estar solo la mayor parte de la semana mientras termino este ensayo.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Tara, rascándose una escama de esmalte verde de la uña del pulgar—. ¿Vas a cumplir el plazo? Es el miércoles, ¿no?

—Seguro. —Solo le quedaban unas cuantas secciones por editar, y luego las conclusiones—. Gracias por leerlo. Tus comentarios fueron muy útiles.

—Bah. —Tara agitó la mano como si nada—. Claro que lo terminarás bien. Siempre eres perfecta en todo, ¿verdad?

—No tan perfecta como Mónica Speight —respondió Brooke, solo un poco en broma.

—Equis. —Tara puso los ojos en blanco—. Tienes que dejar de pensar en Mónica. No es sano.

—Dejaré de pensar en eso cuando tú dejes tu extraña enemistad con Mathias —replicó Brooke.

Tara puso cara de ofendida.

—¿Cómo te atreves? Mathias es mi enemigo jurado y no descansaré hasta que haya encontrado la muerte por mi mano. —Se levantó de la silla—. Bueno. Voy a revisar unas muestras. Buena suerte con las revisiones.

Cuando Tara se fue al laboratorio, Brooke se puso a trabajar. Le quedaba poco más de una hora para la clase, tenía tiempo suficiente para incorporar los últimos comentarios que había recibido. Una vez hecho eso, solo era cuestión de limpiar algunas secciones problemáticas, reescribir las conclusiones y dar los últimos retoques a todo el manuscrito.

El resto del día transcurrió sin incidentes. Brooke puso el examen de la clase de introducción, fue a comer con Tara y por la tarde avanzó mucho en la edición de su texto. De hecho, avanzó tanto que decidió tomar un descanso y empezar a corregir exámenes.

Aunque técnicamente podría haberse ido a su casa, sentía resistencia a enfrentarse de nuevo a Dylan después del incidente de esa mañana.

Sí, de acuerdo, era una cobarde.

A las seis, cuando Dylan le mandó un mensaje, Brooke ya estaba bizca de tanto corregir y casi había terminado un tercio del trabajo.

Dylan: ¡Ya terminé!

Brooke: ¿Cómo te fue?

Dylan: Bien, pero me muero de hambre. ¿Me ayudas a comerme

cien pizzas?

Brooke miró el reloj y luego la pila de exámenes sin corregir que tenía al lado. Seguía sintiendo pavor ante la idea de ver a Dylan, pero era su invitado, además de un amigo al que no veía muy a menudo. No podía dejar que se comiera su peso en pizza él solo en su departamento. Era hora de ponerse los pantalones y acabar con esto de una vez por todas.

Brooke: Pide las pizzas y estaré en casa lo antes posible. El menú está en el refrigerador.

Capítulo seis

Brooke se quedó media hora más trabajando en el campus, pensando que era mejor que esperara a que la hora pico se calmara un poco. No tenía sentido que saliera de inmediato para pasar veinte minutos más estacionada en el tráfico.

Era una excusa perfectamente válida para hacer el tiempo, que no tenía nada que ver con el nerviosismo que sentía por encontrarse de nuevo con Dylan.

Cuando por fin entró al departamento, poco después de las siete, lo encontró recostado en el sofá, con un par de cajas de pizza y un six de cervezas sobre la mesita. Ya se había puesto pants y los lentes, y le pareció profundamente injusto que eso lo hiciera verse aún más atractivo.

—¡Hola! —Se levantó para saludarla y se limpió las manos con una servilleta. Brooke se dio cuenta de que estaba cansado por la forma laxa como se movía y por el hecho de que su sonrisa brillaba solo con el setenta y cinco por ciento de su potencia habitual.

Brooke dejó su bolsa en el gancho junto a la puerta.

—Perdón por llegar tan tarde.

—No te preocupes. Ya te traje un plato y hay más cervezas en el refrigerador, así que no te preocupes por que se acaben.

Cuando Brooke se dio la vuelta, él abrió los brazos y la abrazó tan fuerte que la levantó un poco del suelo.

—Guau, tú sí que das muchos abrazos. —No es que se quejara. Los abrazos de Dylan eran increíbles—. Y veo que ya empezaste bien

con la cerveza.

Podía oler el alcohol en su aliento, y había tres botellas vacías alineadas sobre la mesa. Lo que probablemente explicaba el saludo tan entusiasta.

Dylan le dio una cerveza mientras ella lo seguía hasta el sofá.

—Te sigue gustando la pizza vegetariana, ¿verdad? Te pedí una para que me acompañes con la mía de amante de la carne.

—Vegetariana está genial.

La pizza estaba justo como a ella le gustaba: en ese punto perfecto a medio camino entre lo caliente y lo frío en el que el queso no se resbala y la corteza tiene cierta integridad estructural especial. Brooke se llenó el plato y se dejó caer en el sofá junto a Dylan.

—¿Un día largo? —le preguntó él, mirándola de reojo.

—Bastante largo —respondió ella con un bocado de pizza en la boca. Terminó de masticar y tragó—. ¿Qué tal tu día? ¿Cómo estuvo la sesión?

Dylan se inclinó hacia delante y recogió su cerveza de la mesa.

—No estuvo mal. Pero me da mucho gusto haber terminado y tener libre el resto de la semana. —Bebió un trago y le acercó una caja que estaba sobre la mesita—. También hay alitas.

—¿Extrapicantes? —preguntó Brooke.

—Siempre.

Se sirvió una alita.

—Hay más salsa picante en la despensa, si quieres, aunque sé que quieres. —Los dos eran adictos a la salsa picante. Como crecieron en Luisiana tenían ese gusto en común, y luego pasaron por la larga tradición de tratar de ganarse el uno al otro.

—Ah, sí. Me conoces demasiado bien. —Dylan se levantó de un salto y se dirigió a la cocina para buscar la salsa en la despensa—. ¿Solo tienes tres tipos de salsa picante, Brooke? Estás perdiendo

rendimiento a tu edad.

—¡Oye! —protestó ella con otro bocado de pizza—. ¡Soy tres meses más chica que tú!

—¡No puede ser, tienes salsa Tigre! —exclamó él desde la despensa.

—Por supuesto.

Dylan volvió al sofá con las tres botellas y procedió a untar una alita con salsa Tigre, que había sido su salsa de toda la vida, desde la infancia.

—Mmmm —suspiró después de darle un bocado—. Tiene el sabor del hogar.

—La pizza está deliciosa —dijo Brooke mientras masticaba una orilla con queso—. Gracias por pedirla.

Dylan le hizo un gesto con la mano antes de tomar otra alita y empaparla en salsa picante. Ya se había comido tres cuartas partes de la pizza de carne y no daba señales de que fuera a bajar el ritmo. Parecía decidido a compensar su déficit calórico en la venganza.

—¿Siempre comes así después de que dejas el agua? —le preguntó Brooke.

—Para nada —respondió Dylan mientras se lamía salsa picante de los dedos de una forma que a ella le hizo sentirse como si estuviera viendo una película porno. Era difícil no fijarse en lo largos que eran sus dedos y en la boca tan maravillosa que tenía. O imaginar cómo se vería lamiendo algo más que sus dedos—. Mi agente se volvería loco si me viera ahora mismo —continuó Dylan, sacudiendo la cabeza mientras tomaba otra alita—. Siempre está encima de mí viendo qué como y bebo porque tiene miedo de que engorde.

—¿Tú? ¿Gordo? Nunca.

Dylan siempre había sido un niño delgado. No importaba cuánto comiera, siempre quemaba las calorías. Sobre todo, cuando corría en

atletismo.

Se señaló a sí mismo.

—¿Crees que todo esto sucede por sí solo? Tengo que esforzarme 24 horas al día, 7 días a la semana para mantener este cuerpo.

—Pues estás haciendo un excelente trabajo. Felicidades.

Él se rio como si se sintiera halagado, pero Brooke vio que sus mejillas se sonrojaban justo antes de que agachara la cabeza.

—¿Gracias? —Lo dijo como alguien que no estuviera acostumbrado a recibir cumplidos. Lo cual parecía extraño, tomando en cuenta lo atractivo que era y a lo que se dedicaba, aunque tal vez ese fuera el problema. Tal vez lo único que había oído eran críticas sobre su aspecto. Tal vez eso era lo que pasaba cuando convertías tu apariencia en tu trabajo.

—Siéntete libre de ayudarme también con la pizza vegetariana —le ofreció.

—Puede que te tome la palabra.

—¿Todavía corres? —le preguntó Brooke mientras lo veía tomar un trozo de pizza vegetariana.

—Sí, pero en estos tiempos corro sobre todo en la caminadora. Es parte de mi entrenamiento de cardio. Treinta minutos en la caminadora cuatro días a la semana, intervalos de boxeo los otros tres, y fisicoculturismo cinco días a la semana.

—Guau. Es mucho tiempo en el gimnasio. —Brooke había ido al gimnasio de la universidad exactamente dos veces, con un año de diferencia, en la primera semana de enero. Hasta ahí llegaron sus propósitos de Año Nuevo. Ahora ni siquiera se molestaba en mentirse a sí misma y había aceptado plenamente su estilo de vida de bivalvo sésil.

—Como te dije, verse así es un trabajo de 24 horas al día, 7 días a la semana.

—No estás exagerando, ¿verdad? ¿Estás seguro de que consumes suficientes calorías para mantener ese nivel de actividad? O sea, no esta noche, ¿sino en general?

—Tengo un nutricionista y un entrenador que trabajan juntos para planificar mi programa. Cada caloría que consumo está calculada para equilibrar las calorías que quemo.

—Sí, pero ¿se preocupan por tu salud o solo por tu físico? —preguntó frunciendo el ceño—. Al parecer, muchos entrenadores de los famosos son charlatanes.

Dylan negó con la cabeza, lanzándole una sonrisa torcida.

—Yo no soy un famoso, pero gracias. Y ambos son profesionales calificados y cuidadosos con la programación. Yo mismo los aprobé, así que puedo asegurarte que no son charlatanes. Aunque me he encontrado con más de uno que sí lo es.

Brooke se dio cuenta de que podía parecer que estaba cuestionando su capacidad para cuidarse a sí mismo y no quería acomplejarlo con su comportamiento de mamá gallina.

—Perdón. No dudo que estés cuidándote. Claro que sabes lo que haces. Es que me preocupo por ti. Se oyen tantas historias sobre la industria del modelaje… no sé si sean verdad, pero a veces me asusta pensar que estás involucrado en todo eso.

Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvieron la mirada.

—No tienes que preocuparte por mí, ¿sí? No voy a tener un desorden alimenticio o a volverme adicto al *speed* o algo así.

—Aunque es algo que pasa en tu ámbito, ¿verdad? —No podía evitar inquietarse. Dylan despertaba su instinto protector.

—A veces pasa, pero no me va a pasar a mí —dijo él, dulce y paciente como siempre había sido con ella. Extendió la mano a través del sofá y le apretó la mano—. Te lo prometo. Pero me da gusto saber que te preocupas por mí.

Se le puso la piel de gallina cuando su piel le rozó los nudillos.

—De cualquier manera, suena muy mal —dijo Brooke, apretándole la mano—. No sé cómo lo soportas.

Él la soltó y tomó otra botella de salsa picante.

—Es una forma de ganarse la vida, me imagino —Miró la etiqueta, se encogió de hombros y la abrió—. Yo no sé cómo soportas el vómito de ballena o lo que sea…

—La cera de los oídos.

—Ajá. La cera de los oídos. —Hizo un estremecimiento teatral mientras untaba otra alita con salsa picante—. Suena asqueroso. ¿Quién sabía que las ballenas tenían orejas?

Brooke sonrió mientras bebía lo que le quedaba de cerveza.

—Es una forma de ganarse la vida, me imagino. —No pagaba tan bien como la carrera que Dylan había elegido, pero estaba haciendo lo que siempre había soñado. No estaba segura de que él pudiera decir lo mismo.

—Oye, todavía no he visto a tu supuesto gato. —Saboreó pensativo su alita bañada en salsa picante, como si fuera juez en un concurso de comida—. Empiezo a dudar que tengas un gato. Creo que lo estás inventando.

—Existe —aseguró Brooke—. Solo está agazapado en algún escondite secreto esperando a que te duermas para escabullirse y restregar su cara contra tus zapatos a medianoche.

—Qué *freaky* —dijo Dylan con la boca llena de alita.

—Así es él.

—Voy a ganármelo antes de irme. Estoy decidido.

—Buena suerte. —Brooke se inclinó para cambiar su botella de cerveza vacía por otro trozo de pizza—. ¿Tienes alguna mascota en Nueva York? Nunca has mencionado una.

—No. —Dylan ya se estaba preparando otra alita.

Brooke se metió un hongo perdido a la boca.

—¿Por qué no? Te gustan mucho los animales y siempre has tenido muchas mascotas.

—Viajo demasiado. No sería justo para ellos. —Se encogió de hombros.

—Podrías contratar a alguien que los cuide.

Pareció pensarlo.

—Tal vez algún día, cuando las cosas se calmen un poco.

Brooke tomó una segunda cerveza del six para pasarse la pizza.

—¿Te va bien, entonces? Parece que tienes mucha demanda. —Realmente se moría por saber cuánto dinero ganaba, pero no quería preguntarle.

—Sí, ¿puedes creerlo? —Tomó la botella de cerveza de Brooke y la destapó antes de devolvérsela—. Cada vez que empiezo a estresarme demasiado tengo que recordarme lo afortunado que soy. Las cosas van mejor de lo que soñé.

Ella le dirigió una mirada significativa mientras se recargaba en el sofá, haciendo malabares con su cerveza y su trozo de pizza.

—Eres increíble en todo lo que has hecho, así que no me sorprende nada que tengas un éxito arrollador. No es suerte, es inteligencia, talento y esfuerzo.

Dylan parecía poco convencido.

—Quizá hasta cierto punto, pero en este negocio el éxito es cuestión de suerte, más que nada. Se trata de tener la apariencia adecuada en el momento adecuado y conocer a la gente adecuada.

Ella lo miró por encima de la pizza.

—Y de impresionar a la gente que conoces con tu personalidad y profesionalidad, y dejar la piel para mantener la perfección física, por no hablar de que hay que mantener a raya a los buitres.

—Supongo que sí. —No era exactamente el tono rotundo que ella

había esperado que inspirara su charla motivacional.

—¿No estás contento? —le preguntó, ladeando la cabeza—. No suenas tan feliz para alguien a quien le va tan bien.

—Estoy bien. —Había estado usando mucho la palabra «bien», y cuanto más la decía, menos le creía Brooke.

Brooke le dio un golpecito con la rodilla.

—Dime la verdad. No me vengas con eso de «estoy bien».

Dylan suspiró.

—Creo que estoy un poco quemado. ¿Te ha pasado que algo que disfrutas se convierte en tu trabajo y entonces empiezas a sentirlo como trabajo y se vuelve una fuente de estrés en tu vida?

—Creo que sí. —Nunca había tenido un trabajo de tiempo completo fuera de la academia, pero le sonaba un poco como la transición de la licenciatura al posgrado, que básicamente consistía en pasar de «me gusta estudiar esta materia y me gustaría dedicarle más tiempo» a «ahora como, duermo, vivo y respiro esta materia y el trabajo nunca termina y, ¡no puede ser!, ¿qué hice?».

—Por eso quería tomarme unos días extra y pasar un tiempo aquí. Alejarme de todo y recargar energía. Intentar tener algo de perspectiva.

Ella lo miró pensativa mientras masticaba.

—Entiendo.

Dylan sacudió un poco la cabeza para dar por terminada la conversación antes de cambiar de tema.

—En fin. Cuéntame de ese «banquete de bodas» al que vamos a ir. ¿Quién es la afortunada pareja?

—Penny y Caleb —dijo Brooke mientras mordisqueaba su pizza—. Ella es ingeniera química y trabaja como inspectora de patentes, y Caleb está terminando su maestría en terapia ocupacional.

Dylan le sonrió.

—Así que los dos son superinteligentes como tú. Entendido. ¿Cómo los conociste?

—Penny es amiga de Olivia, mi compañera de la universidad. —Brooke se inclinó hacia delante y dejó su plato vacío sobre la mesita —. Ella fue dama de honor de Penny, así que estuvo en la boda de Virginia el fin de semana pasado. Dice que fue preciosa.

—¿Esta fiesta es como un coctel o un banquete completo con cena, música y baile? —preguntó Dylan.

—Habrá bocadillos variados y bebidas, además de un pastel de boda. —Brooke levantó su botella de cerveza y bebió un trago—. También habrá una banda, al parecer, en la que toca una amiga de Penny, así que me imagino que habrá algo de baile.

Dylan asintió, sonriendo cuando sus miradas se encontraron.

—Suena genial. Me encanta bailar.

—Sí me acuerdo.

Y de repente Brooke se acordó de la noche del baile de graduación, que había sido la última vez que había bailado con Dylan. Se acordó de que había bailado todas las canciones lentas con ella, y en lo segura y feliz que se había sentido en sus brazos. La sensación de sus manos en la cintura, el olor de su perfume, el calor de su cuerpo contra el suyo.

Después, en la limusina, cuando la había besado. Lo dulce que sabía y lo suaves y tiernos que habían sido sus labios.

¿A qué sabría ahora?

«A salsa picante, tonta. Deja de pensar en besarlo o te vas a derretir».

—Parece que va a ser una noche divertida —le dijo Dylan, levantándose para recoger las botellas de cerveza vacías.

—Eso espero —convino Brooke, apretando la botella de cerveza fría contra su mejilla demasiado caliente.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó él desde la cocina.

—No, gracias. Mañana tengo que trabajar. —Dos era su límite entre semana. Además, le parecía muy mala idea emborracharse cerca de Dylan. La última vez que se habían emborrachado juntos, él la había besado y ella lo había disfrutado mucho más que él.

Ya sentía demasiadas cosas por él ese día. Si se dejaba llevar, podría hacer alguna locura como subirse a sus piernas e intentar besarlo de nuevo.

Dylan volvió con una cerveza recién salida del refrigerador. La quinta, según las cuentas Brooke. El tipo sí que sabía beber cuando decidía relajarse. Aunque al parecer se había ganado con creces un pequeño gustito.

Mientras caminaba de vuelta al sofá, un ligero movimiento bajo su pants gris le llamó la atención a Brooke y se acordó de lo que había visto en la mañana. Avergonzada, apartó la mirada rápidamente.

—Resulta que nuestro pícnic departamental también es este sábado, y se me había olvidado por completo. Pero creo que no voy a ir.

Él la miró.

—¿Por qué?

Ella lo miró a través de sus pestañas y le dijo la verdad.

—Prefiero pasar el fin de semana contigo.

La comisura de sus labios se torció.

—¿Puedes llevar un invitado al picnic?

—Pues… sí. Pero va a ser muy aburrido, y ya te pedí que me acompañaras a la recepción de Penny ese día. Me imagino que queremos hacer algo más divertido durante el día.

Dylan chocó su rodilla contra la de ella.

—Deberías ir. Yo te acompaño, encantaré a todos tus compañeros.

Ella sonrió.

—No me cabe duda de que podrías.

—Al menos sirvo para una cosa. —Sacudió la cabeza con desdén —. Tengo que mantenerlos deslumbrados para que no se den cuenta de que no puedo sostener su conversación.

—Oye. —Odiaba oírlo hablar mal de sí mismo—. Eres tan inteligente como cualquiera de mis conocidos.

Él resopló.

—Mis calificaciones discrepan.

—Tenías tda sin tratar. ¿Y a quién demonios le importan las calificaciones? El mejor alumno de nuestro salón reprobó el primer año de la universidad porque no pudo soportar el estrés. Las calificaciones altas no predicen con exactitud el éxito profesional.

Dylan tomó la tercera botella de salsa picante y volvió a cambiar de tema.

—¿Qué es esta? Ni siquiera la has abierto.

—Me da demasiado miedo. —La había comprado en un mercado de productores porque le había gustado el nombre: «El Chupacabras».

—¿Crees que pique mucho? —le preguntó Dylan, sonriendo mientras le quitaba la envoltura de plástico a la tapa.

—No sé. Pruébala.

Miró la etiqueta con los ojos entornados detrás de los lentes.

—Dice que está hecha con siete de los chiles más picantes del mundo.

Brooke no pudo resistir la tentación de provocarlo.

—¿Qué eres? ¿Una gallina? Nunca había visto a Dylan Price retroceder ante el desafío de una salsa picante.

Dylan le quitó la tapa a la botella y miró a Brooke con una expresión burlona.

—Lo haré si tú lo haces.

—Bueno —aceptó, sabiendo que iba a arrepentirse.

—Eso es. —Levantó el puño para chocarlo con el de ella y hacer un estallido, y sonrió cuando Brooke le respondió—. Solidaridad. Eso es amistad. —Bañó una alita de pollo con salsa El Chupacabras y se la pasó—. Toma. Aquí tienes tu alita.

Ella la examinó con cautela mientras él preparaba otra. Tan solo el olor le quemaba las fosas nasales. Definitivamente iba a sufrir.

—¿Ya tienes la tuya? —le preguntó Brooke, dándose cuenta demasiado tarde de que en el refrigerador no tenía más que leche caducada. Probablemente debió haber pensado en eso antes de aceptar el reto.

—Estoy listo —dijo Dylan—. ¿Tú estás lista?

Brooke asintió, preparándose para el sufrimiento.

—Hagámoslo.

—Juntos. A las tres. Una, dos, ¡tres!

Ambos mordieron sus alitas. No fue tan malo como Brooke había estado esperando. Por lo menos, al principio. Luego empezó a picar. A picar mucho más.

—Bueno —dijo Dylan, asintiendo mientras se lamía los labios—. Muy bien. Ahí está.

—Ajá. Aquí viene —asintió Brooke, haciendo una mueca de dolor mientras tragaba. El calor había empezado a irradiarse de la boca a toda la cara, y el ardor le subía hasta los senos paranasales. El Chupacabras no la decepcionó.

—Ya lo siento. —Dylan agitó la mano delante de su boca—. ¡Vaya! Eso es… guau.

—¡Agh, se me escurren los mocos! —Brooke tomó una servilleta y se sonó la nariz.

Dylan se agarró el estómago, riendo y llorando a la vez.

—No puede ser, se me está yendo al cerebro.

Su risa provocó a Brooke, que soltó un doloroso bufido. Siempre se hacían lo mismo: se provocaban, se daban cuerda mutuamente y se alimentaban de la energía del otro.

Brooke extendió la mano enfrente de ella.

—Literalmente estoy temblando.

—No puedo dejar de llorar —resolló Dylan mientras todo su cuerpo temblaba de risa.

—Toma una servilleta. —Ella le pasó una nueva de la mesa—. No te toques los ojos —le advirtió mientras se secaba la cara.

—Creo que es demasiado tarde. —Tenía los ojos rojos y llorosos—. Eso o me estoy quedando ciego del ardor. —Se quitó los lentes y se secó los ojos con el dorso de las manos.

—¿Por qué nos hacemos esto? —Hacía siglos que no se reía tanto, y fue catártico. Necesitaba a Dylan a su lado todo el tiempo para asegurarse de que se riera con regularidad hasta que le doliera el estómago.

—Porque es divertido. Obviamente.

El absurdo la hizo estallar de nuevo y se dobló de risa, jadeando.

Dylan le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Estás bien? ¿Vas a vivir? —Brooke asintió y él la estrechó contra sí—. Aguanta.

Brooke se acurrucó contra él, todavía riendo y llorando, pero también disfrutando la sensación de estar apoyada contra su pecho.

—Sí. Estoy bien. Estoy resistiendo.

—Esa es mi chica.

Incluso a través de la neblina de dolor, sintió emoción cuando la llamó «mi chica».

Demasiada emoción.

Se apartó de él y se enderezó.

—Ya me siento mejor. ¿Tú te sientes mejor?

Él asintió, todavía limpiándose la nariz con la servilleta.

—Creo que ya se me está pasando. Es posible que sobreviva. Sin embargo, creo que mis papilas gustativas murieron. Jamás se recuperarán de esto.

¡Maldición! No debería ser tan atractivo con la cara roja y sudorosa y la nariz escurriendo. Verlo así debería ser la muerte de la excitación, pero, de alguna manera, solo hizo que lo deseara todavía más.

Se apartó de él y tomó una servilleta del montón.

—Toma otra servilleta.

—Gracias. —La usó para limpiarse los ojos y agarró su cerveza.

—No, no tomes cerveza —le advirtió demasiado tarde.

Dylan hizo una mueca de dolor.

—Ay, mierda. Fue un error.

Ella le quitó la cerveza y le dio un empujón con el hombro.

—Ya deberías saber. —Los dos volvieron a reírse.

—Sí sé. No sé en qué estaba pensando.

—Come más pizza. El queso te ayudará.

—¿En serio? —La miró con escepticismo.

—No sé. Tiene leche.

—Si tú lo dices, lo haré. —Le sonrió mientras tomaba un trozo frío de pizza vegetariana.

Dylan siempre había hecho todo lo que ella decía. Fuera lo que fuera. Aunque supiera que era una broma, le hacía caso con disposición, pensando que la diversión valdría la pena. Su confianza en ella siempre había sido total. Probablemente recibiría una bala por ella si se lo pidiera.

Pensar en eso le daba un poco de miedo. Era demasiada responsabilidad. ¿Y si no era digna de ese nivel de lealtad?

—Sabes, creo que sí está ayudando —dijo mientras comía pizza—.

Eres un genio.

Brooke apartó la mirada de él y la posó en una pequeña figura café que se asomaba desde el pasillo que conducía a la recámara.

Movió la mano como un rayo y agarró la rodilla de Dylan.

—No puede ser. No te muevas.

—¿Qué pasa? —Sus ojos se abrieron al máximo y se quedó inmóvil a medio bocado de pizza—. Ay, no, ¿es una araña? Ya sabes cuánto odio las arañas.

—Cálmate —dijo Brooke en un tono inexpresivo, bajo y calmado—. No es una araña. Murderface acaba de entrar a la sala. ¡No voltees! —murmuró cuando Dylan empezó a girar la cabeza—. Lo vas a asustar. Gira la cabeza muy despacio para que no se sobresalte.

Hizo lo que le ordenó y frunció el ceño.

—No veo un carajo.

Sus lentes seguían sobre la mesita. Brooke se los dio.

Dylan se puso los lentes y sonrió enseguida.

—Guau, mira. Sí tiene cara de asesino.

—Sí, ¿verdad? Ese es mi chico enojado y esponjoso. —Amaba a ese estúpido gato. Había sido amor a primera vista cuando lo vio en el evento de adopción. ¿Quién podía resistirse a una cara siempre tan enojada?

Dylan se inclinó hacia delante y extendió la mano con cuidado hacia el asustadizo felino.

—Hola, amigo.

Con el movimiento, Murderface se quedó inmóvil, con los ojos entrecerrados en su pequeña cara plana y furiosa de gato.

—Está bien —dijo Dylan con voz suave—. No voy a hacerte daño, gatito. Seamos amigos.

Murderface se agachó y miró a Dylan con desconfianza. Luego tosió. Después tuvo una arcada.

—Ay, genial. —Suspirando, Brooke se levantó y recogió al gato para llevarlo al suelo laminado de la cocina antes de que dejara una mancha en la alfombra.

—¿Que vomite es una señal de confianza o está expresando lo que siente por mí? —exclamó Dylan, riendo.

Brooke arrancó una hoja de servitoalla mientras Murderface escupía una bola de pelo.

—Tu suposición es tan verdadera como la mía.

Con su misión aparentemente cumplida, el gato corrió hacia la recámara, dejando que Brooke limpiara su desastre, como de costumbre.

—Creo que me rechazó —dijo Dylan cuando Brooke volvió a la sala —. Sacó de su cuerpo lo que siente por mí.

Brooke resopló mientras se dejaba caer en el sofá.

—Seguro que sacó algo de su cuerpo.

—Es una buena razón para no tener mascota. No me gusta mucho limpiar vómito.

—¿A alguien le gustará? No creo que alguien piense: «Oye, ¿sabes qué me encanta de verdad? El vómito. Debería tener una mascota para poder limpiar vómitos todo el tiempo».

—Buen punto. Aunque viniendo de la chica que se gana la vida jugando con cerumen de ballena, pierde algo de fuerza. —Dylan se inclinó hacia delante y levantó las tapas de las cajas de pizza—. Queda un trozo. Es todo tuyo.

Brooke negó con la cabeza.

—Tú cómetelo. Tú eres el invitado. —Ya sentía que iba a reventar. Estaba llena como una garrapata, como decía su abuela. Era un misterio dónde había guardado Dylan tanta comida.

—No, tú cómetela porque eres más… —Hizo una pausa, como si buscara la palabra más adecuada—. Maravillosa —terminó,

mirándola como si fuera una gema rara y preciosa.

El corazón se le apretó en el pecho y tragó saliva, conmovida por su dulzura, pero también un poco preocupada por que tuviera una imagen negativa de sí mismo. Esa noche no era la primera vez que parecía menospreciarse.

Siendo francos, no era un comportamiento nuevo en él. Bajo la apariencia de confianza y desenvoltura, Dylan siempre había sido demasiado modesto, rozando la baja autoestima.

Brooke culpaba a su madre. La señora Price era una desgracia. Durante años, Brooke la había visto lanzar indirectas pasivo-agresivas a su hijo, rebajándolo sutilmente y socavando su autoestima. Lo había convencido de que era estúpido porque tenía problemas en la escuela, cuando podría haberle conseguido la ayuda que necesitaba. Cuando llegó a la pubertad, empezó a acosarlo también por su aspecto, intimidándolo para que se esforzara más en su apariencia, convenciéndolo de que era lo único para lo que servía.

«Qué suerte que seas tan guapo», recordaba Brooke que su madre le había dicho más de una vez. «Tendrías muchos problemas si tuvieras que confiar en tu cerebro para salir adelante». La señora Price siempre le decía cosas así. ¿Era de extrañar que hubiera interiorizado la idea de que era tonto y solo útil por su apariencia?

—¿Cómo está tu mamá estos días? —le preguntó Brooke, tratando de no sonar demasiado agria—. Debe estar encantada con todo el éxito que estás teniendo.

Había sido la madre de Dylan quien lo había empujado hacia el modelaje y administraba la cuenta de Instagram que lo ayudó a conseguir a su primer agente. Brooke estaba convencida de que solo lo había hecho por la atención de segunda mano que le proporcionaba su creciente popularidad. A medida que empezaba a despegar su presencia en las redes sociales, su madre se había

convertido en una auténtica madre-agente, buscando patrocinios de productos y colaboraciones con otras personas influyentes en Internet, y llevándose todo el mérito del éxito de su hijo.

Hasta que Dylan llamó la atención de una de las grandes agencias de Nueva York. Con solo veintiún años, le ofrecieron un contrato lo suficientemente bien pagado como para que dejara su trabajo de cocinero y abandonara Baton Rouge… y a su madre.

Brooke se imaginaba que había tenido tanto éxito que ya no necesitaba que su madre dirigiera su vida por él y se había emancipado. Incluso había contratado a su propio manager de redes sociales para que se hiciera cargo de su cuenta de Instagram, dejando a su madre sin ningún papel en su vida profesional y sin forma de disfrutar de su gloria, salvo desde lejos.

Dylan puso los ojos en blanco.

—Le encanta el cheque que le mando a casa cada mes, eso seguro.

—¿Todavía les mandas dinero?

—La empresa de mi papá lo despidió el año pasado. Consiguió un nuevo trabajo vendiendo servicios de lavado a presión, pero le pagan mucho menos de lo que ganaba antes.

—Oh, lo siento.

Dylan se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan. Por eso ahorro la mitad de mi sueldo. No quiero depender de nadie cuando sea mayor. El trabajo de modelo no durará para siempre, así que tengo que planear para el futuro.

Brooke estaba impresionada. Si ella ahorrara la mitad de su sueldo, no le quedaría ni para pagar la renta. Tenía suerte de que su abuela le hubiera dejado un fondo para la universidad. La mayor parte de sus gastos universitarios los había cubierto con becas, así que todavía le quedaba una buena cantidad para subvencionar sus

gastos de manutención mientras terminaba el posgrado. Era la única razón por la que podía pagar tener su propia casa sin tener que lidiar con roomies.

—¿Tus papás van mucho a Nueva York a visitarte? —le preguntó a Dylan.

Él se recargó en el sofá y se frotó la panza, dejando al descubierto una seductora franja de piel de la que Brooke apartó la mirada rápidamente.

—Mi papá vino una vez, un año después de que me mudara. Les compré boletos para Wicked a los dos y mi mamá lo arrastró por todas las tiendas de Times Square. Odió cada segundo y no ha vuelto desde entonces.

El padre de Dylan era el prototipo de padre distante. Brooke solo había interactuado con él unas cuantas veces, a pesar de que había entrado y salido de su casa todos los días de su infancia. Siempre estaba trabajando o encerrado en su estudio con la televisión en algún canal de deportes. El estudio del señor Price había estado estrictamente vedado a los niños, y en las raras ocasiones en que se aventuraba a salir, apenas hablaba.

—Mi mamá solía venir a visitar una vez al año —dijo Dylan, frotándose las palmas de las manos en los muslos—. Pero hace tiempo que no viene. Lo cual me parece bien. Me estresa tener que entretenerla. —Desvió la mirada hacia Brooke—. ¿Tú has ido últimamente a ver a tus papás?

Ella apartó la mirada.

—No.

Dylan sabía que las cosas estaban tensas entre ella y sus padres, pero no sabía por qué. Cada vez que había intentado sacar el tema, ella había sido vaga y evasiva, hasta que al final él había captado el mensaje y había dejado de preguntar.

—Entonces… —empezó, vacilante—. No estoy seguro de que quieras hablar de eso, pero quería preguntarte cómo va la quimioterapia de tu papá.

Brooke se quedó inmóvil. Muy despacio, se volteó para mirar a Dylan.

—¿La qué de mi papá?

—Mi mamá me dijo que empezó la quimioterapia la semana pasada por cáncer de próstata. Perdón si se suponía que fuera un secreto. —Hizo una pausa, y frunció el ceño por lo que debió ver en su expresión—. Lo sabías, ¿verdad?

Brooke no sabía qué decir.

No tenía palabras. Ninguna.

Porque en ese momento se estaba enterando de que su padre tenía cáncer y estaba recibiendo quimioterapia.

Capítulo siete

Brooke se levantó. No sabía qué hacer, pero no podía estarse quieta, así que empezó a caminar de un lado a otro por la sala.

—Mierda, Brooke, lo siento mucho. —Dylan parecía afligido—. No era mi intención tomarte por sorpresa. Supuse que sabías.

Ella resopló burlonamente.

—Claro, esa sería la suposición lógica, ¿no? Uno pensaría que alguien me habría dicho que mi padre tenía cáncer. —Se acercó a la mesita y tomó la cerveza de Dylan. Quedaba solo un poco, pero se la bebió de un trago.

Tenía demasiado que procesar. Todo un espectro de emociones luchaba por dominarla, y ella no sabía cuál debía conseguir el dominio. Había mucha ira, muchísima, acompañada por un poco de confusión y una pizca de incredulidad. Rápidamente les siguió una oleada de justa indignación. Porque desde luego se lo habían ocultado. Por supuesto que sí.

Brooke no había hablado con su padre en años, pero su madre la llamaba cada tres o cuatro semanas para mantener la apariencia de una relación. De algún modo, extrañamente, el papá de Brooke nunca podía ir al teléfono, aunque su madre siempre inventaba alguna excusa por él. Durante ocho años, su madre había estado inventando pretextos, intentando fingir que todo estaba bien y que no había nada fuera de lo normal en el hecho de que el padre de Brooke apenas reconociera su existencia.

La última vez que había hablado con su madre debía haber sido

hacía unas dos semanas, y Brooke le había preguntado cómo estaba su papá. Sabía que lo había hecho, porque siempre le preguntaba, aunque no tenía ni idea de para qué se molestaba.

No recordaba las palabras exactas de su madre, pero con toda seguridad no había mencionado el cáncer. Lo habría recordado, carajo. Estaba segura de que su madre le había dado la vaga respuesta de siempre, que su papá estaba bien, que su trabajo estaba bien y que todo estaba bien, porque Dios no fuera a permitir que nadie de la familia dijera la verdad ni admitiera algún defecto. El maldito cielo podía caerse si permitían que eso sucediera.

—Bueno, pero al menos sabías lo del cáncer, ¿verdad? —dijo Dylan, observándola.

Brooke no respondió nada.

—Por favor, dime que lo sabías, Brooke. Diablos.

—¿Tú cuándo te enteraste? —preguntó ella.

Dylan se pasó una mano por el pelo.

—Mi mamá me lo dijo… ¿debe haber sido hace un mes? Supongo que habló con tu mamá.

—Entonces, mi mamá les está contando a los vecinos lo del cáncer de mi padre. Solo no me lo está contando a mí. Qué bien. Genial. —Hacía mucho tiempo que Brooke había aprendido a no esperar nada de su padre. Sin embargo, su madre debería habérselo dicho. Pensaba que por lo menos tenían esa relación, pero al parecer incluso eso era una ilusión.

—No entiendo cómo se pusieron tan mal las cosas entre tus padres y tú —dijo Dylan—. Siempre fueron muy unidos. Recuerdo que iba a cenar y los veía a todos juntos, y sentía envidia porque tu familia parecía muy feliz y normal en comparación con la mía.

—Las apariencias engañan —dijo Brooke.

Nunca le había contado a Dylan su «problema» del último año.

Durante un minuto había pensado en pedirle que la recogiera en la clínica para llevarla a casa, sabiendo que él haría cualquier cosa que ella le pidiera. Sin embargo, enseguida lo pensó mejor. Él se habría sentido obligado a ayudar, tal vez también a decirle algo a Kyle, y Brooke no quería poner a Dylan en esa situación.

Una vez solucionado el problema, solo quería seguir adelante con su vida. En ese momento, Dylan había asumido que Brooke estaba alterada por la ruptura con Kyle, y ella no había visto ninguna razón para contarle el resto. Cuanta menos gente supiera la verdad, más fácil sería seguir adelante. Eso era lo que se había dicho a sí misma.

Sin embargo, en realidad le daba vergüenza admitir que había cometido un error tan tonto. Dylan siempre la había tratado como si fuera muy inteligente, y a ella le gustaba que pensara así de ella. No quería romper sus ilusiones.

Quizá también había una pequeña parte de ella que había sentido miedo de contárselo. Era irracional, pero su relación con todas las demás personas que sabían la verdad había quedado irrevocablemente dañada. No quería arriesgarse a perderlo también a él.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó él, mirándola con preocupación.

—Nada.

—Me siento fatal. Si hubiera sabido que no lo sabías…

—No es culpa tuya.

—¿Quieres llamar a tu casa?

—Es casi medianoche en Baton Rouge. No puedo llamar hoy. —De todos modos, Brooke no sabía qué les diría. Le iba a llevar cierto tiempo procesar esto antes de estar preparada para confrontar a su madre.

Dylan se levantó y se acercó a ella.

—Ven aquí. —La envolvió en sus brazos y ella se hundió contra él

—. Lo siento —le dijo mientras le acariciaba la espalda—. Siento que tu papá esté enfermo, y siento que tus padres no te lo dijeran. Siento que no hayan estado para ti de la forma que necesitabas. Es horrible y te mereces algo mejor.

Brooke sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se apartó de los brazos de Dylan. No podía darse el lujo de ceder a sus emociones en ese mismo momento o perdería la compostura ahí encima de él. Lo último que deseaba hacer era llorar por su padre.

Empezó a caminar de nuevo, pero las piernas le temblaban demasiado, así que se dejó caer en el sofá.

Dylan se sentó a su lado.

—Sé que no te gusta hablar de cosas desagradables, pero tal vez te ayude.

Sus hombros se tensaron.

—Es historia antigua.

—Si te está afectando en este momento, no lo es.

Brooke se encorvó hacia delante y se frotó la cabeza. Tal vez tenía razón. No había ningún motivo para no decírselo en ese momento. Un secreto guardado solo tenía más poder. Hacía tiempo que había hecho las paces con su decisión y se negaba a avergonzarse de ello.

Enderezó la espalda y se quedó mirando al frente mientras hablaba con monotonía distante.

—En realidad no hay mucho que contar. Quedé embarazada y aborté. Mi padre nunca me lo perdonó. Fin.

Se negaba a mirar a Dylan. Aunque en el fondo sabía que él jamás la juzgaría por su decisión, no podía disipar del todo el temor a su desaprobación.

Él puso la mano sobre la suya.

—¿Cuándo?

—En el último año de preparatoria. —En contra de su voluntad,

desvió la mirada hacia el rostro de Dylan.

La única emoción que demostró fue sorpresa, que se transformó en ira cuando sumó dos más dos.

—¿De quién era? ¿De Kyle?

Ella asintió y apartó la mirada.

Dylan entrelazó los dedos con los de ella.

—¿Cuándo? ¿Fue cuando rompieron? ¿Por eso rompieron?

Ella se mordió el labio y volvió a asentir.

—Diablos. ¿Por qué no me contaste nada? —Bajo el escándalo, su tono indicaba inconfundiblemente que Brooke había herido sus sentimientos.

—Tenías novia, ¿te acuerdas? —Ahora le parecía una excusa débil, pero en ese momento le había parecido muy importante. La preparatoria era un mundo totalmente diferente—. No le habría gustado que metiera a su novio en el asunto de mi embarazo no deseado.

—No tienes ni idea de lo mucho que me habrían valido sus sentimientos en esa situación. —Se detuvo bruscamente y Brooke se volteó para mirarlo. Sus ojos se apartaron de los de ella—. Con trabajo recuerdo su nombre.

Brooke sí recordaba su nombre. Era Stephanie. Recordaba haberlos visto tomados de la mano en el pasillo y haber sentido… no celos, exactamente. Más bien deseo de protección.

Sacudió la cabeza.

—Lo último que necesitabas era que te metiera en mi desastre. La gente podría haber pensado que era tuyo.

—No me habría importado.

Ancló la mirada a la de él.

—A mí sí. No habría podido hacerte eso.

—¿Así que ese imbécil de Kyle te dejó embarazada y luego rompió

contigo? —Las palabras salieron en un gruñido que coincidía con el lenguaje corporal de Dylan, que asemejaba un gran gato listo para atacar.

—Participé equitativa y consensuadamente en la primera parte, pero sí, no pudo alejarse más rápido de mí cuando se enteró de que estaba embarazada.

En ese momento había esperado que Kyle se sorprendiera, se enojara, incluso que se asustara, que sintiera las mismas emociones que ella sentía. Sin embargo, él respondió con ira. Como si fuera algo que ella le había hecho a él y no algo que hubieran hecho juntos. Incluso la había acusado de intentar arruinarle la vida antes de exigirle que «se deshiciera del problema».

Brooke de ninguna manera planeaba tener un bebé más que Kyle, y no estaba preparada en absoluto para ser madre a los diecisiete años. Desde luego que le había molestado mucho que él insinuara que la situación era culpa suya, cuando él había participado exactamente en la misma medida en el proceso de toma de decisiones.

Solo después de que ella le recordara no tan amablemente que él era responsable de lo que había pasado en un cincuenta por ciento, aceptó a pagar la mitad del aborto, siempre y cuando ella jurara no decírselo a nadie. Sin embargo, se había negado de forma rotunda a ir con ella a la clínica, que exigía que la acompañara alguien que pudiera llevarla a casa después de la intervención.

Así fue como acabó pidiéndole a su madre que fuera con ella.

—Qué tipo más imbécil —dijo Dylan furioso—. Y fue luego cuando empezó a decir esa mierda de que te acostabas con cualquiera.

—Era mentira —respondió Brooke por reflejo. Ya no importaba en ese momento. Era historia antigua.

Estaba estúpidamente enamorada de Kyle. Qué ingenua. Había

estado tan ciega de la clase de persona que era en realidad. Como cualquier niña idiota en la agonía del primer amor, pensó que iban a estar juntos para siempre. Los dos tenían planeado ir a la Universidad de Luisiana, para poder estar juntos en la carrera. Después de eso, Brooke había asumido que se iban a casar. Su primer y único novio.

Qué ridícula.

De alguna manera, la mirada de Dylan conseguía ser dura y compasiva a la vez.

—Sé que era mentira y ahora sé por qué lo dijo. Estaba cubriendo sus huellas por si alguien se enteraba; preparaba el terreno para decir que no era suyo. Carajo. —Sacudió la cabeza mientras su rostro se retorcía de furia—. O sea, yo sabía que era un asco de persona, pero no tenía idea de cuánto o lo habría golpeado más fuerte.

Brooke parpadeó.

—Perdón, ¿cómo? ¿Lo golpeaste?

—Sí. —Dylan hizo un pequeño gesto de dolor, como si se sintiera avergonzado—. Lo oí hablar mal de ti en una de las fiestas de Brian Boudreaux, y lo dejé en el suelo de un puñetazo.

—No puedo creer que lo hayas hecho. —Brooke nunca había oído que Dylan participara en una pelea o incluso que perdiera el control. Era una de las personas más amables que conocía—. ¿Por eso que se mantuvo lejos de nosotros en el baile?

—Probablemente.

Brooke le apretó la mano.

—Mi defensor.

Dylan volvió a mostrar en la mirada que se sentía herido.

—Ojalá me lo hubieras dicho. Te habría ayudado.

—Lo sé. —Brooke bajó la mirada a donde estaban entrelazados

sus dedos—. Siempre supe que podía recurrir a ti si las cosas se ponían peor. —No recordaba haber sentido esa certeza con nadie desde entonces, pero sí recordaba sentirlo en ese entonces.

Su vida pudo haber sido más fácil si hubiera recurrido a Dylan en aquel momento de necesidad, aunque también habría sido una mentira. Habría fingido formar parte de una familia feliz que no era real, porque en cuanto la necesitabas no estaba por ninguna parte. Por lo menos así sabía quiénes eran de verdad.

Dylan le acarició los nudillos con el pulgar.

—Entonces supongo que se lo contaste a tus padres y no se lo tomaron bien.

—Se lo conté a mi mamá y ella se lo contó a mi papá. Básicamente no me volvió a hablar. Era como si yo ya no existiera para él. Estaba tan corrompida ante sus ojos que ni siquiera me miraba.

Decir que su madre estaba molesta y decepcionada sería quedarse corta. No le había gritado, porque nunca gritaba, pero había llorado mucho. Sin embargo, sí la había acompañado. Brooke tenía que reconocerle ese mérito.

Cuando quedó claro que Brooke no iba a cambiar de opinión, que si tenía que hacerlo seguiría adelante por su cuenta, su madre la había llevado a la cita y se había sentado estoicamente en la sala de espera de la clínica mientras el médico raspaba las células rebeldes del útero de Brooke. Luego su madre la llevó a casa y cuando su padre llegó a casa del trabajo le contó lo que habían hecho esa noche. Y las cosas nunca volvieron a ser iguales entre ellos.

Brooke recordaba estar acostada en su cama oyendo a través de las paredes el ruido de sus padres peleándose. La voz de su padre se alzaba con rabia y la de su madre era un murmullo suave y compungido. Había durado horas y se había quedado dormida escuchando el llanto de su madre.

A la mañana siguiente, cuando salió de su habitación, Brooke se preparó para recibir el sermón de su vida. Pero su padre no le dijo ni una palabra, ni siquiera la miró. A partir de ese día, apenas reconocía que existía, a menos que fuera necesario. Nunca le gritó ni le dijo que estaba decepcionado. Nunca habló de lo que había hecho. Simplemente la trataba como a alguien que no le importaba. En lugar de una letra escarlata, le había puesto una capa de invisibilidad.

La madre de Brooke había seguido el ejemplo del padre y también la trataba con frialdad, pero solo en casa, cuando el padre de Brooke estaba presente. Cuando estaban las dos solas, o cuando se encontraban con otras personas, su madre actuaba como si todo estuviera bien. Fue entonces cuando Brooke se dio cuenta de que su madre era una gran actriz. De que podía cambiar de personalidad en un abrir y cerrar de ojos con tal de mantener las apariencias.

Sin embargo, incluso cuando se dignaba a hablar con Brooke, solo lo hacía de cosas intrascendentes. La cena, las compras, el clima. Se negaba a hablar de lo que Brooke había hecho, de su padre o de cualquier cosa importante. Cuando Brooke lo intentaba, su madre terminaba la conversación y se marchaba. Así que Brooke dejó de intentarlo.

Su madre había dejado claro con quién estaba realmente su lealtad, y no era con ella.

Brooke había perdido a sus dos padres de un solo golpe. Por un estúpido error.

—Siento mucho que hayas pasado por eso —dijo Dylan, con voz baja y enfática—. Y siento todavía más que lo hubieras hecho sola.

Brooke se encogió de hombros como si no importara.

—En fin. —Se enderezó—. Por eso ya no voy a casa de mis papás. Y supongo que por eso no se preocuparon por decirme que mi papá

tenía cáncer.

Una nueva oleada de rabia la recorrió por dentro. Creía que la desaprobación de sus padres ya no le dolía, pero al parecer todavía tiene el poder de hacer que se sintiera mal consigo misma.

Se levantó y se apartó el cabello del hombro.

—No hay nada que pueda hacer esta noche, así que me voy a acostar. Me ocuparé de eso mañana.

Dylan también se levantó.

—¿Estás segura? —Se quedó parado con cierta inseguridad, con cara de querer abrazarla de nuevo.

Brooke dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos. Por mucho que le gustara perderse entre sus brazos, sabía que si lo hacía se derrumbaría por completo y eso era lo último que quería.

—Está bien —le dijo con voz tiesa—. No te preocupes.

No estaba bien.

Su padre tenía cáncer.

Por debajo de la rabia, en algún lugar de su interior, Brooke estaba aterrada. Porque a pesar de todo lo que había sucedido entre ella y sus padres, a pesar de todo el resentimiento y las recriminaciones, de la fría e insensible distancia que se había ido acumulando a lo largo de los años, a pesar de todo lo que sentía, una parte de ella seguía siendo una niñita que quería a su papá y se sentía aterrada de que se fuera a morir.

Capítulo ocho

Brooke estaba mirando el teléfono fijamente. Llevaba cinco minutos mirándolo y todavía no se había atrevido a llamar a su madre.

Era la una de la tarde. Estaba en la universidad desde las siete y media de la mañana. El trabajo que iba a presentar al día siguiente estaba prácticamente terminado, aunque quería dejarlo reposar antes de darle una última leída y pulirlo.

Esa mañana había dejado a Dylan en su casa con planes de hacer algo de turismo por su cuenta. Se sentía un poco culpable por la prisa que sentía de alejarse de él, pero no quería volver a hablar de la conversación de la noche anterior. Una conversación sincera cargada de secretos era su máximo diario, y ese día tenía que ser con su madre.

Brooke se había dedicado a hacer su ensayo toda la mañana para no pensar en eso. Y una vez terminadas las revisiones, se había pasado media hora leyendo sobre el cáncer de próstata en internet. Lo cual no había contribuido mucho a aumentar su tranquilidad.

Siguió mirando su teléfono. El teléfono le devolvió la mirada.

Tenía dos opciones: quitarse esa llamada de encima o ponerse a calificar y dejar que siguiera rondándole la cabeza.

Marcó el número de su madre.

—¿Brooke? —Su mamá parecía sorprendida. No podía ser de otra manera, Brooke ni siquiera recordaba la última vez que ella la había llamado. Siempre era su madre quien iniciaba sus esporádicas conversaciones.

—Hola, mamá.

—Qué agradable sorpresa. Justo estaba pensando en llamarte.

—¿En serio?

—Sí, no vas a adivinar a quién me encontré en el súper. A Amanda Coursey. ¿Te acuerdas de la señora Coursey, la líder de tu tropa de niñas scouts? Se mudaron cuando estabas en… a ver, debe haber sido en segundo de secundaria. Trasladaron a su marido a otro estado, pero ella vino a la ciudad a visitar a sus padres.

—Qué bien, mamá, pero…

—Y claro que se acordaba de ti. Me preguntó: «¿cómo está Brooke?». Le dije que ahora vivías en Los Ángeles estudiando ballenas y se impresionó. Se acordaba de cuánto te gustaban las ballenas y los delfines cuando eras niña. Hasta hiciste un proyecto scout sobre las ballenas, ¿te acuerdas?

—Sí, mamá. Pero en realidad te llamo por otra cosa.

No parecía que su madre estuviera escuchando. Qué sorpresa.

—Me dijo que uno de sus hijos acaba de graduarse en la Universidad de Georgia y ahora vive en Atlanta, haciendo prácticas en truTV. Quiere ser productor de televisión. El mayor estudió en Misisipi y vive en Birmingham. Está casado, tiene dos hijos y trabaja en una empresa de climatización.

—Mamá —intervino Brooke, perdiendo la paciencia.

—¿Qué? —Su madre sonó molesta por la interrupción de su monólogo.

—¿Papá tiene cáncer?

—¿Quién te dijo?

—Dylan.

—Ay, ¿cómo está? No sabía que seguían en contacto. Siempre fue un muchacho tan dulce. Sabes que despidieron a su padre ¿vedad?

Las conversaciones con ella siempre eran así, por eso Brooke las

temía tanto. Su madre divagaba sin ton ni son sobre temas insignificantes y evitaba con locura que Brooke intentara hablar de algo importante.

—Respóndeme, mamá. ¿Papá tiene cáncer de próstata?

—Pues, sí —admitió su madre—. Un poquito.

«Un poquito». De cáncer. Increíble.

—¿Por qué no me dijiste? —Era imposible evitar que el dolor se manifestara en su voz.

Su madre sonaba nerviosa.

—Ay, bueno, tu padre no quería que otras personas supieran. Ya sabes cómo es.

Por desgracia, Brooke sabía perfectamente cómo era su padre.

—¿Otras personas o solo yo? Porque la mamá de Dylan lo sabe, lo que significa que medio Baton Rouge también lo sabe ya.

—Bueno, intentamos mantenerlo en secreto, pero ya sabes cómo son estas cosas. Se corre la voz.

Brooke apretó el teléfono.

—¿Y no pensaste en llamarme una vez que todo el mundo se enteró?

—Sí lo pensé, pero no quería preocuparte, amor. Papá va a estar bien. El médico dice que todo se ve positivo y que tiene excelentes posibilidades de recuperación.

La madre de Brooke prácticamente había hecho una segunda carrera en mantener el *statu quo* como lo encarnaba el padre de Brooke, así que no era de extrañar que ahora se esforzara el doble para fingir que todo era de color de rosa, incluso frente a un diagnóstico de cáncer.

—¿Pero está en quimioterapia? —Por lo que Brooke había investigado ese tratamiento se utilizaba sobre todo cuando el cáncer se había extendido fuera de la próstata, lo que sonaba más grave de

lo que su madre decía.

—Ya terminó. Le hicieron una pequeña cirugía, que salió de maravilla, y luego tuvo unas cuantas sesiones de quimio para asegurarse de que le habían sacado todo el cáncer. De veras no hay de qué preocuparse.

Brooke no podía distinguir si su madre se había convencido a sí misma de que eso era cierto o si decía lo necesario para mantener la apariencia de que todo estaba bien.

—Bueno, pero es cáncer, mamá. Es algo grave.

Su madre hizo un ruido de apatía.

—Claro, pero es cáncer de próstata, que no es tan malo como otros tipos. Los índices de remisión son muy esperanzadores. Dicen que todos los hombres acaban teniendo cáncer de próstata si llegan a vivir lo suficiente.

Brooke no tenía ni idea de dónde había sacado su madre un dato tan extraño, pero sonaba falso y no era tan reconfortante como ella creía.

—¿Cómo estás sobrellevando todo el asunto? —le preguntó mordiéndose el labio.

—Oh, yo estoy muy bien. Ya sabes cómo soy. Empecé un nuevo proyecto de costura.

Mientras su madre divagaba, Brooke buscaba grietas en la superficie de optimismo pero, si las había, las había ocultado demasiado bien para ser detectables.

—¿Puedes mantenerme al tanto del estado de mi papá a partir de ahora?

—Por supuesto, amor.

Por alguna razón, Brooke no se atrevía a creerle.

—Es en serio, mamá. Quiero saber cómo está.

—Te mantendré informada a partir de ahora —le prometió su

madre, sonando algo más sincera. Quizás incluso un poco arrepentida.

Brooke se dio cuenta de que estaba enroscándose compulsivamente un mechón de pelo en el dedo, lo desenrolló y se lo acomodó detrás de la oreja.

—Me imagino que no puedo hablar con mi papá.

—Ay, qué crees… creo que está dormido. Ayer le dieron la última infusión y eso lo cansa mucho. Mejor deja que duerma su siesta.

—¿Cómo le fue con la quimio? ¿Lo hace sentir mal?

—No está tan mal, la verdad. Ya sabes cómo es tu padre. Fuerte como un buey.

Más bien terco como un buey. Y su madre no era mucho mejor. Los dos intentaban aparentar que todo estaba bien en medio de un huracán de categoría cinco.

—Qué lindo hablar contigo, pero tengo que colgar, amor. —Era increíblemente típico de su madre abandonar la conversación cuando empezaba a ponerse difícil—. Le prometí a tu papá que esta noche iba a hacer mi pollo con albóndigas y tengo que comprar algunas cosas en el súper. Pero me da gusto que hayas llamado. Cuídate, Brooke.

—Adiós, mamá. —«Un placer, como siempre».

Brooke no se sentía mejor después de hablar con su madre. De hecho, se sentía peor, que era lo que ocurría normalmente después de una de sus conversaciones. Sin embargo, esta vez era diferente, porque su padre tenía cáncer.

Aunque desde ahí no podía hacer nada al respecto. Había expresado su preocupación y la habían rechazado. Como siempre.

Tal vez su madre sí la mantendría informada a partir de ahora. Mientras tanto, no tenía sentido darle vueltas al asunto.

***

Un fuerte olor a queso para hornear y salsa de tomate recibió a Brooke cuando entró a su departamento a las seis en punto.

Dylan había preparado la cena para los dos. Al parecer, había ido al súper después de pasear. La saludó desde la cocina, donde estaba cortando vegetales para una ensalada. Parecía un sueño: con los lentes puestos, sin zapatos, los jeans caídos sobre la cadera, mientras le preparaba la cena.

—¡Justo a tiempo! —Levantó la vista sin dejar de picar como un experto—. La cena estará lista en diez minutos.

—Guau, ¿qué celebramos? —Se sentía como el papá de una vieja serie de televisión. El largo día en el trabajo y la molesta conversación con su madre no parecían tan malos cuando había un sexy modelo de ropa interior esperándola en su casa para poner la cena en la mesa.

—Nada en especial —dijo, sonriéndole al tomate cherry que estaba cortando en cuartos—. Simplemente me gusta cocinar. Es agradable tener a alguien para quien cocinar, para variar.

Brooke se acercó al horno e intentó echar un vistazo por el vidrio oscuro.

—¿Es lasaña lo que huelo?

—Sí, y estoy a punto de sacarla, así que fuera. —La agarró por los hombros y la saco de la pequeña cocina.

—Bien. —Ella le sacó la lengua mientras se dirigía a su recámara —. Voy a cambiarme.

Murderface estaba dormido en su cama en lugar de escondido debajo de ella, lo cual era un milagro con un extraño en el departamento. Quizá por fin se estaba acostumbrando a tener compañía. Saltó a recibirla y se enroscó alrededor de sus piernas mientras ella se ponía una playera y unos shorts.

Cuando volvió a salir, Dylan estaba mirando su teléfono con el

ceño fruncido. Cuando Brooke se acercó a la cocina, se lo volvió a meter en el bolsillo y empezó a sacar los cubiertos para poner la mesa.

—Yo la pongo —le dijo ella, tomando los cubiertos.

No tenía servilletas elegantes ni manteles individuales, así que puso dos servitoallas dobladas junto a los platos. Un par de velas que había traído de la sala parpadeaban en el centro de la mesa, ambientando el lugar.

—¿Hablaste con tus papás? —le preguntó Dylan.

—Hablé con mi mamá —respondió Brooke mientras ponía los tenedores y los cuchillos.

Dylan llevó a la mesa una botella de vino tinto y un sacacorchos.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo está tu papá?

—Creo que está bien. Bueno, tan bien como se puede estar con cáncer de próstata. Siempre es difícil descifrar la verdad bajo el implacable optimismo de mi madre. —Brooke se encogió de hombros y fue a buscar dos copas de vino.

—¿Arreglaste las cosas con ella porque no te contó qué estaba pasando? —le preguntó Dylan mientras giraba el sacacorchos.

—Por lo que a ella respecta, está todo arreglado. No es para tanto que no me hubieran dicho nada.

—Lo siento. Qué mal.

—Equis. Es lo que hay. —Brooke no quería seguir hablando de eso. Ya había pasado demasiado tiempo pensando en sus padres. El resto de la noche solo quería relajarse y disfrutar la compañía de Dylan.

Cuando Brooke regresó con las copas, Murderface estaba a los pies de Dylan.

—¡Oye, mira! —exclamó sorprendida.

Dylan sonrió mientras sacaba el corcho de la botella.

—Ah, sí, este gato y yo ahora somos mejores amigos.

Brooke dejó las copas sobre la mesa.

—¿Cómo lograste ese milagro?

—Encontré sus juguetes y lo soborné con catnip. Resulta que le encanta.

—Estoy impresionada. De verdad eres el encantador de gatos.

—Sí… pues, eh, eso no fue todo lo que encontré. —La sonrisa de Dylan se hizo más amplia mientras se inclinaba para llenar sus copas de vino—. Mientras buscaba los juguetes para gato, es posible que haya encontrado tu selección de… eh… juguetes para adultos.

Toda la sangre se drenó de la cara de Brooke.

—Maldita sea.

Él le sonrió con satisfacción.

—Tienes una gran colección.

—Discúlpame, pero ahora tengo que ir a lanzarme por el balcón.

Dylan soltó una carcajada.

—Estamos en un segundo piso, así que no creo que vayas a lograr lo que esperas. En fin, no es para tanto.

—Para mí sí es para tanto —dijo Brooke, frotándose las sienes—. No sé si podré volver a mirarte a los ojos.

A nivel intelectual, Brooke sabía que no tenía nada de qué avergonzarse. Era una adulta; autocomplacerse no tenía nada de malo y francamente, sus vibradores eran mejores compañeros que muchos de los hombres con los que había salido. Los vibradores no te dejaban embarazada y luego te decían «zorra». Nunca te hacían comentarios negativos ni prometían llamarte y luego no lo hacían. Jamás se volvían encimosos ni te acusaban de no estar emocionalmente disponible.

Solo tenías que pasar cinco minutos en la sección «Yo soy el idiota» de Reddit para darte cuenta de cuánta gente estaba atrapada en relaciones tóxicas con hombres de verdad abominables. Viéndolo

con lógica, los vibradores eran una opción mucho más sensata que las citas.

Sin embargo, a Brooke le avergonzaba tener esta conversación con Dylan. No es que nunca hubieran hablado de sexo, pero… en realidad nunca habían hablado mucho de sexo. Por lo menos, no a detalle. La mayoría de las veces habían eludido el tema.

Ella siempre había supuesto que se debía a que él era muy respetuoso. Muchos adolescentes hacían bromas sexuales soeces todo el tiempo, como si acabaran de inventar el concepto, y a Brooke siempre le había gustado que Dylan no lo hiciera cuando ella estaba presente.

Aunque tal vez había sido algo más que respeto. Tal vez ambos habían evitado el tema por otras razones.

Como que rozaba sentimientos que ninguno de los dos había reconocido antes.

—A mí me parece estupendo —dijo Dylan, encogiéndose de hombros—. Me da gusto por ti. Y ahora estamos a mano de que ayer me viste desnudo.

Brooke ladeó la cabeza.

—¿Tú crees? No es como que yo no supiera que tenías pene, pero tú no sabías que yo tenía juguetes sexuales.

Dylan torció la boca.

—En mi opinión, es bastante sexy.

Brooke no sabía si estaba bromeando o… no, no era posible que estuviera coqueteando.

—¿Sí? Porque yo estaba pensando más bien en triste y patético.

—Excitarse no tiene nada de triste ni patético. Además… puede ser muy divertido con una pareja.

Brooke alzó las cejas.

—¿Lo dices por experiencia? —Era tan extraño tener esta

conversación con él. Nunca hablaban así. Era un poco como avanzar en un campo minado: aterrador, pero también emocionante.

Él le lanzó una sonrisa torcida.

—Pruébalo antes de decir que no te gusta.

—No estoy diciendo nada. Solo tengo curiosidad. —No pudo evitar preguntarse cómo sería Dylan en la cama. ¿Tierno? ¿Rudo? ¿O una deliciosa combinación de ambos? Le vino a la mente una imagen de él empujándola contra la pared y bajando entre sus piernas, sujetándole las muñecas con las manos…

—La lasaña está lista —dijo Dylan, dirigiéndose a la cocina sin responder a su pregunta—. Trae la ensalada, por favor.

Brooke sacudió la cabeza y bebió un buen trago de vino antes de ir detrás de él.

Dylan llevó la lasaña a la mesa y la cortó en cuadrados. Sirvió dos porciones generosas y se sentaron a comer.

La lasaña estaba deliciosa. Mejor de lo que Brooke recordaba. O quizá Dylan había mejorado la receta desde la última vez.

Mientras comían, recordaron el pasado y se rieron de chistes locales que tenían antes, algunos de las cuales Brooke casi había olvidado. Se sentía tan natural volver a bromear con Dylan que era como si nunca se hubieran separado. Y sin embargo, ahora eran personas muy distintas de las que habían sido en la preparatoria. Los dos habían cambiado, aunque quizá no en lo que más importaba.

Cuando terminaron de comer, recogieron la mesa y Brooke ayudó a Dylan a lavar los platos.

—Estuvo muy rico —dijo Brooke mientras sacaba un trapo de cocina para empezar a secar los platos— No estoy segura de haberme sentado en esa mesa a comer con alguien. Normalmente el gato y yo comemos en el sofá. O sea, yo como en el sofá. El gato

come en el piso de la cocina.

Dylan le pasó un plato limpio para que lo secara.

—Suena un poco solitario.

—No está tan mal. Me gusta estar sola.

Él frunció el ceño mientras tallaba la tabla de picar con más fuerza de la estrictamente necesaria.

—Yo odio estar solo.

—¿Por qué? —A Brooke le parecía triste. Todo el mundo debería poder disfrutar su propia compañía.

Él alzó la vista, como si la pregunta lo hubiera sorprendido.

—Me imagino que solo anhelo tener compañía.

—Si te refieres al sexo, no necesitas estar en una relación para eso.

Su colección de vibradores hablaba por sí misma. Si embargo, incluso si anhelaba tener contacto humano, había muchas formas de conseguirlo sin atarse a otra persona. No podía imaginarse que Dylan tuviera problemas para ligar si quería.

—No, es verdad —convino Dylan mientras le pasaba la tabla de picar para que la secara—. Pero es más que eso. Me gusta tener pareja. Saber que alguien estará ahí cuando la necesite.

—¿Alguna vez has tenido eso con alguien? —Por lo que ella sabía, él no había estado en una relación desde que se mudó a Nueva York. Con toda seguridad, nada a largo plazo.

—No. Una vez pensé… pero no. Sigo esperando a que llegue la mujer adecuada.

A Brooke le dolió un poco el corazón al verlo limpiar la barra alrededor del fregadero.

—No sé por qué, pero siempre supuse que preferías ir de flor en flor. Supongo que me imaginaba que el estilo de vida de un modelo no era propicio para encontrar ese tipo de relación comprometida.

—La verdad es que no lo es. Ese es el problema. —Dylan negó con la cabeza antes de que ella pudiera decir algo más—. No era mi intención quejarme. ¿Quieres más vino?

—Claro.

Él llenó las copas de ambos y fueron a la sala a sentarse en el sofá.

—¿Entonces no te gustan las relaciones? —preguntó Dylan, girándose hacia Brooke mientras se acomodaba en los cojines.

Brooke se sentó con las piernas cruzadas bajo su cuerpo.

—Me gusta el principio de las relaciones, cuando todo es emocionante y desconocido. Me encanta cómo se siente estar con alguien nuevo, cuando todavía nos estamos conociendo y todo son nervios y expectativas. Pero eso es solo la dopamina. No es real.

El teléfono de Dylan vibró y lo miró con expresión cansada. Mientras veía la pantalla, su expresión se convirtió en una mueca. Era la tercera o cuarta vez que lo veía fruncir el ceño frente al teléfono esa noche. Alguien le había estado mandando mensajes, pero fuera quien fuera, Dylan había decidido no responder.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—¿Y qué pasa después? —preguntó, volviendo a mirar a Brooke—. ¿Cuándo empieza a salir mal?

Ella lo pensó mientras daba un sorbo a su copa.

—Creo que después de unas semanas, una vez que se pasa la emoción y conoces todo lo que hay que conocer sobre alguien. Entonces empiezo a aburrirme. Y prefiero estar sola a estar aburrida con otra persona. —Le sonrió con tristeza—. Creo que el verdadero problema es que la mayoría de la gente me gusta más antes de conocerla.

—Es una visión sombría de la humanidad. —Su mirada se llenó de lástima.

Brooke se encogió de hombros.

—Estoy pensando en cambiar mi credencial de misántropa aficionada por una de profesional.

Dylan se echó hacia atrás y apoyó su copa de vino sobre su muslo.

—¿De verdad crees que en solo unas semanas puedes conocer todo lo que hay que saber sobre alguien?

—Todo lo que yo necesito saber, sí.

—A mí me conoces desde hace dieciocho años y te juro que no lo sabes todo sobre mí.

Ella le sonrió por encima de su copa de vino.

—¿Ocultas un enorme y oscuro secreto? ¿Asesinaste a un hombre en Reno solo para verlo morir?

Una expresión extraña cruzó el rostro de Dylan.

—No, no me refiero a los secretos. La gente es mucho más compleja.

—Todo el mundo tiene secretos.

Su mirada se encontró con la de ella y se la sostuvo.

—Yo no. Yo soy un libro abierto. Solo que todavía no has leído todas las páginas.

Brooke aprovechó el desafío implícito.

—Si eres un libro abierto, dime por qué no dejas de hacer caras cuando ves tu teléfono. ¿Quién te está escribiendo y estresando?

Dylan bebió un trago de vino y volvió a poner cara de hastío.

—Mi agente. Le molesta que me vaya a quedar aquí toda la semana. Quiere que el viernes vaya a una fiesta, entonces está intentando de convencerme de que regrese antes.

—¿Sería necesario? —Brooke no quería que Dylan se fuera, pero tampoco quería que perdiera una oportunidad profesional importante solo por pasar unos días más con ella. Creía que no era lo suficientemente especial como para merecer ese tipo de sacrificio.

—No. —Bebió de nuevo mientras negaba con la cabeza—. O sea, es probable, pero no. No lo voy a hacer. Ya estoy harto de ir a sus malditas fiestas en las que me miran con lascivia y me tratan como a un cerdo de camino al matadero.

Era difícil imaginar a Dylan en una situación así. Desde luego que, si lo miraba objetivamente como la persona que parecía ser en la superficie, era fácil verlo en el tipo de ambiente donde la gente solo es valorada por su apariencia. Sin embargo, cuando Brooke lo miraba, veía mucho más. Veía su bondad, su determinación y su ingenio. Veía a su amigo, que era mucho más de lo que aparentaba en la superficie. Le daba terror pensar en que lo trataran como a un trozo de carne.

—Suena horrible —dijo.

—Sí, puede ser horrible. —Pasó la punta de una uña por la costura de sus pantalones—. Toda la industria se basa en las apariencias y en proyectar una imagen determinada con el fin de acomodarse a la próxima gran moda. Conoces a pura gente falsa, lo que hace casi imposible hacer amigos de verdad o tener una relación significativa. Todo el mundo tiene un propósito, está buscando algo, una forma de utilizarte para su propio beneficio.

Sus miradas se volvieron a encontrar y lo que Brooke vio en su profundidad azul hizo que se le cortara la respiración.

—En mi vida, tú eres la única persona que es cien por ciento real. Cuando me miras, sé que ves mi verdadero yo y no la persona que finjo ser.

Brooke no sabía qué decir. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y tragó saliva.

Dylan volvió a mirar hacia su regazo.

—La verdad es que no sé cuánto tiempo más quiero seguir modelando.

—¿Qué harías en lugar de modelar?

—No estoy seguro. —Bebió un largo trago de vino—. Creo que estaría bien hacer algo que no tuviera que ver con mi cara y mi cuerpo. —Suspiró—. Quizá sea una fantasía.

—No, claro que no. Si tu carrera no te hace feliz, deberías encontrar otra cosa que sí lo haga. Podrías hacer lo que quisieras. Probablemente tienes talentos que ni siquiera conoces. Si tienes un sueño, deberías tratar de hacerlo realidad.

Dylan parecía conflictuado.

—Sí, pero ya tengo el trabajo de mis sueños, que es más de lo que mucha gente logra. No sé si me merezco una oportunidad en algo más.

A Brooke le rompió el corazón oír tanta infelicidad en su voz.

—Claro que te la mereces. No te desanimes. Mereces ser feliz.

Dylan parpadeó y la miró y luego apartó la mirada de nuevo.

—Bueno, todavía no voy a dejar mi trabajo. Necesito tener un salvavidas antes de abandonar el barco. —Se bebió el último trago de vino y se inclinó hacia delante para tomar la botella de la mesa.

—Puede que sea difícil renunciar al dinero —señaló Brooke.

Dylan se acercó a ella y le llenó la copa antes de volver a llenar la suya.

—Para mí el dinero no es tan importante.

Brooke torció la boca.

—No lo es para quien lo tiene.

Dylan dejó la botella sobre la mesa y le sonrió.

—Tienes razón.

Ahora estaba sentado mucho más cerca de ella, lo suficientemente cerca como para extender la mano y tocarlo.

Brooke sintió un impulso abrumador de pasarle los dedos por el brazo. De sentir el calor sedoso de su piel y recorrer la curva de sus

músculos.

En lugar de eso, bebió un sorbo de vino.

—Tal vez seas la persona más exitosa de nuestra generación.

Dylan estiró el brazo sobre el respaldo del sofá y apoyó la cabeza en su mano.

—¿Más que Brandon Walls, que vende mariguana en su coche atrás del súper?

Brooke se acomodó en la misma posición que él y apoyó la cabeza en su mano.

—Incluso más que Steve Raymond, que vende la mariguana de lujo en el garaje de sus papás.

Dylan se rio. Estaban uno frente al otro, y sus cabezas estaban a solo unos centímetros de distancia, lo que significaba que sus bocas estaban a solo unos centímetros de distancia. Lo único que Brooke tenía que hacer era inclinarse un poco hacia delante y sus labios se encontrarían con los de él.

—Tú también eres bastante exitosa —dijo Dylan.

Brooke hizo una mueca.

—Díselo a mi cuenta bancaria.

—El dinero no es la única medida del éxito. ¿Cuántos niños quieren ser biólogos marinos de grandes? Y tú lo lograste. Es increíble.

El vino debía de estar subiéndosele a la cabeza, porque la estaba mirando de una forma que le hacía sentir cosas. Y más que eso, le hacía preguntarse si él también estaba sintiendo algo.

No. Eso no podía ser.

A menos que…

Tal vez…

La expresión de Dylan era intensa, con los ojos entrecerrados. Llena de calor. Si hubiera sido cualquier otra persona quien la mirara

así, apostaría a que estaba pensando en besarla.

Brooke respiró con dificultad y se lamió los labios.

Los ojos de Dylan se oscurecieron y de repente, la habitación le pareció demasiado pequeña, ya no la estaba mirando a los ojos.

Le estaba mirando la boca.

Extendió la mano y le acarició la mejilla con dedos ligeros como mariposas.

Iba a besarla.

Capítulo nueve

El aire entre ellos parecía crepitar de energía potencial.

Dylan iba a besarla y Brooke le iba a devolver el beso.

Entonces el gato saltó al sofá en medio de los dos con un sonoro «¡Miauuu!», y se separaron sobresaltados.

—¡Hola, amiguito! —Dylan se incorporó y se alejó de Brooke para acariciar el lomo del gato como si nada hubiera pasado… o casi pasado—. ¿Quién es mi gatito favorito? Tú eres.

«Maldito gato matapasiones».

Brooke bebió un largo trago de vino. Debería estar agradecida por la interrupción del gato o quién sabe qué habría pasado.

Claramente ellos dos y el alcohol eran una mala combinación.

La peor.

Dylan acababa de decirle lo importante que era su amistad para él. ¿De verdad quería tirar todo por la borda por un acostón de borrachera del que probablemente ambos se arrepentirían al día siguiente?

Era clásico de Brooke. Dejarse llevar por el encanto de algo nuevo y emocionante. ¿Pero cuánto tiempo pasaría antes de que empezara a sentirse atrapada? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se cansara de Dylan?

Él se merecía algo mejor. Se merecía una pareja de verdad que pudiera quererlo, apoyarlo y quedarse con él a largo plazo. Ni siquiera vivían en la misma ciudad, por el amor de Dios.

Se bebió el resto del vino de un trago y se levantó para llevar la

copa vacía a la cocina. Dylan se reunió con ella mientras lavaba la copa y volvió a poner el corcho en la botella de vino a medio terminar.

—¿No vas a tomar más? —le preguntó ella extendiendo la mano para que le diera su copa también vacía.

Él negó con la cabeza, evitando mirarla.

—Creo que ya tomé suficiente vino esta noche.

Brooke recordó su graduación, después del beso. Los dos habían intentado fingir que no había pasado nada, pero las cosas fueron raras entre ellos por un tiempo. Habían pasado días antes de que Dylan pudiera mirarla a los ojos y semanas antes de que ella pudiera mirarlo sin pensar en cómo se habían sentido sus labios sobre los suyos.

Temía que ese escenario se repitiera, sobre todo porque él solo iba a estar ahí unos días.

Qué bueno que esta vez no se habían besado. Con suerte, superarían ese pequeño bache mucho más rápido.

Este breve tiempo con Dylan le había recordado a Brooke cuánto necesitaba su amistad y le había demostrado lo mucho que él necesitaba la suya. Lo que significaba que no debían, o no podían, ser nada más que amigos.

—Mañana tengo que despertarme temprano —dijo Brooke mientras guardaba las copas de vino—. Creo que mejor me voy a la cama.

Sin duda, las cosas serían más normales por la mañana. Más seguras. A la luz sobria de un nuevo día, sería más fácil actuar con racionalidad y escuchar a su cerebro en lugar de a su libido.

Dylan la miró un momento antes de asentir.

—Me parece bien. Te veo en la mañana.

—Gracias por la cena —dijo Brooke, saliendo de la cocina—.

Estuvo deliciosa.

—Buenas noches.

Cuando Brooke salió del baño después de prepararse para irse a acostar, Dylan ya había apagado las luces de la sala. Todo estaba en silencio en el departamento. Brooke fue a su recámara, dejó la puerta solo ligeramente abierta para dejar entrar y salir al gato, y se acostó.

Murderface no la estaba esperando como solía hacer cuando se iba a la cama. «Ha de estar en la sala con Dylan».

Traidor. Primero le arruinaba el momento de pasión y luego, la dejaba por alguien más.

Aunque lo comprendía. Si ella tomara sus decisiones basándose en sus instintos animales, en ese momento también estaría abrazada a Dylan.

Era demasiado tentador. Demasiado reconfortante. Demasiado fácil hablar con él. Demasiado presente. Cómo se paseaba por su departamento con su aspecto naturalmente sexy. Los pensamientos de cualquiera se convertirían en lujuria frente a eso.

Sin embargo, no podía acostarse con Dylan solo por acostarse con alguien. Estar caliente y excitada, y quizás también un poco sola, no era razón suficiente para arruinar una amistad.

No solo era su amigo más antiguo, probablemente también fuera su mejor amigo en todo el mundo. Y al parecer ella también era su mejor amiga.

Brooke se movió bajo las cobijas, demasiado inquieta para dormir.

Pero ¿y si Dylan la hubiera besado de verdad? ¿Qué habría sentido? Sus recuerdos del beso que se dieron en la graduación eran borrosos y estaban llenos de vergüenza y arrepentimiento.

Seguro que ahora besaba mucho mejor.

La superficie de su piel vibró mientras intentaba imaginárselo. El

empuje de sus labios, el calor de su boca. Sus manos deslizándose por sus muslos. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, su mano fue bajando por su abdomen.

«¡Diablos!». Se sonrojó cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Dylan estaba en la habitación de al lado. La puerta de su cuarto ni siquiera estaba cerrada. No debería dejarse llevar por una fantasía con su mejor amigo y mucho menos cuando él estaba a solo unos metros y no había nada que los separara. ¿Y si la oía? No podría recuperarse de ese nivel de humillación. No le quedaría más que rogar que la tragara la tierra.

Brooke se acostó de lado y se subió las cobijas hasta la barbilla, decidida a dejar de pensar en Dylan.

Pensaría en otra cosa. En algo completamente anti-sexy. En pañales sucios. O en el profesor de su departamento con problemas de caspa. O en Adam Sandler.

«Ajá, no lo vas a lograr». Estaba demasiado excitada. Demasiado entusiasmada por ese casi beso interrumpido. Era como llegar a la parte más emocionante de la película y perder la conexión a internet.

No ayudaba el hecho de que Dylan hubiera sido una estrella en su repertorio de sueños sexuales desde que tenía dieciocho años. Era la fantasía perfecta, porque lo conocía mejor que a nadie en la vida; sin embargo, también sabía que no podía esperar que él pensara en ella de la misma manera.

A menos que…

¿Y si pensaba en ella de la misma manera?

Pensar en esa posibilidad la dejaba atónita.

No se podía negar que él había estado en el mismo lugar que ella en ese momento. Si el gato no los hubiera interrumpido y roto el hechizo, ¿hasta dónde habría llegado? ¿Hasta dónde habrían

llegado?

«No».

No podía llegar a ningún lado con él.

Su amistad era demasiado importante para jugar con ella. Jamás haría nada que la pusiera en peligro.

***

Brooke se apuraba para terminar de maquillarse. Se le había hecho tarde porque había apagado el despertador demasiadas veces, ya que se había pasado media noche obsesionada con Dylan y su casi beso.

«Alto. No sigas con eso».

Ese día no iba a pensar en eso. No había ocurrido. Lo había borrado de su memoria. Cuando saliera de su cuarto dentro de unos minutos, iba a mirar a Dylan a los ojos como si nada hubiera cambiado.

Desesperada, trataba de difuminarse la base que se había aplicado tan desastrosamente que parecía un cuadro impresionista. No usaba mucho maquillaje, después de todo, trabajaba en un campus universitario, pero se sentía más segura con un poco de base para homogenizar su tez. Y ese día necesitaba toda la confianza posible.

Una vez que se arregló lo mejor que pudo, salió de su recámara. En cuanto salió al pasillo, la puerta del baño se abrió y Dylan apareció frente a ella.

Sin playera.

Solo llevaba un pants gris, el pelo ligeramente despeinado por el sueño, y se veía más sexy que nunca.

Sus miradas se cruzaron y un músculo se tensó en la mandíbula de Dylan.

Brooke bajó la mirada e, involuntariamente, contempló la

extensión lisa y sin vello de su pecho desnudo y sus abdominales esculpidos. Sintió que se le calentaba la cara y tragó saliva.

—Buenos días —dijo Dylan, y le hizo un gesto para que pasara antes que él.

—Buenos días —murmuró ella mientras pasaba rápidamente a su lado. El departamento olía a café recién hecho, y ella siguió el aroma hasta su fuente como un sabueso tras una pista.

Dylan ya había preparado una cafetera, Dios lo bendiga. Algún día iba a convertirse en el señor de la casa de una mujer afortunada.

—¿Dormiste bien? —le preguntó mientras seguía a Brooke hasta la cocina.

Ella lo miró y habría jurado que vio una sonrisa burlona en su expresión. ¿La estaba provocando? ¿Sabría que había estado toda la noche pensando en él?

—¡Sí, fantástico! —respondió con falsa alegría mientras abría la despensa y sacaba una barrita de cereal para comérsela de camino a la universidad—. ¿Y tú?

—Para ser sincero, no dormí muy bien.

Brooke evitó mirarlo mientras sacaba un termo, temerosa de lo que encontraría en su expresión.

—Oh, lo siento. Espero que el gato no te haya desvelado.

—No, no fue el gato.

Las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Se estaba esforzando en fingir que no había nada diferente entre ellos, y Dylan no estaba cooperando. Estaba segura de que estaba insinuando que era ella quien lo había desvelado la noche anterior, algo que no podía permitirse pensar.

—Se me está haciendo tarde —dijo mientras se servía café en el termo, poniendo fin a la conversación sobre cómo habían dormido—. Soy ayudante en otra clase así que tengo que correr. Vas a estar

bien, ¿verdad?

—Claro.

—De acuerdo. Regreso a las seis. —Le puso la tapa al termo y se dirigió a la puerta para agarrar su laptop.

—Brooke, espera un segundo.

Brooke se dio la vuelta y se encontró frente a frente con el pecho desnudo de Dylan. Estaba tan cerca que podía oler la pasta de dientes de su aliento. Cuando lo miró, sus ojos azules se clavaron en los de ella. Claros. Firmes. Intensos. Observándola.

Se inclinó un poco hacia ella. Provocándola.

Ella debía apartarse. Poner fin a esa situación. Pero no parecía capaz de hacerlo.

Él levantó una mano y rozó la parte superior de su hombro con la punta de los dedos. El calor la abrasó cuando las yemas de sus dedos rozaron la fina tela de su blusa.

No era un roce casual. Era una exploración. Un desafío. Suave, pero provocativo.

Él se inclinó más hacia ella, y ahora ella también se inclinó hacia él, aceptando el reto involuntariamente. Acercándose a él como si su cuerpo tuviera voluntad propia. El corazón le latía con fuerza, la respiración se le entrecortó de forma dolorosa y posó la mirada en los labios ligeramente entreabiertos de Dylan.

Necesitaba que el gato se interpusiera entre ellos y rompiera el hechizo una vez más, pero Murderface no estaba por ninguna parte. Típico gato. Nunca estaba cuando se necesitaba.

Debía decir algo para evitarlo. Ponerle un alto antes de…

«Oh».

Los labios de Dylan rozaron los suyos. Blandos y ásperos a la vez. Suaves y firmes.

Solo fue un ligero toque, y luego se apartaron. Lo suficiente para

tentarla.

Lo suficiente para volverla loca.

Brooke jadeó entrecortadamente y la boca de Dylan volvió a encontrarse con la suya. Cerró los ojos. Separó los labios al sentir las manos de Dylan alrededor de su cintura.

Ahora se besaban con entusiasmo. Caricias lentas, suntuosas y tiernas, tan maravillosas como ella se había imaginado que serían y un poco más. Su lengua recorría la de ella, sus dientes rozaban su labio inferior. Sus cuerpos se derretían.

Y después se acabó.

Dylan se apartó y Brooke abrió los ojos de golpe, sorprendida. Él la estaba observando de nuevo. Estudiaba su reacción. Sus ojos seguían siendo claros e intensos mientras la miraba.

—¿Por qué… por qué hiciste eso? —jadeó con los pulmones adoloridos como si hubieran estado privados de oxígeno.

Él la miró con calma, como si no hubiera hecho estallar su paradigma.

—Quería hacerlo desde que llegué.

A ella le dio un vuelco el estómago.

—¿En serio?

—Pensé que era obvio después de anoche.

—Bueno, está bien, pero… —Brooke sacudió la cabeza, intentando reenfocar sus pensamientos—. No puedo hablar de esto en este momento, me tengo que ir. Tengo que llegar a clase.

¿Por qué tuvo que elegir besarla en ese momento, cuando ya iba tarde?

Dylan estiró un brazo para abrir la puerta detrás de ella.

—Ya sé. Ve a clase. —La tomó de los hombros, le dio la vuelta y la empujó suavemente hacia la puerta—. Que tengas un buen día. Nos vemos en la noche.

Mientras Brooke seguía tratando de procesar qué acababa de ocurrir exactamente, la puerta se cerró detrás de ella.

De acuerdo.

«¿Qué?».

Capítulo diez

—¿Las mujeres pueden tener las «bolas azules»? —preguntó Brooke cuando se encontró con Olivia esa tarde para tomar un café.

Olivia dejó caer su bolsa gigante en una silla vacía y se desplomó en un asiento enfrente de Brooke.

—Ni siquiera los hombres tienen las bolas azules. Es un mito creado con el fin de culpabilizar a las mujeres para que se acuesten con ellos.

Brooke apretó su frappuccino con las dos manos.

—No me refiero literalmente a tener las bolas azules, sino más como… una extrema frustración sexual. Cuando sientes que vas a explotar si no tienes sexo. Las mujeres también deberían tener una expresión para eso. —Sorbió un trago de cafeína azucarada helada mientras pensaba en ello—. ¿Papayas azules? ¿Melones azules? ¿Bollos azules? ¿Por qué hay tantos eufemismos de partes del cuerpo femenino inspirados en comida?

Olivia alzó las cejas sobre sus ojos muy delineados mientras fruncía los labios rojos con interés.

—¿Estoy en lo correcto al suponer que tu invitado es el causante de la frustración de tus partes femeninas?

—Tal vez —dijo Brooke con aire taciturno.

Olivia la miró entornando los ojos.

—Pasó algo. Cuenta.

—No. —Brooke bajó la mirada y volvió a sorber su frappuccino—. No pasó nada.

No estaba segura de querer que Olivia supiera los detalles. Por un lado, en cuanto Olivia lo supiera, Penny lo sabría, y Adam, el novio de Olivia, lo sabría, y Caleb, el marido de Penny, lo sabría. Como Brooke iba a ir con Dylan a la fiesta ese fin de semana, no quería que ninguno de ellos se comportara de forma extraña con él y le insinuara lo que sabía.

Olivia resopló.

—Mentirosa. Mírate, estás toda roja e hiperactiva. ¿Qué pasó? No puedes empezar con lo de las bolas azules y luego no decirme qué pasó.

Brooke suspiró y se recargó en la silla.

—Dylan me besó.

—Ehhh, ¿hola? ¿No era eso lo que siempre habías querido? ¿Por qué te pones como si fuera un desastre?

—¡Porque es un desastre! No puedo andar con Dylan.

—A ver, cuéntame cómo pasó. —Olivia sonaba divertida—. ¿Cómo se te echó encima? ¿Cómo reaccionaste? ¿Cómo dejaste las cosas? Y lo más importante, ¿qué tal estuvo? Cuéntamelo todo.

Olivia escuchó con atención mientras Brooke le contaba los detalles de su casi beso con Dylan la noche anterior y el beso sorpresa de esa mañana cuando estaba a punto de irse. Cuando Brooke terminó, tenía cara de confusión.

—Básicamente, ¿te dio el beso de tus sueños y te largaste de ahí en el acto? ¿Estoy entendiendo bien?

—No fue así —insistió Brooke—. Ya iba tarde a clase. Tenía que irme. Y él sabía que iba tarde cuando decidió besarme. No sé en qué estaba pensando. ¿Habrá decidido hacerlo en ese momento porque sabía que yo no iba a poder quedarme a hablar del tema?

Olivia dio un sorbo a su café helado, pensativa.

—¿Habrá sido «quiero ver cómo se siente solo para divertirnos» o

quería tantear el terreno para un avance a gran escala?

—¡No sé! Ese es el problema. —Brooke se desplomó hacia delante y se golpeó la cabeza contra la mesa—. Aggggh. No sé qué voy a hacer.

—¿Cuál es la tragedia? A ti te encanta y claramente tú le encantas a él. Si algo pasa, que así sea.

Brooke se enderezó de nuevo.

—No me puedo acostar con Dylan. Arruinaría nuestra amistad.

Olivia ladeó la cabeza.

—¿Tú crees? ¿O la haría más increíble?

—La arruinaría —respondió Brooke rotundamente—. Cuando las cosas no funcionen, no nos va a quedar nada.

—Pero ¿cómo sabes que no van a funcionar? A lo mejor funcionan maravillosamente.

—Porque nunca funcionan. Claro, al principio va a ser divertido, pero después de que pase la novedad me aburro y empiezo a sentirme sofocada. No podría soportar sentirme así con Dylan.

Olivia se echó hacia atrás y miró a Brooke.

—Mira. Cuando Adam y yo empezamos a salir, yo tenía los mismos temores. No dejaba de cuestionar mis sentimientos y los suyos, porque estaba convencida de que íbamos hacia el desastre. Creía que solo estaba siendo racional, pero lo que en realidad estaba haciendo era tratar de impedirme a mí misma ser feliz, porque creía que no me lo merecía.

—No es que crea que no me merezco estar con alguien. Es que no estoy convencida de que Dylan sea la opción correcta. Ese es el problema. Nadie parece ser la opción correcta. —Brooke dudó—. Si las cosas no funcionan con él, no podría sacar mi paracaídas y abandonar la relación como suelo hacer. O sea, sí podría, pero si lo hago significará el fin de nuestra amistad. No puedo arriesgarme a

eso.

—Alguna vez tienes que arriesgarte a algo, o nunca vas a conseguir nada. —La voz de Olivia era amable.

Brooke bajó la mirada hacia sus manos, que tenía agarradas entre sí.

—Tendrías que haber oído cómo hablaba anoche de lo importante que es nuestra amistad para él. No creo que esté muy feliz en Nueva York. Básicamente parece que yo soy su única amiga de verdad. ¿No sería egoísta tirar toda nuestra amistad por la borda solo para tener sexo un par de veces?

—No puedo responder eso por ti.

—Aunque no me pase lo de siempre y me aburra, no veo cómo podríamos hacer que funcione, prácticamente hablando. —Brooke miró a través de la cafetería—. Además de que nuestros estilos de vida son totalmente incompatibles, digo, por Dios, ¿me imaginas saliendo con un modelo de ropa interior?, vivimos en lados opuestos del país, separados por tres husos horarios. No nos veríamos nunca. ¿Cómo podría funcionar eso?

Olivia alzó los hombros ligeramente.

—Pues habla con él. Averigua qué tiene en la cabeza. Si han sido lo suficientemente compatibles como para seguir siendo amigos todos estos años, deberían poder ser sinceros el uno con el otro sobre lo que quieren. Capaz que él tampoco está buscando nada a largo plazo. Tal vez solo quiere un acuerdo de amigos con derechos. Una aventura de vacaciones.

—Tal vez. —Brooke seguía tan desconcertada por el hecho de que Dylan pensara en ella de esa manera, que ya no confiaba en sí misma para interpretar sus intenciones con precisión.

—Es posible, ¿no? ¿Te dijo algo sobre que quisiera empezar una relación a largo plazo?

—No… —En realidad no había dicho casi nada. Solo la había besado y luego la había empujado hacia la puerta antes de que pudiera reaccionar.

—Tal vez sea el atractivo de lo desconocido lo que los tiene a los dos tan calientes y dispuestos. —Olivia revolvió el hielo en su bebida con un gesto pensativo—. Llevas deseando a este tipo, ¿qué?, ¿más o menos toda tu vida? Y parece que él también te ha deseado tanto a ti. Entonces a lo mejor solo necesitan desahogarse, teniendo claro que es solo un acuerdo temporal, y luego puedan separarse como amigos cuando él regrese a Nueva York el domingo.

Brooke la miró fijamente.

—¿Crees que funcionaría?

—Claro. ¿Por qué no?

Olivia lo hacía parecer tan sencillo… y Brooke no podía negar que la atraía su sugerencia. A pesar de todas las voces en su cabeza que le decían que involucrarse con Dylan era una idea terrible, ella lo deseaba. Lo deseaba a él.

Muchísimo.

Olivia tenía razón en que siempre lo había deseado, aunque hubiera intentado acallar esos sentimientos y guardarlos en lo más profundo de su ser.

Pero ya no estaban callados.

Si Dylan estaba de acuerdo en algo así de casual, todos podían salir ganando.

Solo de pensarlo, a Brooke le temblaban las piernas. «Imagínatelo». Tener a Dylan para ella sola durante el resto de su estancia. Cuatro días. Y cuatro noches. Después de tantos años, por fin podría satisfacer sus deseos reprimidos.

¿No sería increíble?

Sin embargo, por mucho que deseara ceder a su deseo, todavía no

estaba segura de que fuera lo correcto.

***

Brooke se quedó parada frente a la puerta de su casa. Se mordió el labio mientras apretaba la llave que tenía en la mano.

Dylan estaba adentro. Cuando abriera la puerta, tendría que afrontarlo. Hablar con él. Decirle algo.

Todavía no sabía qué le iba a decir.

Tal vez no tenía que decirle nada. Tal vez tenía que obligarlo a él a decirle algo. A explicarse. Después de todo, había sido él quien la había besado. ¿No exigía algún tipo de explicación? ¿Un esclarecimiento de sus acciones? ¿Como mínimo una aclaración de intenciones?

La situación era ridícula. Era su departamento. No podía quedarse afuera para siempre.

Brooke estiró la mano para meter la llave en la cerradura, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo.

—¿Pensabas entrar en algún momento? —le preguntó Dylan, sonriéndole.

¿Por qué tenía que verse tan bien en playera y jeans? El hombre era totalmente piel radiante y sólida musculatura. Por no hablar de su rostro, que por alguna razón era incluso más atractivo cuando se comportaba con picardía para provocarla.

Y quería provocarla. Lo notaba en el brillo de sus ojos. Sabía que la había dejado perpleja esa mañana y disfrutaba ver su desconcierto.

—Sí —murmuró al pasar junto a él. Su brazo rozó el pecho de Dylan y una lluvia de choques eléctricos le recorrió el cuerpo.

Él cerró la puerta tras ella.

—¿Qué tal estuvo tu día?

«Raro. Confuso. Desorientador. Complicado».

—Bien. —Se pasó la bolsa de la laptop por encima de la cabeza y la colgó en el perchero que estaba junto a la puerta—. Terminé mi trabajo y lo envié.

—¡Genial! ¡Felicidades!

—¿Qué tal estuvo tu día? —Resultaba extraño tener una conversación trivial a unos pocos metros del lugar donde la había besado esa mañana.

¿Planearía fingir que no había pasado, como habían hecho después de su último beso? Porque esta vez de verdad, de verdad no le iba a funcionar.

Dylan fue a la cocina.

—Deberíamos celebrarlo. ¿Quieres una cerveza o una copa de vino? —Lo oyó abrir el refrigerador.

—Quizá más tarde. —Necesitaba mantener su cabeza despejada hasta que hubieran aclarado las cosas—. Pensaba que tal vez deberíamos hablar de… ya sabes.

Cuando volvió de la cocina, sus ojos estaban otra vez brillosos de picardía.

—¿Del nuevo pacto ecológico? ¿De la controvertida temporada final de Juego de Tronos? ¿De si Lizzo es realmente *good as hell*? Vas a tener que darme algunas pistas. —Era exasperante lo sexy que se veía con su sonrisa burlona.

—De esta mañana —dijo Brooke, reprimiendo una sonrisa—. Creo que hubo besos.

La sonrisa de Dylan se hizo más amplia y sexy.

—¿Crees que hubo besos? No he de haberlo hecho bien.

Ella se aclaró la garganta.

—No, lo hiciste muy bien. Sobresalientemente bien, incluso.

—Bueno, qué alivio. —La forma como la miraba hizo que Brooke

sintiera las rodillas débiles y se mareara. Y todavía no estaba hablando del asunto, a pesar de las bromas.

De acuerdo. Entonces, ella sería la adulta.

Brooke tomó aire y abrió la boca para empezar a hablar. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar las palabras, Dylan acortó la distancia que los separaba.

Se movió tan deprisa que la tomó por sorpresa, le agarró la cara con las manos y le echó la cabeza hacia atrás. Cuando sus labios se encontraron con los de ella, la impresión la azotó como una corriente eléctrica, y le aceleró el pulso.

Era como si el pequeño experimento de besos de esa mañana hubiera sido una prueba de sonido, y ahora estuviera en primera fila para ver el acto principal. El calor se acumuló en su estómago cuando su boca cubrió la suya, besándola con confianza, fuerza y firmeza, pero al mismo tiempo con cierta ternura.

Brooke intentó saborear cada segundo, separando los labios mientras su lengua buscaba la de él con avidez. Sus manos se cerraron sobre su playera mientras lo besaba como siempre había querido. De la manera como siempre había fantaseado con besarlo.

Era incluso mejor que su fantasía. Tenía un sabor ligeramente dulce, con un ligero toque de menta, y sus manos se sentían cálidas sobre su cara mientras la sostenía; su barba áspera le rozaba los labios, provocando una oleada de sensaciones que estremecían la superficie de su piel. Él deslizó los dedos entre su pelo mientras inclinaba la cabeza para profundizar el beso y por un momento, ella se perdió en él, en el embriagador aroma de su piel, en el aterciopelado deslizamiento de su lengua contra la suya y en el dolor del vacío de su interior.

«Rayos».

Era Dylan a quien estaba besando.

Se separó con un grito ahogado.

—Espera. Deberíamos… —No podía pensar. El corazón le latía demasiado fuerte.

—¿Qué pasa? —Dylan le acarició las sienes, lo que no la ayudaba a concentrarse.

Brooke cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué estamos haciendo?

—Estoy casi seguro de que nos estábamos besando. Hasta que te detuviste.

—No, o sea, tú y yo… es una locura. —Parpadeó, respirando agitadamente.

Él la miró con fuerza.

—¿Lo es? —El único indicio de incomodidad era una ligera aspereza en su voz.

—¡Sí! —Levantó una mano para alisarse el cabello y se dio cuenta de que le temblaban los dedos.

—¿Por qué? —Él seguía mirándola a través de sus pestañas sorprendentemente largas, sin delatar emoción alguna.

Su inexpresividad hizo más fácil que Brooke se recordara a sí misma lo que estaban arriesgando. La ayudó a decidirse.

—Porque somos nosotros. Y nosotros… no somos así. —Las palabras cayeron en el silencio entre ellos, haciendo trizas el ambiente como una hoja de cristal.

A Dylan le tembló un músculo de la mandíbula.

—Dime que tú no lo has pensado.

Ella tragó saliva y miró hacia la pared que estaba detrás de él. Las manos que hacía un momento habían retorcido su playera se cerraron en puños vacíos.

—Por supuesto que lo he pensado. Pero por muy tentador que sea arrastrarte a mi cuarto y hacerte cosas indecibles, creo que sería una

mala idea. Eres demasiado importante para mí. No puedo arriesgarme a perder nuestra amistad. No valdría la pena.

Él asintió y miró al suelo.

—Lo entiendo.

—¿Sí? —Brooke tenía muchísimo miedo de lastimarlo. Temía que ya hubieran cruzado el punto de no retorno y hubieran arruinado todo.

Sin embargo, cuando alzó la mirada, la expresión de Dylan era clara y honesta.

—Claro que lo entiendo. Probablemente tengas razón. —Sus labios se torcieron en una sonrisa—. O sea, sería divertido…

—Muy divertido.

—Muy divertido —convino con una sonrisa que podía detenerle el corazón—. Pero nuestra amistad también es importante para mí. No quiero hacer nada que pueda ponerla en riesgo.

—Entonces… ¿estamos bien? —Brooke contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta.

Dylan asintió.

—Estamos bien.

—Uf. Qué alivio. —Sintió que se había quitado un peso de encima y supo que había tomado la decisión correcta.

Se miraron uno al otro durante lo que pareció un largo momento; ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar a continuación, cómo volver a la normalidad.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —dijo Dylan finalmente—. Salir a cenar para celebrar que entregaste tu trabajo. ¿Te parece bien?

—Sí. Suena genial. —Salir del departamento sería una buena idea. Brooke no sentiría tanto la tentación de aplastar su cara contra la de Dylan en un restaurante.

Así que fueron a cenar. Y no hablaron del beso para nada. Se las

arreglaron para hablar de casi cualquier otra cosa mientras se atiborraban de comida mexicana.

Lo cual estuvo bien. Ya no necesitaban hablar de eso. Lo habían afrontado como adultos y habían seguido adelante. No había que darle más vueltas.

Solo que Brooke no podía dejar de darle vueltas. Ahora que sabía cómo se sentía besar a Dylan, besarlo de verdad, ¿cómo iba a poder pensar en otra cosa? Sobre todo ahora que sabía que él la deseaba tanto como ella a él.

Que la había deseado durante quién sabe cuánto tiempo.

¿Cómo demonios iba a dejar de pensar en eso?

Capítulo once

Dylan insistió en pagar la cena. Brooke intentó protestar, pero ambos sabían que él ganaba mucho más dinero que ella, así que no protestó demasiado.

Los dos estuvieron callados mientras volvían a casa después del restaurante. Aunque en apariencia las cosas habían vuelto a la normalidad, todavía se notaba cierta incomodidad entre ellos. Ambos eran demasiado cuidadosos, demasiado escrupulosos en la elección de los temas de conversación, como si temieran aventurarse de nuevo en terreno peligroso.

Brooke apretaba el volante con fuerza mientras esperaba en un semáforo en rojo y movía la rodilla de impaciencia.

—¿Estás bien? —le preguntó Dylan.

Brooke asintió sin mirarlo.

—Sí, todo bien.

El semáforo cambió y ella condujo el resto del trayecto, cada vez más nerviosa a medida que se acercaban a su casa. No podía dejar de pensar en el beso que Dylan le había dado antes. En todo a lo que se estaba negado. Deseaba a Dylan prácticamente desde que se enteró de lo que era sentirse atraída por alguien y cuando por fin había tenido la oportunidad, lo rechazó.

¿Estaba loca?

Ahora que Brooke lo había probado, lo deseaba más que nunca, y saber que Dylan la deseaba a ella también le hacía mucho más difícil que reprimiera sus impulsos. Ahora que había salido a la luz su

atracción mutua, todo se sentía más cargado entre ellos.

¿Volverían alguna vez a la normalidad? ¿Y qué tenía que hacer cuando volvieran a su departamento, cuando estuvieran los dos solos, en un espacio pequeño con una cama convenientemente cerca?

Brooke se estacionó en su lugar asignado y Dylan la siguió escaleras arriba. Dejó su bolsa y se quitó los zapatos. Cuando se dio la vuelta, vio que Dylan estaba agachado frente al refrigerador para tomar una cerveza. Sus ojos se posaron en sus nalgas. ¿Cómo las había descrito Penny? Como dos manzanas maduras.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó él.

Brooke se lamió los labios, absorta en la deliciosa visión. En la forma en que sus malditos jeans lo abrazaban como un guante.

Dylan se dio la vuelta y ella apartó los ojos de él.

—¿Qué? —dijo él, buscando el destapador.

—Nada. —Se fue a la sala y se agachó para recoger un juguete para gatos que Murderface había dejado en el suelo.

Era demasiado tentador ignorar el sentido común y volver a besar a Dylan. Si no tenía cuidado, acabaría arruinando su fabulosa amistad porque le gustaba cómo se le veían las nalgas en los jeans.

«No pienses en eso. No lo toques. Ni siquiera lo mires».

—Habla conmigo. —Dylan la siguió y dejó dos cervezas sobre la mesita—. Sé que algo te está molestando.

Brooke negó con la cabeza.

—Creo que solo tengo que acostumbrarme al cambio. Todos estos años di por sentado que tú no me veías de esa forma. Y de repente sí me ves así, y… todo parece distinto.

Dylan frunció las cejas sobre sus ojos azules.

—Perdón. No debí cargarte con mis sentimientos de esa manera.

—No, está… bien. No es que yo no sintiera lo mismo, y fue

halagador, ¿sabes? —La tensión se cernía sobre ellos en una nube espesa y asfixiante. Intentó romperla con una broma—. Supongo que después de todo soy irresistible.

La sonrisa que recibió como respuesta no llegaba a los ojos de Dylan.

—Siempre has sido irresistible.

—Sí, claro —murmuró ella.

Su mirada se clavó en la de ella y Brooke tragó saliva, incapaz de apartar la vista.

—Brooke, la verdad es que… —Dio un paso hacia ella y se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Dylan apretó los labios y sacudió ligeramente la cabeza.

—No importa.

—No, no puedes hacer eso. Tienes que decírmelo. —No podía dejarla en suspenso así, con el corazón golpeándole las paredes del pecho.

Profundas arrugas surcaron su frente.

—No te quiero asustar.

—Esto es lo que me está asustando. —Algo en su expresión la inquietó. Siempre había sido bueno para ocultar sus verdaderos sentimientos tras una máscara alegre, los dos lo eran, pero ahora no lo estaba haciendo. Las emociones se filtraban a su expresión, se colaban por las grietas de los bordes.

—Es que… —Miró al suelo y luego volvió a alzar la mirada, y sus ojos expresaban inseguridad cuando se encontraron con los de ella una vez más—. Siempre has sido mi fantasía. Creía que lo sabías.

Ella parpadeó mientras su confesión flotaba en el aire entre ellos.

—Ay, por favor. —No pudo evitar burlarse. Era demasiado difícil de aceptar. Iba en contra de todo lo que se había dicho a sí misma.

Dylan no parpadeaba mientras la observaba.

—Es verdad.

—No, no es cierto. —Alzó la voz con una incredulidad que sonó como ira—. Yo estaba justo ahí. Durante años. Y nunca me miraste de esa manera excepto… —Se detuvo.

«Excepto en la noche de la graduación».

Cuando la besó accidentalmente y se apartó tan rápido que estuvo a punto de torcerse algo.

La mirada de Dylan se desvió hacia su boca, como si los dos estuvieran reviviendo el mismo momento.

—No me lo permitía.

—¿Por qué no? —Brooke sintió un cosquilleo en los labios al recordar aquel beso y el de esa noche.

Dylan torció la boca con algo que casi parecía amargura.

—Porque yo era el que te cuidaba. Quería ser la persona en la que siempre pudieras confiar que no te haría daño, no el canalla que utilizaba nuestra amistad para seducirte.

El corazón le dio un golpe imprudente.

—Oh.

—Decías que era tu héroe. ¿Te acuerdas? Me gustaba ser ese tipo para ti. Al que siempre recurrías. No quería perder eso. No quería perderte, y casi lo hice en esa maldita limusina la noche del baile cuando me pasé de la raya.

—¿Te pasaste de la raya? —Ella dio un paso hacia él mientras la sangre le corría por los oídos. —¿Pensaste que no me había gustado cuando me besaste?

El rostro de Dylan reflejó dolor, y le atravesó las entrañas como un cuchillo.

—Por la forma como te quitaste, me quedó claro que no te gustó.

—¡Yo no me quité! Tú te quitaste. —Recordaba la humillación de

ese momento con perfecta claridad, como si hubiera ocurrido el día anterior. Lo que sintió cuando él se apartó, balbuceando una disculpa. La expresión de pánico de su rostro cuando se distanció.

—¡Solo por la forma como te tensaste cuando te besé! —Su voz se había elevado al mismo nivel que la de ella.

—¿Yo? ¡Yo no me tensé! —protestó ella, dando otro paso hacia él.

—¡Claro que sí! —insistió Dylan—. Jamás podré olvidar cómo te pusiste rígida cuando te toqué. —El calor de su furia se parecía al de ella. Estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera sentirlo en su piel.

—¡Si me puse rígida, solo fue porque fue inesperado! Me sorprendiste. —Prácticamente se estaban gritando, y Brooke se obligó a bajar la voz—. Eso no significa que no me gustara.

El pecho de Dylan subía y bajaba mientras su expresión cambiaba a confusión y luego a incredulidad.

—¿Te gustó?

—Sí. —Estaba tan cerca como para que percibiera su olor. Se apoderó de ella, haciendo arder la superficie de su piel—. Yo pensé que a ti no te había gustado. Cuando dijiste que fingiéramos que nunca había pasado, pensé que te habías arrepentido.

Dylan abrió los ojos al máximo y la miró con dolor.

—Me arrepentí porque pensé que no querías que te besara.

Ella no podía despegar la mirada de él. No quería hacerlo. El calor que irradiaba la azotaba en oleadas. La piel se le erizó mientras en el aire se enroscaban bucles de deseo entre ellos.

—Pues, al carajo. —Brooke se acercó a él y le tomó la cara con las manos para arrastrar sus labios hasta los suyos.

Dylan le rodeó la cintura mientras su lengua se introducía en su boca. Ella cerró los ojos y lo respiró. Algodón limpio, perfume fresco y el inconfundible aroma de su piel.

Con cada respiración entrecortada, sus pechos se hinchaban contra el de él, aumentando el calor entre ellos. Se apretó contra él, necesitando más, deseándolo todo, anhelando su contacto con su cuerpo. Se sentía débil y mareada, pero Dylan la mantenía firme, con un brazo alrededor de su cintura y el otro recorriéndole la espalda hasta acariciarle la nuca.

Brooke bajó las manos al pecho de Dylan, acariciándole los pectorales duros como rocas, y un suspiro retumbó en su interior. Su mano se deslizó entre su pelo, y cerró los dedos. Ella se inclinó hacia él y sintió como si su cuerpo se fundiera con el de él.

Él le acarició la mejilla. Después sus dedos presionaron su mandíbula, inclinando su cabeza hacia atrás mientras rompía el beso. La miró fijamente y ella vio cómo su expresión cambiaba de insegura a decidida. Enfocado.

Esa mirada era su perdición. Esa mirada quería poseerla, y ella quería ser poseída por él como nunca antes había deseado otra cosa.

Se aferró a la parte delantera de su camisa, apartando todas sus dudas. No había lugar para pensar en nada más que en su cercanía, en el calor de sus ojos y en lo mucho que necesitaba darle todo lo que él quería de ella.

No hablaron. Sus ojos decían todo lo que había que decir.

Dylan volvió a inclinarse hacia ella. Sus labios se posaron en la mejilla de Brooke y le dio varios besos apenas perceptibles a lo largo de la mandíbula. Suaves. Cálidos. Ligeros como plumas. Brooke se estremeció de placer cuando llegó al lóbulo de su oreja y le mordisqueó la delicada piel, haciéndole cosquillas con su aliento que le provocaron escalofríos en la columna.

Lo jaló de la camisa, retorciendo la tela con los nudillos blancos. Mientras la abrazaba con un brazo, tomó sus dedos con la otra mano

y se los llevó a los labios. Pasó su índice por su labio inferior, trazando la suculenta forma.

Luego se lamió los labios y su lengua acarició el dedo de Brooke. Ella apretó con más fuerza, separándole los labios un poco más, y él se metió la punta de su dedo en la boca.

Brooke gimió mientras se formaba un dolor en lo más profundo de su interior. Dylan la miraba, curvando la boca mientras mordía su dedo. A Brooke se le secó la garganta y respiró entrecortadamente.

Él bajó la mirada y la posó en sus senos, recorriendo su cuerpo como una caricia. Ella casi podía sentirlo, como una fuerza física, mientras avanzaba por sus curvas. Pero necesitaba sentirlo de verdad. Necesitaba sentir sus manos sobre ella, su tacto ardiente sobre su piel.

—Dime qué quieres. —La voz de Dylan era casi un gruñido.

—A ti. Te quiero a ti. —Respirando más fuerte, Brooke bajó las manos sobre el pecho de Dylan. Lo apretó, lo acarició, lo masajeó. Lo tocó como quería que él la tocara a ella.

El pecho de Dylan subía y bajaba bajo sus dedos, su respiración se volvía más agitada con cada caricia. Cuando ella le pellizcó un pezón deliciosamente duro, él soltó un gemido profundo desde el fondo de su garganta.

Dylan bajó las manos para acariciarle las nalgas; apretó la carne suave, antes de estrechar la cadera de Brooke contra la suya. Brooke sintió su dureza presionarse contra su cuerpo mientras él la levantaba y la llevaba a la recámara.

Mientras Dylan la acostaba sobre la cama, a Brooke le daba vueltas la cabeza, sentía todos sus pensamientos en desorden. Sentía todo el cuerpo tortuosamente tenso. Tenía la piel tan caliente que temía quemarlo cuando la tocara, pero necesitaba que la tocara. Lo necesitaba de una forma tremenda.

Sin embargo, no se precipitaron. No iban a apresurarse después de tantos años de atracción contenida. En ese momento, correr habría sido una burla. Se tomaron su tiempo, se besaron hasta que ella dejó de sentir los labios y aun así, siguieron besándose. Se besaron mientras se desnudaban y exploraban lentamente sus cuerpos, disfrutando cada centímetro.

No hablaron. Sus ojos, sus manos, sus lenguas y sus cuerpos se comunicaban sin palabras. Investigaban, provocaban, saboreaban.

Era una tortura y era una delicia.

Cada roce se sentía blasfemo y lascivo. Peligroso. Emocionante. Como si estuvieran rompiendo reglas y cruzando límites que nunca antes se habían atrevido a traspasar.

Se besaron hasta que no pudieron contenerse más, hasta que el placer se llevó la última de sus inhibiciones.

Capítulo doce

—No puedo creer que realmente acaba de pasar. —Brooke estaba acostada en la cama junto a Dylan, con una pierna sobre la de él y la piel enrojecida y húmeda de sudor.

—Definitivamente sí pasó. —Le acarició la cabeza y le apretó el hombro con la mano—. ¿Estás bien?

—No estoy segura —admitió Brooke—. Por favor, dime que no acabamos de cometer un error inmenso. —Ahora que estaba bajando de la locura sexual, sus dudas volvían a asomar la cabeza con toda su fealdad.

—No tiene por qué ser así.

Brooke levantó la cara para mirarlo.

—No me gustaría para nada pensar que echamos a perder una amistad de dieciocho años solo para quitarnos las ganas.

Dylan torció la comisura de sus labios.

—Pero se siente tan bien.

Brooke no podía negarlo, así que no lo intentó.

—Hablo en serio. —Extendió los dedos sobre su pecho desnudo—. No me quiero arrepentir.

—Entonces no te arrepientas. —Dylan le acarició la espalda con las yemas de los dedos, dibujando patrones indescifrables en su piel.

Brooke deseaba que fuera tan sencillo como él lo hacía parecer. Sería maravilloso poder perderse en el momento presente; sin embargo, las larvas de la preocupación susurraban en el fondo de su mente todos los problemas potenciales que se avecinaban.

—No quiero perderte por un acostón.

Dylan alzó las cejas ligeramente.

—¿Así es como lo vamos a llamar?

—No puede ser nada más. Tu vida está en Nueva York y la mía aquí. No veo que esas circunstancias vayan a cambiar pronto, y no veo la manera de que consigamos que algo serio funcione a largo plazo.

—Brooke. —Dylan alzó la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara—. Me gusta estar contigo. ¿No podemos dejarlo así y pasarla bien juntos mientras esté aquí?

—Siempre y cuando acordemos de antemano que esto no puede ser algo permanente o serio. No me interesa tener una relación a distancia.

Dylan cerró la mano detrás de su nuca y la jaló hacia él para besarla.

—Anotado —murmuró contra sus labios.

Brooke sintió muchísimo alivio. Temía que no fueran a ponerse de acuerdo, pero si Dylan aceptaba lo de ser amigos con derechos, lo que estaba ocurriendo podía ser genial. Era solo sexo, ¿no? Su amistad era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a esto.

Lo besó de nuevo antes de levantarse de la cama.

—Voy a lavarme los dientes. Ahora vuelvo. —Instintivamente, cruzó los brazos sobre su pecho cuando la sábana se deslizó hacia abajo.

—¿Por qué te tapas? —se burló Dylan—. Después de todo lo que nos hicimos, no me digas que de repente eres tímida.

Ella jaló la sábana para cubrirse los senos.

—No estoy acostumbrada a que me vean cuando estoy desnuda. No sé cómo puedes soportar que la gente vea tu cuerpo todo el tiempo.

Dylan se dio la vuelta, atrapando la sábana que ella estaba tratando de sacar de debajo de sus piernas.

—Es solo trabajo. Luego te acostumbras y te das cuenta de que no es para tanto.

—No actúes como si estuvieras por encima del pudor. La otra mañana te ruborizaste cuando te vi desnudo. —Brooke jaló la sábana, pero ni siquiera se movió con el peso de Dylan encima.

—Bueno, claro, porque no quería que vieras lo excitado que estaba.

Brooke dejó de intentar quitarle la sábana.

—¿Estabas excitado?

—Sí. Excitado y avergonzado al mismo tiempo.

Era demasiado adorable. Sobre todo en ese momento, con el pelo despeinado y los labios rosados e hinchados. Brooke se inclinó hacia delante y lo besó en la boca, disfrutando que pudiera hacerlo libremente y sin culpa.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Créeme. Nada.

Dylan habló contra sus labios.

—Si te quieres lavar los dientes, mejor sal de la cama ahora mismo, antes de que te dé la vuelta y vuelva a hacer lo que quiera contigo.

Brooke se desprendió de sus brazos.

—Pon la idea en pausa.

—¡Te estoy viendo desnuda! —le gritó Dylan mientras corría al baño.

Riendo, cerró la puerta tras de sí. Después de hacer pipí y lavarse los dientes, tomó una bata de detrás de la puerta y fue a la cocina a darle de cenar a Murderface. El gato la estaba esperando junto a su plato de comida, mirándola con desaprobación por haberlo hecho esperar tanto por su cena.

—Lo siento, amigo —le dijo mientras medía la comida—. Tenía asuntos urgentes que atender.

Cuando volvió a la habitación, Dylan se estaba metiendo en la cama después de lavarse los dientes. Brooke se detuvo en la puerta para admirar su silueta desnuda mientras se deslizaba entre las sábanas.

Dylan esbozó una sonrisa cuando se fijó en ella.

—¿Piensas acompañarme?

—Solo estoy admirando la vista.

Él alzó una ceja desaprobatoria.

—Ya no estás desnuda.

—Tuve que darle de comer al gato y no quise darles un espectáculo a los vecinos.

Él la señaló con un dedo.

—Ven aquí.

Algo se tensó en la panza de Brooke en respuesta.

—Me gustas mandón.

—Entonces, quítate la bata.

Ella hizo lo que le pedía y la dejó en el suelo mientras se acercaba a la cama.

Él extendió los brazos mientras ella se arrastraba hacia él. Recorrió con los dedos la curva de su cadera y le puso la piel de gallina.

—Eres tan hermosa.

—No hace falta que me halagues. —Lo besó en la mandíbula, justo debajo de la oreja. Le encantaba estar entre sus brazos. De alguna manera se sentía como algo completamente nuevo y familiar a la vez. Lo mejor de ambos mundos—. Ya conseguiste traerme a la cama.

Dylan la acostó boca arriba, sujetando su cadera bajo la suya.

—No es un halago. Es la verdad. —Sus dedos rozaron su mejilla,

luego sus labios, luego su frente, apartándole el pelo de la cara—. Eres hermosa.

Las manos de Brooke vagaron libremente por el cuerpo de Dylan, acariciándole el pecho, rozándole el abdomen, deslizándose por su cadera. Tenía los músculos tan duros bajo la piel suave y cálida que debería ser un monumento nacional protegido por el Estado. A ella le gustaría ser la encargada de patrullar sus crestas y valles históricos.

—Te pasas el día rodeado de gente hermosa, incluso de forma profesional —le dijo—. No puedo ni empezar a competir.

Él le tomó la cara entre sus manos y le sostuvo la mirada.

—Eres más hermosa que cualquiera de ellos. Eres la persona más bella que conozco. —Sus ojos brillaron de calor cuando bajó la boca hasta la de ella.

No hablaron durante mucho tiempo después de eso.

***

A la mañana siguiente, Brooke tenía que ir a trabajar y estaba exhausta. Las horas de euforia sexual nocturna y de coger como un par de delfines calientes le estaban pasando factura, pero no se arrepentía en lo más mínimo.

Se habían comunicado como dos adultos funcionales. Ella había sido sincera sobre lo que podía ofrecerle y Dylan le había respondido que no buscaba nada más que eso.

Era perfecto.

Literalmente. Era el mejor amante que había tenido nunca. Aparte de que por mucho era el más guapo, también era el más atento, el más diestro y el más creativo. Se había asegurado de que todas sus necesidades quedaran satisfechas, pero tampoco había tenido reparos en satisfacer su propio placer.

A ella le gustaban los hombres que sabían lo que querían y se aseguraban de dar tanto como recibían. En su experiencia, eran casi tan raros como los unicornios.

¿Y qué si esa mañana estaba pagando el precio con un poco de agotamiento? Valía la pena por completo.

—¿Qué te parece si vamos a Venice Beach en la tarde? —le preguntó a Dylan mientras buscaba en su armario algo decente que ponerse.

—¿No tienes que trabajar? —Él la miraba desde la cama, donde estaba acostado desnudo.

Parecía ser su estado preferido, y ella no podía decir que lo desaprobara. Incluso aunque fuera un poco distractor cuando ella estaba tratando de prepararse para irse al trabajo.

—Solo por unas horas en la mañana —le respondió—. Podría volver a recogerte al mediodía, podríamos ir a comer y tal vez caminar por el paseo marítimo. —Dejó de revolver la ropa y miró por encima del hombro—. A menos que ya tengas planes para hoy.

Él apoyó la cabeza en la mano y sonrió.

—No tengo ningún plan, excepto pasar todo el tiempo que pueda contigo.

A ella le gustó cómo sonaba.

—También podemos hacer otra cosa si quieres —ofreció. No le importaba qué hicieran, siempre y cuando estuvieran juntos, pero sentía que al menos debía hacer un esfuerzo por ser una buena anfitriona.

—No, Venice Beach suena divertido.

Ella le sonrió, dejando que sus ojos recorrieran su cuerpo.

—Genial.

—¿Brooke?

—¿Hmm?

—Sabes que me estás mirando, ¿verdad?

Sí, era muy consciente. También era consciente de que se le estaba escurriendo la baba.

—¿Te molesta? —preguntó, alzando una ceja.

—No.

—Bien. —Sonrió más ampliamente—. Me gusta mirarte.

Los ojos de Dylan destellaron.

—Me gusta que me mires.

Ella dio un paso hacia la cama, con la absoluta intención de acercarse y besarlo a morir, pero se detuvo justo a tiempo.

—Mierda. Estúpido trabajo. No puedo con todo esto ahora mismo —hizo un gesto con la mano que lo englobaba a él y su sexy manera de estar acostado.

Dylan se rio.

—¿Ayudaría si me pongo algo de ropa?

—Nunca, jamás hagas eso por mí. —Ella se mordió el labio—. Pero sí, probablemente.

Él se puso una playera y unos pantalones, y ella consiguió terminar de prepararse para irse al trabajo sin saltarle encima.

Aunque sí lo besó durante un minuto entero antes de irse a la universidad.

***

Brooke seguía sufriendo la resaca de un orgasmo épico cuando entró a su oficina treinta minutos después. Esperaba no tener que hablar con nadie hasta que se hubiera bebido su segunda taza de café y pudiera formar pensamientos coherentes, pero no tuvo suerte.

—Auch, te ves del carajo —le dijo Tara a modo de saludo.

—Gracias, qué amable. —Brooke le lanzó un beso mientras Tara caminaba hacia su escritorio.

Tara entornó los ojos y giró en su silla para seguir a Brooke por la oficina.

—A ver. Ojeras. Labios hinchados. Rigidez al andar. —Se le iluminó la cara con una sonrisa—. ¡Alguien cogió anoche! ¿Fue con el modelo de ropa interior? Tiene que haber sido el modelo de ropa interior. Cuéntamelo todo. —Se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla sobre las manos.

—Ojalá pudiera, pero tengo mucho que calificar. —Brooke señaló la pila de exámenes que tenía sobre el escritorio.

—No, no me puedes hacer eso. —Tara la señaló—. No puedes involucrarme en la saga de tu amor preparatoriano y luego ponerte en modo silencioso. Necesito detalles.

Brooke hizo el gesto de cerrarse los labios con un cierre.

—Una dama no tiene memoria.

—¡Ajá! Lo sabía. —Tara levantó los brazos en señal de triunfo—. Bien hecho, mi señora. ¿Estuvo bien?

—¿Tú qué crees? —Brooke no se molestó en ocultar su sonrisa.

—Nunca se sabe con los guapos. A veces no distinguen una nalga de un codo.

—Él sí —dijo Brooke—. Créeme. —Volvió a sonreír solo de recordar la noche anterior. Había sido el mejor sexo de su vida, sin exageración.

—¿Van a ir juntos al pícnic, entonces?

Brooke dudó.

—No sé. Estoy pensando en no ir. —Quería pasar ese día con Dylan, sin tener que socializar con sus compañeros de trabajo en un estúpido pícnic.

—Mmmm. Mal plan —le dijo Tara, negando con la cabeza—. Ya sabes cómo se pone el jefe de departamento con lo del maldito pícnic. Él va a estar ahí, va a hacer una lista de quién fue y quién no.

Pero, mira, es tu funeral. Si en vez de eso quieres cabalgar la ola del placer hasta Cogelandia con tu modelo de ropa interior, no puedo decir que no lo comprenda.

Brooke hizo una mueca.

—Agh. Tienes razón. De acuerdo. Iré.

Tara giró de nuevo su silla hacia su computadora.

—No olvides que te apuntaste para llevar un postre.

—¿Cuándo me apunté?

—No te apuntaste. Yo te apunté. —Tara señaló a Brooke con el dedo por encima de su hombro—. De nada.

«Genial». Así que ahora Brooke no solo pasaría la mitad de su último día con Dylan en un parque olvidado de la mano de Dios conversando con profesores, exalumnos y estudiantes, sino que también tenía que preparar algún tipo de postre. Fabuloso.

Su teléfono vibró y lo sacó de su bolsillo. Era un mensaje nuevo de Dylan. Le había mandado una selfie con un mensaje de dos palabras.

Te extraño.

No había nada abiertamente lascivo en la foto. Estaba vestido, visible solo desde la clavícula hacia arriba. Sin embargo, su expresión lograba transmitir añoranza de una manera que hizo que el estómago de Brooke se revolviera como loco.

Quería volver con él lo más rápido posible.

***

—Tengo que tomarme una foto enfrente de esto para mi Instagram —le dijo Dylan mientras arrastraba a Brooke hacia el letrero de Venecia en Windward y Pacific—. ¿Me la tomas?

Brooke se puso nerviosa por fotografiar a un modelo profesional,

pero él se puso detrás de ella y guio sus manos para encuadrar la toma con el letrero de fondo antes de correr para ponerse en el encuadre, logrando una pose genial sin esforzarse ni un poco. Lo único que ella tuvo que hacer fue hacer clic para conseguir la foto perfecta.

Una vez aprobada la foto, él insistió en tomarse una selfie juntos. Una vez más, Brooke se sintió nerviosa, esta vez por posar con un modelo, pero él hizo una mueca que la hizo reír y consiguió sacar una foto de los dos con un atractivo aspecto despreocupado y feliz.

—Por favor, dime que no vas a publicarla en ninguna parte. —Ella estaba satisfecha con el resultado de la foto, pero eso no significaba que quisiera que la publicara para todos sus amigos modelos y seguidores.

—Es solo para mí —prometió, y tomo otra selfie mientras giraba la cabeza para besarla.

Siguieron caminando hacia la playa y Dylan la tomó de la mano con tanta naturalidad como si fuera algo que siempre habían hecho. Brooke no recordaba haberlo tomado de la mano antes, pero sus dedos se entrelazaron como si fuera una vieja costumbre y no una nueva.

Para cualquiera que los viera, parecían una pareja de verdad. Ella trató de imaginarse cómo sería estar en una relación real con Dylan. «Ser su novia». ¿Seguiría siendo feliz una vez pasada la novedad? ¿O empezaría a sentir la claustrofobia habitual de las relaciones?

Menos mal que no tendría que averiguarlo.

Almorzaron en el patio de un restaurante cerca del paseo marítimo. Era una tarde perfecta para visitar la playa: soleada y luminosa, con unas pocas nubes perezosas moviéndose en el cielo de finales de verano. Brooke pidió un sándwich de pollo frito y Dylan pidió un rollo de langosta con gajos de camote frito, que le ofreció

para compartir. Una vez más, ella intentó pagar su parte del almuerzo, y una vez más él no se lo permitió.

Después, subieron por el paseo marítimo hacia Muscle Beach, parándose de vez en cuando a mirar escaparates o admirar la fauna local.

—¿Esa persona lleva un taparrabos y una boa constrictora? —preguntó Dylan cuando pasaron junto a un hombre con una enorme serpiente sobre el pecho desnudo.

—Sí, así es —le respondió Brooke riendo.

No era para nada lo más extraño que había en exhibición. Vieron todo tipo de artistas callejeros, desde un guitarrista en patines hasta un mago vestido de científico loco que tragaba globos. Había acróbatas, bailarines, músicos y gente con todo tipo de disfraces. Entre la gente y las impresionantes vistas del océano Pacífico, siempre había algo que ver miraras adonde voltearas.

Pasar el tiempo con Dylan era un millón de veces más divertido que pasar el tiempo con cualquiera de los otros hombres con los que Brooke había salido. Con Dylan podía ser ella misma de una forma como nunca se había sentido capaz de ser con nadie más. Conversaban con facilidad mientras caminaban y Brooke se maravillaba de que nunca se les acabaran las cosas de qué hablar. Se reían de los chistes tontos del otro, terminaban las frases del otro y aún tenían muchas cosas en común después de tantos años separados y llevando vidas tan diferentes.

Resultó que a los dos les encantaba la serie de televisión *Schitt's Creek*, lo cual no era tan sorprendente, pero también que los dos leían novelas románticas, lo que sí lo era.

—¿Qué, crees que los hombres no pueden leer novelas románticas? —preguntó Dylan ante la expresión de asombro de Brooke.

—No es cuestión de que puedan, sino de que elijan hacerlo, y nunca he conocido a ninguno que lo hiciera.

La mayoría de los hombres que conocía preferían morir antes que leer una novela romántica. Se había acostumbrado a que se burlaran de sus hábitos de lectura hombres que coleccionaban novelas de *World of Warcraft* y les gustaba fingir que entendían a Kerouac. Era una novedad descubrir a alguien que no solo leía novelas románticas, sino que además le gustaban.

—Admito que al principio era escéptico —dice Dylan—. La única razón por la que empecé una fue que estaba pensando en aceptar un trabajo como modelo para las portadas, y quería ver en qué tipo de libros aparecería mi cara.

—¿Tu cara o tu abdomen? —le preguntó Brooke mientras hacían una pausa para ver a un par de acróbatas que habían atraído a una pequeña multitud—. No siempre muestran la cara del tipo.

Dylan rio entre dientes.

—Es verdad.

—Espera. ¿Terminaste haciéndolo? ¿Significa que hay por ahí una novela romántica contigo en la portada? —Si era así, tenía que localizarla y comprar un ejemplar de inmediato. ¿Y si era una que ya había leído sin darse cuenta de que el pecho de hombre de la portada pertenecía a alguien que conocía?

—Todavía no —le respondió, negando con la cabeza—. Al final no coincidía con mi agenda, pero estoy totalmente abierto a ello. Cuando empecé a leer novelas románticas, me enganché. Ahora sobre todo escucho audiolibros. Son geniales para distraerme en una sesión de fotos, aunque debo tener cuidado con las escenas eróticas si quiero evitar problemas inoportunos en el trabajo.

—Ay, por Dios. —Brooke no había considerado eso, pero ahora era en lo único que podía pensar—. ¿El sexo es lo que te gusta de esas

novelas? —Después de la noche anterior, ella podía atestiguar que estaba muy en contacto con su lado sensual. Con Dylan como única prueba, estaba dispuesta a declarar que las novelas románticas debían ser lectura obligatoria para todos los hombres.

Él alzó las cejas y le dirigió una sonrisa.

—Definitivamente disfruto las partes sexys, pero no son la única razón por la que las leo. Lo que realmente me gusta es lo optimistas que son los romances. La gente siempre tiene lo que se merece, sea bueno o malo.

Brooke no lo había pensado, pero suponía que era cierto. En realidad, era curioso que a ella le gustara leer novelas románticas cuando era tan pesimista en lo que se refería a su propia vida sentimental. Aunque quizá fuera precisamente por eso por lo que le gustaban. Le servían para evadirse de sus propias experiencias mundanas, del mismo modo que la ciencia ficción y la fantasía.

Dylan le soltó la mano para sacar su cartera del bolsillo.

—Antes solo leía libros que creía que leía la gente inteligente, quería demostrar que era tan listo como ellos. Pero Dios, esos libros eran tan deprimentes… Parecían una faena. —Dejó caer unos cuantos billetes en el bote de las propinas de los acróbatas antes de que Brooke y él siguieran bajando por el paseo marítimo—. Al final me di cuenta de que, leyera los libros que leyera, nadie iba a mirarme y pensar que era inteligente; entonces, mejor leo lo que me hace feliz.

—Oye, sí eres inteligente. —Brooke pasó su brazo por el de él y le dio una sacudida de reprimenda.

Él le sonrió y le cubrió la mano con la suya.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero la gente siempre va a mirarme y suponer que no soy más que un guapo tonto —Se encogió de hombros—. Es lo que hay. No voy a ser el imbécil que se queja de

ser demasiado guapo. Si la gente me subestima, es algo que puedo usar a mi favor.

—Buena idea. —Brooke le apretó el brazo, contenta de oírlo tan seguro de sus propias capacidades. Tal vez después de todo su madre no había destruido su autoestima por completo—. ¿Cuál es tu tropo romántico favorito?

Él alzó las cejas.

—¿Tropo?

—Es como la premisa o el tema —le explicó ella—. Un recurso popular que se escribe una y otra vez. Como el de «enemigos a amantes».

—Ah. —Dylan esbozó una sonrisa deslumbrante—. Sería el de «mejores amigos a amantes». Obviamente.

Capítulo trece

Brooke arrastró a Dylan hasta un puesto de lentes de sol y se turnaron para probarse los armazones más ridículos. Dejó que ella le comprara unos lentes morados que, de algún modo, le quedaban totalmente sexys y totalmente ridículos al mismo tiempo.

Siguieron caminando por el paseo marítimo conversando sin preocupación mientras disfrutaban el paisaje, hasta que se cansaron de caminar y encontraron un espacio en la arena, relativamente limpio, para sentarse a contemplar las olas.

—Es bonito —dijo Dylan—. Me gusta más que las playas de la costa este. Se parece más a la costa del Golfo.

—Me encanta el océano. —Brooke cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que la llenara el sonido de las olas rompiendo—. Me da igual cuál.

—Eso espero, con tu trabajo.

Ella sonrió hacia el cielo.

—Me imagino que es verdad. Estaría en el programa equivocado si no me gustara el océano.

Dylan se acostó a su lado y apoyó la cabeza en sus piernas.

—¿Cómo supiste qué era lo que querías hacer? Parece que siempre habías querido dedicarte a eso.

Ella inclinó la cabeza para mirarlo, entrecerrando los ojos mientras se adaptaban de nuevo a la luz del sol.

—No siempre. Cuando tenía cuatro años quería ser princesa.

—¿No todos queríamos ser princesas? —Él sonrió y le tomó la

mano; la apoyó sobre su estómago y la cubrió con la suya.

Brooke miró las olas mientras buscaba entre sus recuerdos el que la había encaminado hacia su carrera.

—Fue cuando mis papás nos llevaron a Gulfport por primera vez. Debió haber sido el verano siguiente a segundo de primaria, poco después de mudarnos de Missouri a Baton Rouge. Nunca había estado en la playa. Dimos un paseo en barco hasta Ship Island, y recuerdo que vi unos delfines que nadaban detrás del barco y pensé que era lo más asombroso que hubiera visto en mi vida. Fue como si hubiera alcanzado el nirvana.

—Y desde entonces el mar le provoca una erección al nerd que llevas dentro.

Brooke se rio.

—Más o menos.

—¿Crees que te quedarás aquí en Los Ángeles cuando acabes el posgrado?

El pelo de Dylan le hacía cosquillas en la pierna y ella se lo acomodó con la mano.

—No sé. Me gusta estar aquí, pero depende de dónde encuentre trabajo. —Sus dedos se entretuvieron con su pelo, jugando con los gruesos mechones.

Su expresión se relajó en una sonrisa beatífica que le recordó la de un golden retriever.

—¿Trabajarías para una universidad o hay otras opciones?

—Hay trabajos en museos que estarían sensacionales: trabajar con especímenes y hacer divulgación científica me encanta. Pero no hay muchos trabajos como esos y hay mucha competencia. —Suspiró, pensando en el enorme agujero negro de incertidumbre que la esperaba. Era difícil conseguir trabajo en su campo, y no estaba segura de querer seguir en la academia aunque tuviera la opción.

Siempre existía la posibilidad de acabar como profesora de biología en algún estado sin salida al mar, ganando menos de lo que gana un mesero promedio—. Si te soy franca, trato de no pensar mucho en el futuro. Es demasiado fácil angustiarse. Todavía me queda un año más antes de empezar a buscar un puesto de posdoctorado.

Los dedos de Dylan se entrelazaron con los suyos, apretando la palma de su mano contra su estómago.

—A mí me gusta estar aquí. Creo que podría ser una persona de Los Ángeles.

—¿En serio? Creía que amabas Nueva York. —Brooke sabía que él sufría de agotamiento, pero por la forma como había alabado Nueva York cuando se mudó ahí, se imaginó que no querría vivir en ningún otro lugar nunca más.

—Amar es una palabra muy fuerte. Nueva York es genial, pero no me molestaría vivir en otro lugar durante un tiempo.

Brooke lo miró y sonrió al imaginarse que vivía en California. Desde luego, en ese momento ya lo parecía, con su suave piel bronceada y la luz del sol dorándole el pelo con el océano de fondo.

Dylan era increíble e inquietantemente atractivo, pero lo que Brooke sentía al mirarlo no tenía nada que ver con su aspecto. No le dolía el pecho por la perfecta simetría de su rostro ni se le apretaba el estómago por sus bíceps, por muy bonitos que fueran. El cariño que sentía por él iba más allá de lo superficial.

Se alzó los lentes de sol morados y entornó los ojos.

—Me estás mirando otra vez.

—Hay mucho que mirar, y todo es muy… agradable.

Él le dirigió una mirada de ofensa fingida.

—¿Agradable? ¿Eso es lo mejor que puedes decir?

—Con que andas en busca de cumplidos, ¿eh? —Le dio un suave jalón de pelo—. Como si no te dijeran constantemente lo atractivo

que eres.

Algo salvaje y quizá demasiado real brilló en el fondo de sus ojos azules.

—Es diferente cuando viene de ti.

Y así de repente, Brooke sintió que el pecho se le tensaba con dolor y que el estómago le daba vueltas. Apartó rápidamente la mirada.

—¿Brooke? —Dylan cerró los dedos alrededor de su mano—. ¿Qué pasa?

Ella negó con la cabeza y se obligó a mirarlo de nuevo.

—¿Esto es tan raro para ti como para mí? —Normalmente era inmune al mareo, pero cada vez que miraba a Dylan a los ojos, el mundo parecía girar y balancearse a su alrededor.

—Para mí no es nada raro.

—¿En serio?

Se llevó su mano a los labios y la besó antes de ponerse de pie.

—Vente, vamos a casa.

Dejó que la levantara y la llevara de vuelta al paseo marítimo. Mientras caminaban hacia el coche, ella pasó su brazo por el de él e inclinó la cabeza para apoyarla en su hombro. Encajaba a la perfección, como si su hombro hubiera sido diseñado expresamente para que ella apoyara la cabeza en él.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó. Las sombras se alargaban a medida que el sol se acercaba al horizonte. Para cuando llegaran a casa, ya sería de noche.

—A ti —respondió él automáticamente.

—Eso dalo por hecho. —Ella levantó la cabeza para sonreírle—. Me refería además de eso. ¿Quieres salir o que nos quedemos en la casa?

—Que nos quedemos en la casa. Definitivamente.

Le gustó esa respuesta. Solo podía pensar en llevarlo a casa y arrancarle la ropa. Salir a un restaurante solo retrasaría su satisfacción.

Dylan se detuvo y la hizo girar, señalando una figura que desaparecía entre la multitud.

—Oye, creo que era Mark Ruffalo.

—Luz de estrella, estrella brillante, primera estrella que veo esta noche. —Le dio un golpecito con el hombro—. Pide un deseo.

—No creo que funcione con los famosos —dijo Dylan riendo.

Ella le rodeó el brazo con las manos y apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Funciona si crees que funciona. Anda, cierra los ojos y pide un deseo.

Él hizo lo que le pedía.

—¿Qué deseaste? —le preguntó acariciándole el brazo cuando abrió los ojos.

Sus ojos sonreían al mirarla.

—Si te digo, no se hará realidad.

La besó mientras la brisa salada le alborotaba el pelo, que se les metía a ambos en los ojos. Besarlo era luz del sol, arcoíris, cachorritos y pastel de chocolate, pero también la calentaba por todas partes. Con el tipo de calor que se acumulaba en su centro y se extendía por todo su cuerpo hasta su cerebro, haciéndola sentirse mareada e intoxicada.

Cuando dejó de besarla, ella abrió los ojos y lo encontró mirándola fijamente con una intensidad sorprendente.

—¿Qué? —le preguntó, acercándose para tocarle la mejilla.

Dylan negó con la cabeza.

—Nada. Solo admiraba el paisaje.

Ella sonrió.

—Vamos a mi casa para que puedas meterme tu delfín del amor en el agüjero negro.

Él la apretó contra su cuerpo, le puso un dedo sobre los labios y la miró profundamente a los ojos.

—Nunca, jamás vuelvas a decir eso. Por Dios.

***

El viernes en la mañana, Brooke se despertó con la caricia de los labios de Dylan sobre su boca.

Todavía estaba oscuro, lo que significaba que era demasiado temprano para despertarse. Sobre todo, después de los muchos y variados excesos de la noche anterior, que los habían mantenido ocupados hasta bien entrada la madrugada.

—Vuélvete a dormir —susurró Dylan—. Voy a correr.

Evidentemente era un lunático. Que necesitara mantenerse en forma para su trabajo no era excusa para que saliera de la cama a correr a las quién sabe qué horas cuando se suponía que estaba de vacaciones. Sobre todo, cuando había una cama calentita a su disposición para que se acurrucara con ella.

Adormilada, estiró la mano con la intención de volver a meterlo en la cama con ella, pero él ya se había ido. Suspirando, se conformó con acurrucarse contra la almohada que él había abandonado y volvió a dormirse.

La siguiente vez que Brooke se despertó fue con el olor a café y tocino, y la luz del sol se asomaba entre las persianas. Bostezando, se arrastró fuera de la cama y recogió la playera que Dylan había tirado al suelo la noche anterior. O quizá había sido ella quien la había tirado. Se habían desvestido bastante rápido y la escena estaba un poco borrosa. En cualquier caso, no veía ninguna razón para ponerse una de sus playeras cuando podía ponerse una de

Dylan.

Lo encontró en la cocina, haciendo hotcakes. Una sartén con tocino chisporroteaba en el horno, perfumando el departamento con un aroma exquisito. Cuando se acercó, él miró por encima del hombro y sonrió.

—Me gustas con mi playera.

—Qué bueno, porque yo también me gusto con tu playera.

Llevaba shorts de deporte y una playera sudada, el pelo todavía húmedo y desordenado por haber corrido. Era ridículo lo sexy que se veía así, por lo que fue directamente hacia él y lo besó.

—Hola —dijo Dylan, pasándole los dedos por el pelo—. ¿Dormiste suficiente?

—No —respondió—. Alguien me mantuvo despierta media noche.

—Qué mal. —Se llevó la mano de Brooke a los labios—. Quien haya sido debería avergonzarse.

—No me estoy quejando. De hecho, espero que lo vuelva a hacer esta noche. Y esta tarde. Y esta mañana. —Lo besó de nuevo. Debería ser asqueroso besarlo porque estaba todo sudado, pero no lo era. Era exactamente lo contrario a asqueroso.

Dylan la rodeó con los brazos, arqueándole un poco la espalda. Cuando sonó el temporizador del horno, la soltó.

—Espera.

Ella esperó mientras él sacaba el tocino del horno antes de besarlo de nuevo. Esta vez dejó que su mano se paseara por dentro de sus shorts.

—Estoy haciendo los hotcakes —protestó él, pero no se apartó.

—Todavía no tengo hambre de hotcakes. —Su estómago gruñó ruidosamente, haciéndola quedar como mentirosa.

Él se rio.

—Primero los hotcakes. Después, puedes comer lo que quieras.

—¿Cualquier cosa? —le preguntó ella.

Él la besó de nuevo y sonrió.

—Cualquier cosa.

***

A las once de la mañana, todavía no se habían vestido. Técnicamente, Dylan se había vestido un rato cuando salió a correr, pero luego Brooke había conseguido que se desvistiera de nuevo después del desayuno, y desde entonces no se había vuelto a poner ropa. Ella se lo estaba tomando como una victoria personal.

Estaban acurrucados en el sofá, porque no habían logrado volver a la recámara después de desayunar.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó Dylan, echando un vistazo a su teléfono.

—Estar contigo —respondió ella en automático. Su piel olía delicioso. Quería aspirarla como los plumones perfumados que sus papás nunca la dejaban tener cuando era niña.

Dylan dejó el teléfono y le acarició la garganta con su cara. No se había rasurado desde el lunes y tenía la cara gozosamente rasposa.

—¿Algo más? —Su barba le hacía cosquillas en el cuello, pero a ella le gustaba, así que no se movió.

—Podemos ir a lugares turísticos, si quieres. ¿Hay algo más que quieras ver mientras estás aquí?

Ese era el único día completo que iban a pasar juntos sin tener que ir a ningún lugar en específico. Brooke se debatía entre aprovecharlo al máximo y quedarse en casa a acurrucarse con Dylan todo el día. Que era otra forma muy válida de aprovecharlo al máximo.

—Siempre he querido ver el Getty —sugirió—. He oído que es bonito.

Ella podía sentir que se ponía cada vez más inquieto cuanto más tiempo pasaban sin hacer nada. Probablemente tenía ganas de salir de la casa. Eran sus vacaciones, después de todo.

—Entonces vamos al Getty. —Le besó la punta de la nariz—. Tus deseos son órdenes.

***

—¿Estás segura de que está bien que te hayas tomado el día libre? —le preguntó Dylan mientras paseaban por una exposición de bocetos de Miguel Ángel.

Brooke ladeó la cabeza mientras miraba un boceto parcial de un desnudo masculino.

—No pasa nada. Los viernes no tengo clase ni horas de oficina, puedo tomarme un día libre en el laboratorio mientras estás en la ciudad.

—Se parece un poco a mi tío George —comentó Dylan mientras se inclinaba hacia delante para estudiar el dibujo.

—Pues tu tío George tiene buenas nalgas —respondió Brooke—. Pero las tuyas son mucho más bonitas.

Dylan la miró por encima del hombro con una expresión divertida.

—Eso me hace sentir raro.

—Fuiste tú quien empezó con las nalgas de tu tío.

—Yo me refería a su cara. —Le dio un codazo en el hombro—. Tú eres la que tiene fijación por las nalgas.

Brooke se encogió de hombros.

—Yo sé lo que me gusta.

—Perversa.

—Ya sabes.

La sonrisa de Dylan se volvió insegura mientras la tomaba de la mano.

—No estás aburrida, ¿verdad? ¿Te traje a un museo de arte en contra de tu voluntad?

—Por supuesto que no. Me la estoy pasando muy bien. —Se acercó para darle un casto beso en la mejilla, consciente de todas las familias que los rodeaban—. Aunque hay una decepcionante falta de dinosaurios aquí.

Siempre le habían gustado más los museos de ciencias naturales que los de arte, pero estaba disfrutando la exposición de Miguel Ángel. Ya sabía que él había sido uno de los pocos artistas del Renacimiento que examinó cadáveres e hizo disecciones para comprender mejor los músculos y huesos del cuerpo. Era fascinante ver sus conocimientos de anatomía humana reflejados en sus bocetos de práctica para lo que con el tiempo se convertirían en sus obras maestras.

Aunque, a decir verdad, con Dylan probablemente se la pasaría bien aunque estuvieran cambiando el aceite de su coche. Brooke se sentía tan feliz que deseaba que él no tuviera que volver para poder disfrutarlo más.

En cuanto ese pensamiento le cruzó la mente, se advirtió a sí misma que no fuera en esa dirección. Era la emoción sexual. Esas sensaciones no durarían cuando se pasara el efecto de las endorfinas. Dylan se iría el domingo y la química cerebral de Brooke volvería a la normalidad. Sin duda lo iba a extrañar, pero al final se alegraría de recuperar su vida normal.

Después de la exposición de Miguel Ángel, pasearon por una galería de fotografías en blanco y negro, y Dylan impresionó a Brooke señalándole cosas en las que ella sola no se habría fijado, como el uso del espacio positivo y negativo, la regla de los tercios y la proporción áurea.

—¿Cuándo te convertiste en un experto en arte?

Él se encogió de hombros, ligeramente avergonzado.

—Tomé un par de clases de arte en educación continua.

—No sabía. —Se arrepintió de no haberle seguido la pista más de cerca después de haberse ido a la universidad y se comprometió a hacerlo mejor a partir de ese momento. No volvería a dejar que pasaran meses entre sus mensajes o llamadas.

—Fue después de que te fueras a la universidad. Pensé que me serviría para mis fotos de Instagram.

—Yo diría que sí.

—Sí, creo que sí. —Sacó el teléfono de su bolsillo y miró la pantalla. Brooke había notado que lo miraba repetidamente a lo largo del día con lo que parecía una creciente sensación de impaciencia.

Siempre curiosa, se inclinó para echarle un vistazo, pero no había nada que ver en la pantalla.

—¿Tu agente te está molestando otra vez?

Dylan guardó el teléfono y volvió a prestarle atención a Brooke.

—No, por fin se rindió.

—¿Entonces por qué no dejas de ver el teléfono?

—Por nada. Estoy esperando una llamada.

—¿Sobre qué?

Dylan le dio un beso en la punta de la nariz mientras le apartaba un mechón de la cara.

—Cosas aburridas del trabajo. Nada importante.

Ella no le creyó. Algo era lo suficientemente importante como para preocuparlo, y el hecho de que no quisiera decirle de qué se trataba la molestó un poco.

¿Ves? Eso era lo que pasaba cuando estabas en una relación. La realidad asomaba su fea cabeza en la fantasía, provocando pequeñas fricciones y molestias que se iban acumulando con el

tiempo, hasta que al final ya no podías ni ver al otro.

Menos mal que ella y Dylan no tendrían que pasar por eso. Extrañarlo sería mucho mejor que ver cómo sus sentimientos por él se convertían en algo desagradable.

Lo que fuera que lo distrajera era su problema. Si no quería compartirlo con ella por el motivo que fuera, también era su problema.

Brooke se puso de puntitas y le pasó los dedos por el pelo mientras le rozaba los labios con un beso.

—Mientras todo esté bien.

Él sonrió mientras frotaba su nariz contra la de ella.

—Todo está perfecto.

Después de caminar durante una hora por el museo, encontraron un espacio en el pasto del jardín y se acostaron boca arriba, tomándose de la mano, a mirar las nubes.

—Esa parece un koala —dijo Dylan, levantando las manos de ambos para señalarla.

—¿Cómo un koala? —le preguntó Brooke.

—Tienes que girar la cabeza y entornar los ojos.

Giró la cabeza y entornó los ojos.

—A mí más bien me parece una mancha.

—No estás jugando bien. Tienes que usar la imaginación.

—A ver, está bien —dijo, señalando—. Esa parece un nudibranquio.

—¿Qué?

—Un molusco gasterópodo también conocido como babosa de mar.

—Básicamente, una mancha. —Dylan se rio—. Eres pésima para esto de ver nubes.

—Tal vez tú eres pésimo para esto, ¿alguna vez lo has pensado?

Dylan giró la cabeza para mirarla, con expresión suave.

—Estoy tan feliz de estar aquí. Me la estoy pasando muy bien

contigo.

Brooke se acostó de lado para mirarlo.

—Yo también.

Dylan tomó a Brooke de la nuca y se acercó para besarla. Ella nunca había sido el tipo de persona a la que le gustara que la vieran besándose con alguien en público, pero tratándose de Dylan, no le importaba.

Había tenido sus dudas sobre el acuerdo de amigos con derechos, pero había funcionado como un sueño. Mejor que un sueño.

Añadir el sexo a la ecuación no había causado ninguna rareza o tensión entre ellos, como ella había temido. En todo caso, había aliviado la tensión que había estado hirviendo a fuego lento bajo la superficie durante tantos años. Quitarse esa tentación parecía haberlos unido todavía más. Su amistad era más fuerte que nunca, pero ahora con el extra de un sexo fantástico añadido a la mezcla.

Lo mejor de todo era que estaban de acuerdo. Sin expectativas, sin compromisos, sin promesas. Solo se la estaban pasando bien mientras estaban juntos. Como un romance de vacaciones, pero mejor.

Dylan se alejó de ella y sacó su teléfono del bolsillo.

—Perdón, tengo que responder esta llamada. —Se levantó y se alejó lo suficiente como para que ella no pudiera oír lo que decía mientras tenía el teléfono pegado a la oreja.

Protegiéndose los ojos del sol, Brooke se incorporó y observó cómo movía los hombros mientras hablaba. Estaba de espaldas a ella, así que no podía leer su expresión en busca de pistas sobre la llamada… o de qué se trataba. Sin embargo, no la molestaba para nada quedarse ahí sentada observando a ese hombre tan guapo ir y venir. Especialmente cuando levantaba un brazo para frotarse la nuca, haciendo que los músculos de su espalda se tensaran y

flexionaran. «Qué rico».

Al cabo de unos minutos, Dylan se volteó para mirarla. Ella levantó las cejas como cuestionándolo, y él le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Parecía que había buenas noticias.

Poco después, terminó la llamada y volvió hacia ella, apretando los labios como si intentara contener una sonrisa. La noticia debía de ser muy buena.

—¿Entonces? —le preguntó Brooke, apoyándose en las manos mientras miraba hacia él. La luz del sol se reflejaba en su pelo y proyectaba un brillo color miel sobre sus rasgos dorados—. ¿Recibiste la noticia que esperabas?

—Sí. Está todo listo. —Sus pómulos se sonrojaron y se mordió el labio inferior, pero no dio más detalles.

«C'est la vie».

Le ofreció la mano, Brooke dejó que la levantara y la llevara directamente a sus brazos. La suavidad había vuelto a los ojos de Dylan, y la llenó de una cálida sensación vibrante.

Dylan le acarició la espalda mientras inclinaba la cabeza para besarle el cuello, justo debajo de la oreja. La sensación vibrante aumentó; de repente, Brooke deseó que no estuvieran en un lugar público.

—¿Estás listo para ir a casa? —le preguntó mientras se le erizaba la piel.

«A casa».

No dejaba de usar esa expresión, como si también fuera casa suya. Era un hábito que tenía que romper antes de que se lo rompieran.

«Se va a ir», se recordó a sí misma.

Pero antes de que se fuera, planeaba disfrutar lo más que pudiera el tiempo que les quedaba.

Capítulo catorce

De camino a su departamento, pararon en el súper para que Brooke comprara un postre para el pícnic del día siguiente. Como la persona perezosa que no sabía cocinar que era, había planeado llevar una charola de galletas de la panadería, pero Dylan insistió en que prepararan algo desde cero.

—No es necesario —protestó Brooke mientras él la arrastraba por la tienda.

—Las galletas del súper son para perdedores —dijo Dylan mientras examinaba el pasillo de repostería.

—Es perfecto, porque la mayor parte de esas personas apenas me cae bien —replicó ella con sorna, aunque solo era una verdad a medias.

—¿No quieres ser la heroína que lleve el delicioso postre casero del que todo el mundo hable en lugar de la porquería barata que nadie se quiere comer? —Dejó caer una lata de cacao en polvo en su cesta de compra—. Tengo la receta perfecta. No vas a creer lo deliciosos que son estos brownies. Son como un orgasmo para la boca.

—La verdad no estoy pensando en darles orgasmos a mis compañeros en un pícnic —dijo Brooke, por más tentador que sonara.

—No te preocupes —murmuró Dylan, acercándose a su oído—. Yo me encargo de que tú tengas tu postre esta noche. —Acompañó su tentadora promesa con un mordisco en el lóbulo de su oreja.

Un cosquilleo le recorrió la espalda y le quitó a Dylan la cesta de la

mano.

—Entonces, hay que apurarnos. ¿Qué más necesitamos? —Habían pasado horas desde la última vez que sintió el movimiento de su océano, y estaba ansiosa por una repetición.

Tomaron el resto de los ingredientes que necesitarían para hacer los brownies y Brooke manejó de regreso a su casa. Dylan subió las bolsas por las escaleras hasta el departamento y sacó las cosas mientras Murderface se enroscaba alrededor de sus piernas.

De algún modo, en solo unos días, se las había arreglado para convertirse en la persona favorita de su gato. Y Brooke se sentía identificada. Después del día siguiente, tanto ella como el gato sufrirían el síndrome de abstinencia de Dylan.

Dejando a un lado el pensamiento melancólico antes de que pudiera arruinarle el estado de ánimo, se dedicó a ayudar a Dylan a preparar los brownies, dándole los ingredientes y los utensilios de cocina. No tenía batidora, así que tuvo que batir los ingredientes a mano, circunstancia que Brooke agradeció enormemente en cuanto se percató de lo deliciosos que se veían sus bíceps mientras mezclaba la masa.

Verlo en su cocina haciendo brownies le provocó todo tipo de fantasías domésticas que ni siquiera se había dado cuenta de que tenía. ¿Un hombre tan guapo, amable y atento que además sabía cocinar? Era un desafío a la realidad. Dylan era como una extraña especie de ave en peligro de extinción que solo se había visto una o dos veces en el último siglo, en algún lugar de la selva tropical, y cuya existencia debatían los expertos constantemente.

Solo verlo medir los ingredientes alegraba el cuerpo de Brooke. O tal vez fuera el chocolate. ¿No decían que era afrodisíaco? ¿El aroma del chocolate derretido podía ser suficiente para disparar su libido?

Se le hizo agua la boca al verlo revolver los trocitos de chocolate,

la manera en que sus brazos y hombros se tensaban mientras trabajaba. Nunca le había interesado gran cosa la cocina, pero ver sus movimientos hábiles y artísticos fue como descubrir un nuevo fetiche.

Sí, sin duda era Dylan lo que estaba disparando su libido. El chocolate era solo un extra.

Él le dirigió una mirada y torció la boca en una media sonrisa mientras la observaba por encima del hombro.

—Sí, te estaba viendo —confesó Brooke antes de que él pudiera señalarlo—. Demándame.

—Podría quitarme la playera si eso mejorara tu experiencia —dijo él con indiferencia.

—¿Lo harías? Sería estupendo.

Ella estaba bromeando, pero al parecer él no, porque soltó la espátula, se llevó la mano a la nuca y se quitó la playera.

«Guau».

—¿Mejor? —le preguntó mientras tiraba la playera al suelo del comedor y volvía a revolver la masa.

Brooke se lamió los labios.

—Mmm. Sí. Excelente. Gracias. —¿Qué podía ser mejor que un hombre sexy y sin playera horneando brownies en su cocina? Era como la máxima experiencia en pornografía para mujeres.

—¿El molde? —preguntó Dylan.

Ella le pasó el molde de metal que había preparado con aceite en aerosol y él vertió la masa. Cuando el molde estuvo lleno, ella vio horrorizada cómo él pasaba el dedo por el interior del tazón para probar el sabor.

—¡No, no hagas eso! —Brooke le agarró la muñeca antes de que pudiera meterse el dedo a la boca—. Te vas a enfermar.

Dylan alzó las cejas en señal de desafío, se metió el dedo a la boca

a pesar de que ella le estaba agarrando la muñeca, y procedió a lamer hasta el último resto de masa de chocolate de la manera más pornográfica posible.

Brooke lo soltó, logrando apenas reprimir una carcajada mientras sacudía la cabeza con desaprobación.

—Es tu panza.

—¿De verdad alguien se ha contagiado de salmonela alguna vez por comer huevos crudos o es solo que los que me odian intentan impedir que viva mi vida al máximo?

—Eso te lo robaste de Twitter. —Había leído exactamente lo mismo en un tweet hacía unos meses.

Dylan se cruzó de brazos, lo que tuvo un resultado realmente sorprendente en sus pectorales y bíceps.

—Para tu información, lo saqué de Facebook.

—Lo que significa que originalmente salió de Tumblr, como todos los mejores contenidos.

—No entiendo Twitter. —Una adorable arruga brotó entre sus cejas —. Es como si hubiera quinientas personas en una habitación gritándose todo el día.

—Eso lo describe bastante bien —coincidió Brooke—. De cualquier manera, hoy en día no solo hay que preocuparse por los huevos. Ahora hay riesgo de contraer E. coli por la harina cruda.

Dylan hizo un gesto de asco y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—El mundo se está yendo a la mierda. Literalmente.

—Estás hablando con alguien que estudia la vida marina. Podría contarte cosas sobre el estado del océano que te quitarían el sueño.

—Seguro que podrías, pero dejemos eso para otro día. Ya tengo suficiente ansiedad existencial.

Al mencionar el futuro, Brooke sintió otra punzada de inquietud.

No habría días suficientes para tener esta o cualquier otra conversación. Por lo menos, no en persona. El siguiente era el último día que Dylan pasaría ahí. Su último día juntos.

El domingo cuando se fuera, las cosas volverían a ser como antes. Los dos volverían a ser amigos que hablaban por teléfono de vez en cuando, pero que rara vez se veían. Aunque Brooke se esforzara más por mantener el contacto, jamás volverían a tener este momento. Nunca volverían a tenerse así.

Cuando Dylan volviera a su vida normal, sería libre de salir con alguien si quería. Y parecía que sí quería. Por la forma como había hablado cuando llegó, buscaba una relación de verdad, significativa y permanente. Exactamente el tipo de relación que Brooke jamás podría darle.

Él se merecía conseguir lo que quería y ella lo deseaba para él, pero se le revolvía el estómago al pensar que fuera a encontrarlo con otra persona.

Si empezaba a salir con alguien en serio, no tendría tanto espacio en su vida para Brooke. Ya no sería su mejor amiga. Si encontraba a la pareja que quería, esa persona sería su mejor amiga, y Brooke se convertiría en un distante mal tercio.

—Hola. —Dylan chasqueó los dedos enfrente de la cara de Brooke —. ¿Me estás oyendo?

—Perdón, ¿qué? —No lo había escuchado en lo absoluto.

Dylan le señaló la cara con dos dedos.

—Los ojos aquí arriba, marinero.

Brooke se dio cuenta de que había estado mirando al espacio, y el espacio que estaba mirando estaba ocupado por el six pack de Dylan.

Dylan torció la boca en una sonrisa arrogante.

—Mira, sé que mi cuerpo distrae mucho, pero si vas a tratarme

como un trozo de carne…

Brooke lo agarró y lo besó. Un beso intenso, urgente, devorador, con la lengua en la garganta.

—Bueno, retiro lo que dije sobre tratarme como un trozo de carne —murmuró él contra sus labios cuando se detuvo a tomar aire—. Adelante, trátame como carne todo lo que quieras, si eso significa que vas a seguir besándome así.

Ella volvió a besarlo y Dylan metió las manos bajo su playera, rozó la curva de su cintura, subió por su caja torácica y le desabrochó el brasier. Frotándose contra él, apretó su suavidad contra su dureza. Estaba tan consumida por la necesidad que se sentía temblorosa y desesperada. Sus manos exploraron su torso mientras sus bocas se deslizaban una sobre la otra, y se oyó gemir desde el fondo de su garganta.

Dylan le agarró la cara y, mientras le acariciaba las mejillas con los pulgares, apretó la frente contra la suya.

—Sigue pensando en eso.

Se giró, metió el molde del brownie en el horno y programó un temporizador en su teléfono antes de volver a centrar su atención en ella. La agarró por la cintura con las dos manos y la empujó contra la barra, inmovilizándola con la cadera mientras acercaba su boca a la de ella.

Cuando la besó, ella solo pudo pensar en lo mucho que quería más. Más besos, más Dylan, más de todo…

Si no hubiera tenido más experiencia, habría pensado que se estaba enamorando. Pero por supuesto que no. Era demasiado fácil confundir lo que sentía, porque desde luego que quería a Dylan. Era uno de sus mejores amigos. Caminaría sobre fuego por él.

Pero eso no significaba que estuviera enamorada de él.

Actualmente sus órganos sexuales estaban encaprichados con los

órganos sexuales de él, pero eso era todo lo que pasaba. Lujuria. Deseo. Excitación. Un enamoramiento físico superficial y temporal sobre una base de amor platónico de hacía mucho tiempo.

Ese sentimiento no duraría. No los hacía almas gemelas. No era amor verdadero.

Pero eso no significaba que fuera fácil renunciar a él.

Arrastró a Dylan a la recámara mientras se horneaban los brownies, y él cumplió su promesa del postre con creces. Brooke estaba segura de que por el resto de su vida asociaría el olor de los brownies con las cosas que él le había hecho, y no la molestaba en absoluto.

El resto de la noche la pasaron comiendo comida china para llevar y viendo una de sus películas favoritas de artes marciales de la infancia. Bueno… no tanto viendo la película como besándose perezosamente en el sofá mientras la película estaba de fondo.

Finalmente, después de una lánguida combustión lenta, las cosas se calentaron lo suficiente como para que apagaran la película y se retiraran a la recámara de nuevo. Esta vez el sexo fue tan lento e indulgente como lo había sido el jugueteo en el sofá. Se tomaron su tiempo, deleitándose con cada caricia y cada sensación. Desnudando sus cuerpos y sus almas. Ninguno de los dos tenía prisa por alcanzar la liberación, sino que buscaron alargarla, prolongando su placer compartido. Disolviéndose el uno en el otro.

Esa noche, mucho más tarde, Brooke estaba acostada observando el lento y constante movimiento del pecho desnudo de Dylan, que dormía como un muerto, sereno y relajado, con una mano sobre la cabeza. Como un niño sin preocupaciones. Con envidia, extendió la mano y le recorrió el pecho con el dedo.

Había sido un día perfecto. Si viviera en *Hechizo del tiempo*, elegiría ese día para vivir en él para siempre.

Desafortunadamente, el tiempo seguía avanzando. Mientras los minutos avanzaban hacia la mañana de su último día juntos, Brooke se acurrucó contra Dylan y apoyó la cabeza sobre su pecho. Él murmuró su nombre en sueños sin despertarse y se acurrucó con ella.

Brooke se quedó acostada, escuchando el latido conjunto de sus corazones, en un estado de ensueño, medio dormida, incapaz de saber dónde acababa él y dónde empezaba ella.

Capítulo quince

Era su último día completo con Dylan, y Brooke no podía creer que fueran a desperdiciar la mitad en el pícnic de su facultad, fingiendo que pasaban un buen rato hablando con las mismas personas con las que se veía obligada a relacionarse durante la semana.

Se había despertado esa mañana con un pavor particular arañándole el estómago. En menos de veinticuatro horas, Dylan volvería a casa y sus pequeñas vacaciones sexuales habrían terminado. No más besos, no más orgasmos, no más Dylan.

«Eso era lo que querías, ¿te acuerdas?». Breve y dulce. Sin compromisos. Sin tiempo para complicaciones.

Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera de luto por una pérdida?

Porque quería pasar más tiempo con él. No tiempo infinito, solo más. Unos días más estarían bien. Unos días más para quitarse por completo la tentación. Sacaría a Dylan de su cuerpo y mente y podría volver a su vida normal, saciada y contenta.

De alguna manera le molestaba que Dylan parecía estar de muy buen humor ese día. ¿Se estaría dejando llevar por la vibra de las vacaciones? ¿O estaría entusiasmado por marcharse?

Brooke sintió una nueva punzada de irritación cuando vio que estaba en el centro de un grupo de alumnas del laboratorio de fisiología animal. Estaban completamente embelesadas con él, acribillándolo a preguntas sobre la industria del modelaje. Cualquiera diría que no habían visto a un hombre atractivo en toda su vida.

Así debía sentirse entrar en una habitación del brazo de Henry Cavill.

Aunque Brooke estaba ahí, intentaban coquetear con él de forma descarada. Sonreían demasiado, se reían demasiado de sus chistes. Le tocaban el brazo o el hombro cada vez que podían acercarse lo suficiente. Lo trataban como a un poni de feria por su trabajo y su apariencia. Para ellas era más una novedad que una persona real.

Mientras que todos adulaban a Dylan, Brooke bien podía ser invisible. Probablemente podía quitarse la ropa y ponerse a bailar, y nadie se daría cuenta; todos estaban ocupados mirando los ojos de Dylan y babeando.

Era una muestra de cómo sería su vida si fuera su novia. Sería subestimada, eclipsada, ignorada, toda la atención sería para el deslumbrante y hermoso modelo, como si fuera un mueble usado. Brooke supuso que se hastiaría muy rápido. Solo llevaban una hora en el pícnic y ya estaba harta.

Por lo menos, Dylan parecía divertirse. Después de responder a las preguntas de las estudiantes sobre el modelaje y la ciudad de Nueva York, empezó a discutir con una de ellas sobre Pie Grande.

—Si no existe —decía Dylan—, entonces díganme qué vi a las afueras de Grosse Tete cuando tenía doce años. —Por lo general, su acento era apenas perceptible, pero ese día sonaba como si apenas hubiera salido del bayou.

La estudiante, que era alumna de medicina y siempre estaba entre los mejores de su clase, negó con la cabeza.

—¿Un oso? ¿Una persona? Cualquier cosa menos Pie Grande.

Dylan le regaló una sonrisa deslumbrante.

—Por favor, ¿crees que no podría distinguir a un tipo con un traje de oso de Pie Grande?

—Está claro que no —dijo la futura médica, devolviéndole la

sonrisa a Dylan.

—Un tipo que conozco en mi ciudad dice que una vez vio una familia entera de Pie Grandes en las profundidades del Atchafalaya, cerca de Bayou Chene.

—No es una especie —insistió otra de las estudiantes—. Pie Grande no se puede pluralizar.

—Claro que se puede —dijo Dylan—. Uno es un Pie Grande. Más de uno, Pie Grandes. Todo el mundo lo sabe.

Se estaba divirtiendo con ellas, haciendo al mismo tiempo el papel de niño bonito y el de campesino tonto. Brooke no sabía si las estudiantes sabían que estaba bromeando o no. Aunque seguro no les importaba. Solo estaban felices de contemplar el hermoso rostro de Dylan.

Le molestaba que lo subestimaran por su aspecto, exactamente como él le había dicho que hacía la gente con él todo el tiempo. Ninguna de ellas lo veía como Brooke: como un triunfador que se había labrado a sí mismo una carrera millonaria, un amigo generoso que haría cualquier cosa por la gente que le importaba y un bobo que hacía bromas tan tontas como las suyas. Para ellas era un trozo de carne. Una colección de partes corporales y una cara bonita.

Aunque a él no parecía molestarle mucho por el momento. De hecho, lo alentaba activamente con su encantadora actuación de chico sureño.

Asqueada, Brooke se alejó para echar un vistazo a la la mesa. Los brownies que Dylan y ella habían preparado la noche anterior casi se habían acabado, y tomó el último trozo de la esquina para ella.

—En nombre de todas las mujeres, permíteme decirte… muy bien hecho —le dijo Tara, acercándose por detrás y dándole una palmada en la espalda.

Brooke casi se atragantó con su brownie.

—¿Qué?

—Estoy hablando de tu modelo de ropa interior.

—Ya te dije que solo somos amigos —dijo Brooke molesta.

Cualquier otra cosa que ocurriera entre ellos no era asunto de nadie. No estaban en una relación en la que Dylan fuera a involucrarse en la vida de Brooke de forma continua. Ninguna de esas personas iba a volver a verlo.

Tara hizo un ruido de burla.

—Obvio, y yo soy la hermana gemela de Meghan Markle. ¿No notas el parecido?

Brooke se metió el resto del brownie a la boca en lugar de responder a las palabras necias de Tara.

—Me encanta que te hagas la cool —dijo Tara con un gesto de aprobación—. Nadie adivinaría que son algo por la forma como les lanzabas dagas con la mirada a las estudiantes que coqueteaban con tu hombre.

Brooke frunció el ceño. No quería que su disgusto fuera tan evidente. Con suerte, sus alumnas estaban demasiado ocupadas hipnotizadas por Dylan como para darse cuenta.

—No es mi hombre —dijo. Al menos eso era cierto. Al día siguiente Dylan volvería a su vida en Nueva York y a ser solo un amigo a distancia—. Es libre de coquetear con quien quiera. Solo me parece que es ridículo lo obvias que están siendo todas.

—No seas tan morsa —dijo Tara, aprovechando la oportunidad para mencionar uno de sus mamíferos marinos favoritos—. Deja que las niñas se diviertan. No es frecuente que un hombre atractivo y mayor les preste atención.

Brooke miró a Dylan, que ahora posaba para tomarse selfies con las alumnas. Suponía que Tara tenía razón. No tenía nada de malo. A su edad, ella se habría sentido igual de embelesada por él si Dylan

hubiera sido un desconocido.

—¿Viste que Mathias trajo ensalada de papas? —le preguntó Tara —. Yo me apunté para la ensalada de papas. Ese maldito nórdico me robó el platillo.

—Cálmate —le dijo Brooke.

Tara frunció los labios y miró con odio a Mathias.

—No te preocupes, no voy a pelearme con él aquí. Solo voy a morderme la lengua y a seguir adelante. Pero no lo olvidaré. Yo nutro mis rencores como si fueran mis hijos. Los mantengo sanos y bien alimentados, me aseguro de que tomen sus vitaminas todos los días. Mis rencores me sobrevivirán.

—A veces me asustas un poco.

—Atención —murmuró Tara—. Ahí viene la profesora Lassman. — Tomó el último brownie de la charola y se fue, seguro para torturar de alguna manera al pobre de Mathias.

Brooke alzó la vista y vio acercarse a su asesora. La doctora Lassman era una de las profesoras más jóvenes del departamento, solo unos diez años mayor que Brooke. Tenía una cara redonda y amable, con una mirada perpetuamente distraída en esos días, gracias a la brutal carga docente de ese semestre.

La doctora Lassman saludó a Brooke con una sonrisa.

—Escuché que trajiste unos brownies que no me podía perder. — Los ojos de la profesora se posaron en el molde vacío de brownies y se le entristeció la cara—. Ah. Veo que fui demasiado lenta. Eso me pasa por meterme en una conversación con el decano.

—Puede quedarse con el resto del mío —le dijo Brooke, ofreciéndole su brownie a medio comer.

La doctora Lassman frunció la nariz.

—Gracias, pero no. En realidad, quería hablar de algo contigo. — Miró a un grupo de estudiantes de biología celular que comían en el

otro extremo de la mesa y señaló con la cabeza una mesa de pícnic cercana—. Vamos para allá.

Brooke sintió curiosidad y siguió a su asesora hasta la mesa de picnic. No se sentaron, lo que le pareció un poco raro.

—Es sobre el premio del Ministerio. —La doctora Lassman se alisó la playera—. Conozco a uno de los miembros del comité, así que lo llamé ayer. Solo, ya sabes, para hablar bien de ti.

—¡Oh, muchas gracias! —En realidad, Brooke no esperaba que hubiera noticias todavía, el plazo acababa de vencer y los académicos solían tardar una eternidad en hacer cualquier cosa, pero agradecía que su asesora hubiera hecho un esfuerzo adicional por ella.

La doctora Lassman se frotó la nuca.

—La cosa es que no vas a conseguirlo este año.

—Oh. —Brooke sintió como si alguien le hubiera echado una cubeta de agua helada en la cabeza—. Bueno. —Tragó saliva, intentando que no se notara su decepción—. Es que… me sorprende oírlo, ya que el plazo terminaba el miércoles. No creo que hayan tenido tiempo de leer todos los ensayos.

—No los han leído. —La doctora Lassman apretó los labios en una mueca de disculpa—. Pero me dijo que preferían darle el premio a alguien que estuviera al final de su programa de doctorado, y como tú apenas estás en el cuarto año…

—No decía nada de eso en la convocatoria. —Brooke había leído atentamente todos los requisitos. Estaba segura de que no decía en qué punto del programa debían estar los candidatos.

—No, no lo decía. Es un criterio del comité: si no se presentaba nadie que actualmente estuviera en el mercado laboral, se lo darían a alguien que estuviera menos avanzado en su programa. Pero se da preferencia a los candidatos del último año. —Hizo una pausa y miró

fijamente a Brooke—. Y como Mónica también concursa…

—Se lo van a dar a ella —terminó Brooke, sin molestarse en disimular la amargura de su voz.

—No necesariamente. Puede que se lo den a otra persona. Pero me temo que ella te aventaja por el hecho de llevar un año más que tú en el posgrado.

Brooke asintió, mirando al suelo mientras un oscuro rubor le calentaba las mejillas. Aunque había intentado no pensar que tenía posibilidades reales, albergaba cierta esperanza. Una esperanza totalmente falsa.

La voz de la doctora Lassman se suavizó.

—Sé que te esforzaste mucho en este trabajo, y sé que estás decepcionada. Pero así son las cosas. El año que viene, cuando vuelvas a presentarte, estarás un año más avanzada en tu tesis y más cerca de entrar en el mercado laboral, lo que significa que tendrás más posibilidades de ganar.

Brooke intentó no expresar su decepción.

—Gracias por hacérmelo saber… y por haber llamado.

Se aguantó las lágrimas de rabia mientras la doctora Lassman se marchaba. Obtener el premio siempre había sido una posibilidad remota, pero Brooke de cualquier manera se sentía destrozada. Una cosa habría sido que la hubieran tenido debidamente en cuenta y hubiera perdido limpiamente porque otro era mejor. Sin embargo, ni siquiera se iban a tomar el tiempo de leer su ensayo. Tanto trabajo, tanto esfuerzo para entregar a tiempo y todo había sido en vano. Ni siquiera iba a competir.

De repente, todas las dudas y los miedos que intentaba mantener a raya empezaron a susurrarle al oído.

«No podrás terminar esta carrera».

«Nunca encontrarás un posdoctorado».

«Vas a fracasar».

«Todos te compadecen, porque saben que no eres lo suficientemente buena».

Eso era lo que le pasaba por arriesgarse y exponerse. Debería haberlo sabido. Jamás debió haberse permitido pensar que tenía una oportunidad en algo tan especial.

—Hola. —Dylan se acercó por atrás y le pasó el brazo sobre los hombros. Brooke se puso rígida y él la soltó, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasó?

—Nada. Perdón. —Se sintió mal por haberse tensado.

—¿No querías que te tocara enfrente de tus compañeros?

—No, está bien.

—¿Estás segura? No parece que estés bien. ¿O te pasa algo más?

—No, no pasa nada. —Lo tomó de la mano y le dio un apretón tranquilizador mientras ocultaba profundamente su decepción—. Solo estoy molesta por haber tenido que venir a este patético pícnic hoy y que tuvieras que venir conmigo.

No quería contarle a Dylan lo del premio. Estaba demasiado molesta y avergonzada por haber presentado su ensayo y por haber perdido tiempo que podía haber pasado con él. Lo había hecho parecer como si realmente tuviera una oportunidad, cuando solo había sido una fantasía.

—No está tan mal —dijo Dylan—. Yo me la estoy pasando perfectamente bien.

—Sí, me di cuenta de que disfrutabas tener la atención de las alumnas.

Dylan frunció el ceño.

—Sabes que esas chicas me importan un pepino, ¿verdad? Solo me estaba divirtiendo.

—Sí lo sé, perdón. Por alguna razón estoy de mal humor.

La expresión de Dylan se suavizó.

—¿Porque me voy mañana?

—Quizá un poco —admitió Brooke.

—Oye. —Se acercó a ella para acomodarle el pelo detrás de la oreja—. Yo también lo estoy temiendo desde ahora.

Brooke lo miró a la cara.

—¿De verdad? Porque no lo aparentas.

—Me estaba haciendo el valiente. Solo quiero que disfrutemos nuestro último día juntos.

—Yo también.

Brooke se dio cuenta de que llevaba por lo menos tres horas sin besarlo, lo cual era una auténtica tragedia. Lo jaló hacia ella y rectificó el descuido.

Sabía a pay de manzana, lo que hacía que casi todo fuera mejor.

Capítulo dieciséis

Penny y Caleb nunca se habían visto tan felices.

¿Has visto cómo se ve una persona cuando la alegría le desborda la cara porque ni siquiera su sonrisa más enorme es suficiente para expresarla? Así estaban Penny y Caleb mientras recibían a los invitados a su recepción.

Habían elegido un lugar en Santa Mónica, rodeado de hermosos jardines que recibían sombra de los árboles adornados con farolitos. Dentro de la casa, colgaban lucecitas de las vigas y todas las superficies estaban adornadas con ramos de flores moradas y velitas. El aire olía a lavanda y vainilla.

Mientras los invitados convivían entre bebidas y canapés, sonaba música suave de fondo. Brooke reconoció a Tessa y Lacey de la despedida de soltera, y a Melody con un guapo acompañante que debía ser su prometido. Mientras se dirigía hacia los recién casados, esbozó una sonrisa radiante, decidida a no dejar que su mal humor se extendiera a la celebración de Penny y Caleb.

—¡Felicidades! —exclamó mientras abrazaba a Penny—. ¡Te ves increíble! Te sienta bien la vida de casada.

Penny se veía radiante, no solo de felicidad, sino también por el bronceado que había adquirido en su luna de miel. Su vestido de encaje palo de rosa combinaba a la perfección con su tez dorada y su larga cabellera pelirroja.

—Definitivamente —coincidió Penny mientras Brooke le daba un abrazo de felicitación a Caleb.

Él se veía muy guapo en su traje y corbata, aunque se jaló el cuello de la camisa de incomodidad en cuanto Brooke lo soltó. Caleb era dulce como un pan, pero también era la definición misma del tipo fuerte y silencioso. Lo cual lo hacía muy adecuado para Penny, cuya personalidad alegre era lo suficientemente extrovertida por los dos.

Brooke les presentó a Dylan y conversaron durante unos minutos sobre la boda y su luna de miel en Cabo San Lucas, antes de que llegaran los siguientes invitados y los recién casados se disculparan para ir a darles la bienvenida.

—Se ven muy agradables —dijo Dylan mientras Brooke y él se dirigían a la barra.

—Lo son.

Brooke conocía a Penny desde hacía casi siete años, aunque en realidad solo se veían cuando estaban con Olivia. Hablando de Olivia, había visto a Brooke desde el otro lado del salón y se dirigió hacia ellos jalando a Adam.

—¡Hola, guapa! —la saludó Brooke—. Te dije que ese vestido te iba a quedar fantástico.

—Nada mal, ¿verdad? —Olivia levantó la mano de Adam por encima de su cabeza para darse una vuelta con el vestido de dama de honor de gasa color lavanda que había usado en la boda de Virginia. Temía que fuera demasiado claro para su tez casi translúcida, pero tenía la cantidad justa de color para hacer resaltar su piel y su cabello claros.

Brooke apartó a Dylan de la barra para presentarlo.

—Olivia y Adam, él es mi amigo Dylan Price, de mi infancia.

Dylan le dio la mano a Adam y luego a Olivia.

—Encantado de conocerlos.

Olivia le dedicó una sonrisa amistosa.

—Llevo años oyendo a Brooke hablar de ti. Qué gusto ponerle por fin una cara al nombre.

—Oh, oh —dijo Dylan mientras recibía sus bebidas del mesero y le pasaba a Brooke su vino blanco—. Espero que no haya estado contando historias vergonzosas de nuestra juventud.

—No, para nada, y ahora estoy enojada porque me haya ocultado cosas. —Olivia le lanzó una mirada desafiante a Brooke mientras se alejaban del bar—. Si hay historias vergonzosas, tengo que oírlas.

—No hay historias vergonzosas —dijo Brooke, encogiéndose por dentro. Dylan le conocía demasiados trapos sucios. Lo último que quería era abrir esa caja de Pandora—. A ninguno de los dos nos ha pasado nada vergonzoso, así que mejor cambiamos de tema.

Los ojos de Dylan brillaron de picardía.

—¿Y el raspado de sandía?

—Sí, Brooke, ¿y el raspado de sandía? —repitió Olivia, rebotando sobre sus zapatos de tacón color champagne—. Cuéntanos.

Brooke puso los ojos en blanco.

—No fue nada. Accidentalmente piqué el fondo de mi vaso con el popote y se me cayó encima.

Dylan chocó su hombro contra el de ella.

—La parte de la historia que está omitiendo es que ocurrió en medio del centro comercial, cuando estaba hablando con un chico del que estaba enamoradísima.

Brooke le lanzó una mirada de advertencia.

—Mira, compadre, mejor te controlas antes de que te des contra la pared. ¿O quieres que les cuente tu primer beso?

La expresión de Dylan pasó de la arrogancia al pánico.

—No hay necesidad.

—Pero por supuesto que hay necesidad —dijo Olivia—. Tengo una poderosa necesidad.

—Bueno, estábamos en sexto de primaria… —comenzó Brooke, esquivando la mano de Dylan cuando intentó taparle la boca. Le levantó un dedo de advertencia—. Deja de hacer eso o me vas a derramar el vino.

—No, por favor, no cuentes esa historia. —Dylan dejó caer la frente sobre el hombro de Brooke, ocultando su rostro con vergüenza exagerada.

—Bueno, ahora también tienen mi curiosidad —dijo Adam, sonriendo mientras daba un sorbo a su vino.

—No es para tanto —dijo Brooke, sabiendo que a Dylan no le molestaba de verdad. Lo había visto contar esa historia él mismo muchas veces. Solo estaba exagerando su vergüenza para agregar dramatismo al entretenimiento. —Entonces… sexto de primaria. Estábamos en una fiesta en casa de Jenny Guidry y, como los idiotas que éramos, nos pusimos a jugar botella.

—Que es lo que se hace —comentó Olivia, asintiendo para que Brooke continuara.

—Claro —coincidió Adam, asintiendo al mismo tiempo que Olivia.

—Entonces Jenny Guidry fue la primera en empezar, ya que era su casa y todo eso. Gira la botella y apunta a nuestro chico, Dylan. —Brooke puso la mano sobre la cabeza de Dylan y le alborotó el pelo juguetonamente.

—En mi defensa —dijo Dylan levantando la cabeza—, yo era muy ingenuo y no tenía ni idea de qué estaba haciendo. Acababa de ver *Una pareja de idiotas* y literalmente pensé que eso era besarse.

—Ay, no —dijo Olivia mientras Adam resoplaba dentro de su copa de vino.

—Lo que quiere decir —continuó Brooke—, es que cuando iba a besar a la pobre Jenny, abrió la boca lo más que pudo y básicamente desencajó la mandíbula como una pitón mientras se

abalanzaba sobre ella.

—No, por favor —gimió Dylan, apoyando la cara sobre su mano.

—Cuando la pobre de Jenny vio que se le acercaba de esa manera, gritó y salió corriendo de la habitación.

—No estoy seguro de que la pobre ya haya besado a alguien al día de hoy, la dejé tan marcada —dijo Dylan, inclinando la cabeza.

—Creo que tienes que actuarlo —dijo Olivia—. No logro imaginármelo.

—Básicamente fue algo así… —Dylan abrió la boca y empezó a abalanzarse sobre Brooke, que lo esquivó y lo apartó con la mano.

—Una vez le dije «mamá» a mi maestra —ofreció Adam con simpatía.

Olivia le dio un beso en la mejilla.

—Ay, amor, eso le pasó a todo el mundo.

—Sí, pero yo lo hice enfrente de mi mamá —dijo Adam—. Se enojó tanto que me aplicó la ley del hielo durante una semana. Y mi pobre maestra me miró mal el resto del año.

—¿Cuál es tu momento más vergonzoso de la infancia? —le preguntó Dylan a Olivia.

—Yo sé —se ofreció Adam, deslizando un brazo alrededor de Olivia —. Una vez se rio tanto en la escuela que se orinó en los pantalones.

—Es cierto, fue ese. —Olivia miró a Adam con adoración.

—Bueno, basta de historias vergonzosas —dijo Brooke antes de que Dylan decidiera empezar otra ronda y sacara al sol los trapos realmente sucios.

—Yo quiero que Adam Bomb nos deleite con uno de sus datos asombrosos.

Brooke le había puesto al novio de Olivia el apodo de Adam Bomb porque siempre soltaba datos increíbles, extraños pero ciertos, que

desbarataban por completo tu visión del mundo. Como que en el mundo había más flamencos falsos que flamencos reales, lo cual era totalmente cierto, Brooke lo había investigado; o que la Universidad de Oxford era más antigua que el Imperio azteca, lo cual, de nuevo, era cierto.

Todos se voltearon hacia Adam expectantes, y él frunció el ceño al pensar en ello.

—Bueno, hace poco leí un artículo interesante. Al parecer, algunas personas tienen una narrativa interna en la cabeza todo el tiempo y otras no. Mis pensamientos siempre forman oraciones en mi cabeza, como si fueran una conversación unilateral, pero supongo que mucha gente no piensa tanto en palabras como en imágenes e ideas abstractas, más como un mapa conceptual.

Olivia asintió.

—Estábamos hablando de eso la otra noche. Mi monólogo interior no se calla jamás, así que no puedo ni imaginarme cómo sería no tenerlo.

—Yo siempre he oído voces en mi cabeza —dijo Brooke encogiéndose de hombros.

—Yo no —dijo Dylan, y todos giraron la cabeza para mirarlo.

—¿En serio? —preguntó Brooke.

—¿Cómo es eso? —preguntó Olivia.

—No sé. Nunca lo había pensado mucho. —Dylan los miró, perplejo—. ¿De verdad tienen voces hablando en su cabeza todo el tiempo? —Su mirada interrogante se posó en Brooke.

—Sí —dijo ella, mirándolo sorprendida—. ¿Tú no? —No podía creer que no supiera eso de él. Todos esos años, tan unidos como habían sido, y nunca se había enterado de que su cerebro funcionaba de una forma completamente distinta al de ella.

Él negó con la cabeza y le rozó las sienes con los dedos.

—¿Toda esa conversación no es agotadora?

—Es muy agotadora —murmuró Olivia, tomando un gran trago de vino.

—¿Cómo es? —le preguntó Adam a Dylan—. ¿Y cuando lees? ¿Dices las palabras en tu cabeza mientras las estás leyendo?

—La verdad, no —respondió Dylan, frunciendo el ceño, pensativo —. Puedo hacerlo si me concentro en una palabra concreta, pero en general, no.

Adam siguió haciendo preguntas a Dylan, claramente encantado de haber encontrado a alguien que comprobaba la hipótesis del artículo. Dylan respondía a todas sus preguntas con entusiasmo y le contestaba con las suyas propias mientras intentaba comprender cómo vivía su vida interior la otra parte de la humanidad.

Mientras los dos hombres estaban absortos en su conversación, Olivia tomó a Brooke del brazo y la apartó.

—Necesito otra copa. Acompáñame.

Brooke dejo que Olivia la condujera hasta la fila que se había formado frente a la barra. Apenas se había terminado la mitad de su vino, pero si se esforzaba, probablemente estaría lista para otra copa cuando llegaran adelante.

—Bueno, pues voy a lanzar la loca suposición de que se están acostando —dijo Olivia mientras hacían la fila.

Brooke bebió un buen trago de vino y miró al otro lado del salón para evitar encontrarse con la mirada de Olivia.

—Tal vez.

—¿Y qué tal? Se ven superbién juntos.

—Es… agradable —dijo Brooke sin comprometerse.

Olivia le dio un codazo en el brazo.

—¿Agradable? ¿Nada más? Esperaba que fuera por completo increíble.

Los labios de Brooke se torcieron en una sonrisa.

—También podría ser así.

—Entonces, ¿cuándo se va? —preguntó Olivia.

Brooke tomó otro trago de vino.

—Mañana. —Sintió un nudo en la garganta al pronunciar esa palabra. Era demasiado pronto. Apenas habían tenido oportunidad de disfrutar de la nueva normalidad y ya estaba a punto de terminar.

—¿Vas a estar bien?

—Por supuesto. —No le quedaba de otra. Él se iría tanto si le parecía bien como si no.

Olivia alzó una ceja de escepticismo y Brooke frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nada —respondió Olivia, fingiendo una expresión inocente.

—Deja de hacer eso con la cara.

Olivia sacudió su mano alrededor de su cabeza.

—¿Esto? Es solo mi cara siendo auténtica.

Brooke puso los ojos en blanco.

—Dylan y yo acordamos desde el principio que esto solo era temporal. La diversión se acaba cuando él se regrese a Nueva York, que era exactamente lo que yo quería.

—¿Pero todavía es lo que quieres?

—Sí —insistió Brooke, tratando de evitar una oleada de irritación —. Estar con Dylan es increíble, pero es como el pastel de tres chocolates de Penny. Es delicioso mientras te lo comes y desearías que durara para siempre, pero sabes que si te lo comes entero te va a hacer sentir mal, así que te limitas a un pedazo. Esa es la ración perfecta para sentir satisfacción sin complicaciones indeseadas.

Olivia negó con la cabeza.

—Tienes más fuerza de voluntad que yo. La última vez que hizo ese pastel para mi cumpleaños, me comí tres pedazos y me pasé el

resto de la noche acurrucada en posición fetal.

—¿Ves? Eso es exactamente a lo que me refiero. Te excediste y después te arrepentiste, ¿no?

—No. Valió la pena —insistió Olivia—. Además, Dylan no es un pastel de chocolate.

—Es una metáfora —dijo Brooke con tono agrio.

Olivia le lanzó una mirada molesta.

—Claro, pero te das cuenta de que son una pareja perfecta, ¿verdad? Es un poco ridículo que hasta ahora nunca hayan estado juntos.

—Ahora seguimos sin estar juntos —Brooke se bebió el resto del vino—. Solo somos amigos y nos estamos divirtiendo.

—Eso dices, pero se ven tan lindos juntos que me dan náuseas.

Por fin llegaron a la barra e hicieron sus pedidos: dos copas de vino blanco para Brooke y Olivia, y dos copas de tinto para Dylan y Adam.

Los dos hombres seguían sumidos en su conversación cuando volvieron con ellos. Poco después se les unieron Esther y Jinny, junto con sus parejas.

Una vez más, Brooke se sintió molesta mientras Dylan encantaba a todo el mundo. Sin embargo, a diferencia del pícnic, esta vez no era un espectáculo. Solo estaba siendo genuino, extrovertido y simpático. Habló con Jinny de moda y con su marido Yemi de cocina nigeriana. Dejó que Esther despotricara durante cinco minutos sobre el problema de la basura espacial provocada por los satélites zombis y otros desechos que invaden la órbita terrestre baja, y luego se involucró en una entusiasta discusión sobre las películas de los hermanos Coen con el novio guionista de Esther, Jonathan.

Brooke debía estar encantada por lo bien que se llevaba con todos, pero en lugar de eso se sintió molesta. Él apenas los conocía

desde hacía un minuto y ya se llevaba con ellos mejor que ella después de años.

No ayudaba a mejorar su estado de ánimo que nadie dejara de decirle lo bien que se veían juntos en cuanto Dylan les daba la espalda.

—¡Oh, son de lo más tiernos! —gritó Jinny en cuanto Dylan se fue con Yemi a buscar bebidas.

—Gracias —respondió Brooke y se bebió un gran trago de vino.

A medida que la velada avanzaba, Dylan se había vuelto cada vez más afectuoso con ella. No más de lo que había sido en los últimos dos días, lo que a Brooke le había gustado bastante, pero ahora lo hacía enfrente de gente que ella conocía. En el pícnic había mantenido su distancia, en deferencia al hecho de que se trataba de un evento profesional, pero ahora que estaban socializando con sus amigos, se estaba mostrando abiertamente cariñoso.

Brooke no había hecho nada para disuadirlo la primera vez que Dylan le puso la mano en la espalda baja y desde entonces, él había escalado a apartarle el cabello del hombro y a acariciarle el brazo, emitiendo una clara señal a todo el mundo de que eran una pareja.

Y no lo eran.

Había estado bien fingirlo cuando estaban rodeados de desconocidos en Venice Beach o en el Getty, o solos en su departamento, pero a Brooke le incomodaba permitir que sus amigos pensaran que estaban juntos. Al día siguiente, Dylan se iría sin mirar atrás y Brooke sería la que tendría que enfrentarse a las preguntas indiscretas y las miradas de compasión.

En cuanto llegaron todos los invitados y los meseros les sirvieron copas de champaña a todos, subió al escenario una banda llamada Savage Oxide. El bajista era amigo de Caleb, de la cafetería donde trabajaba, e hizo un brindis por los recién casados antes de iniciar

una versión muy decente de *I Found You* de Alabama Shakes. Penny arrastró a Caleb a la pista de baile y, una por una, las demás parejas siguieron su ejemplo.

Dylan le extendió la mano a Brooke.

—¿Bailamos?

—Claro. —En su interior se agitaron sentimientos contradictorios mientras se dejaba llevar por Dylan. Bailar con él era una de las cosas que más ilusión le hacían de esa noche. Sin embargo, ahora que estaban ahí, no estaba pasando como ella se había imaginado. No podía deshacerse de la persistente sensación de que todo estaba saliendo mal.

Dylan la envolvió en sus brazos y ella trató de relajarse en la comodidad de su abrazo. Supuestamente debería estar feliz. Eso era justo lo que quería. Mientras se agarraba a él, recordaba los últimos días, intentando recobrar esa sensación de felicidad, pero por mucho que lo intentara, no lograba recuperarla.

Brooke observó a Penny y a Caleb abrazados en la pista de baile del otro lado del salón, y se preguntó qué estaba mal en ella, porque no quería lo que ellos tenían.

No, no era eso. No era que no quisiera lo que ellos tenían, sino que no creía que fuera a ser capaz de disfrutarlo como es debido. Le encantaría ser capaz de entregarse así a otra persona, pero no veía que eso fuera a suceder. No estaba en su naturaleza.

No tenía sentido fantasear con algo de lo que no era capaz. Era mejor que no se permitiera desearlo siquiera, para no decepcionarse cuando no lo consiguiera.

Dylan le acarició la espalda y le dio un beso en la sien. Mientras se balanceaban juntos bajo las lucecitas del techo, adoptando una pose romántica, Brooke se dio cuenta intensa e incómodamente de la cantidad de gente que los observaba y que, en silencio, hacía planes

para su futura boda, porque eso era lo que la gente hacía en estos eventos. Era ridículo.

Cuando terminó la canción, la banda continuó con una versión entusiasta de *Marry You*, de Bruno Mars, y Brooke se disculpó para ir al baño.

Mientras se retocaba el maquillaje, trató de disipar su mal humor. Todo era por culpa de ese estúpido premio. La había sumido en un hoyo del que necesitaba salir. Dylan se comportaba como siempre, normal y encantador, y no era justo que se desquitara con él cuando estaba siendo un acompañante perfecto.

Sí, la noticia del premio había sido decepcionante, pero era una tontería dejar que le arruinara su última noche con Dylan. La vida estaba llena de decepciones. Si te expones, es muy probable que te desilusionen. No debería haberse sorprendido al saber que el juego estaba amañado. La mayoría de los juegos importantes lo estaban.

Ahora que el shock inicial había pasado, Brooke ni siquiera estaba molesta por el trabajo que había desperdiciado. Más bien estaba enojada consigo misma por haberse hecho ilusiones. Sabía que no debía permitirse creer que tenía posibilidades de lograr algo así.

«Nunca hay que apostar a lo improbable». Su dinero y sus esperanzas se gastarían mejor en una apuesta segura, incluso aunque el pago fuera menor.

Una vez que terminó con el labial y las palabras de ánimo, Brooke respiró hondo y se dirigió de nuevo a la fiesta. Al salir del baño, se encontró con Penny.

—¡Dylan es un encanto! —gritó y le dio a Brooke un abrazo espontáneo afuera del baño—. Me encanta y me encantan los dos juntos.

—En realidad no estamos juntos —intentó explicarle Brooke, pero Penny ignoró su protesta.

—¡Es tan dulce! Y guapo. No esperaba que un modelo fuera tan maduro, pero sí lo es. Definitivamente es un buen partido.

Pero no era un buen partido, y Brooke deseó que todo el mundo dejara de actuar como si lo fuera. Al día siguiente por la mañana volvería a convertirse en una calabaza y todo habría acabado. La etapa de Brooke como la Cenicienta del príncipe azul Dylan habría terminado.

Cuando volvió a la fiesta, vio a Dylan en la pista de baile, bailando un cover de Earth, Wind and Fire con Jinny y Yemi. Brooke lo observó, maravillada por lo despreocupado que se veía y envidiando su capacidad para encajar en cualquier lugar con facilidad. Él siempre había sido así y ella siempre había tenido que esforzarse para seguirle el ritmo.

Él la vio ahí de pie, sola, y le hizo una seña para que los acompañara. Incapaz de pensar en una excusa para no hacerlo, pero sin sentirse especialmente animada para bailar, arrastró los pies mientras iba hacia él.

Sus pasos involuntarios la llevaron hasta Dylan justo cuando la canción llegó a su fin. Él la tomó de la mano y la hizo girar mientras sonaban las últimas notas animadas y la abrazó cuando la banda comenzó una canción de Ray LaMontagne. Sus manos se posaron en su cadera y Brooke le rodeó el cuello con los brazos. El aroma de su perfume inundó sus sentidos mientras apoyaba la mejilla en su pecho. Cerró los ojos, aspiró una bocanada e intentó disfrutar del momento y del calor de su cuerpo contra el suyo mientras se mecían al ritmo de la música.

Fue inútil. La sensación de catástrofe inminente contra la que había estado luchando todo el día se negaba a desaparecer. Invadió sus pensamientos y se mezcló con la canción, lenta y triste. Le ardió la garganta mientras luchaba por contener sus emociones.

Dylan debió notar el cambio en su actitud, porque le levantó la barbilla para mirarla de forma interrogativa. Brooke intentó mostrarle una sonrisa tranquilizadora, pero él frunció el ceño aún más.

—Vamos a tomar aire —dijo y la condujo fuera de la pista de baile.

Capítulo diecisiete

Salieron al jardín y se detuvieron en el camino de grava, bajo las ramas extendidas de un ficus. El aire fresco de la noche erizó los brazos desnudos de Brooke, que se abrazó a sí misma de pie frente a Dylan. Si él hubiera llevado su saco, sin duda se lo habría ofrecido, él era ese tipo de hombre, siempre lo había sido, pero solo llevaba su camisa. Quizá también se la ofrecería.

No lo hizo. En lugar de eso, se acercó a ella y le pasó las manos por los brazos, intentando transmitirle su calor. No sirvió de nada, aunque Brooke agradeció el esfuerzo.

—Dime qué pasa —le dijo Dylan, mirándola con preocupación y cariño, una mirada tan entrañable que le contrajo el estómago.

Intentó disimular con una broma.

—¿Con qué? ¿Con las desigualdades salariales en el deporte profesional femenino? También puedo darte una conferencia sobre el sistema endocrino de los mamíferos, si prefieres.

No le hizo gracia.

—Brooke, me doy cuenta de que algo anda mal. Todo el día he sabido que algo te molesta. Solo esperaba que me lo contaras.

—No es nada. —Se alejó de él y empezó a caminar para no tener que mirarlo a los ojos.

Él la observó sin decir nada. Con paciencia. Esperando a que ella decidiera que estaba lista.

Brooke había olvidado cómo se sentía estar bajo el microscopio de la perceptiva mirada de Dylan. Con él no podía esconderse ni

disimular. La conocía demasiado bien. Sabía cuándo mentía, cuándo estaba enojada, cuándo tenía miedo.

Probablemente también sabía por qué. Podía leerla muy fácil y era mucho más inteligente de lo que creía. Pensaba que era tonto porque en la preparatoria no había podido memorizar las partes del ciclo de Krebs en biología. Sin embargo, incluso de adolescente, Dylan tenía una inteligencia emocional que la mayoría de los adultos jamás alcanzaba.

Era intimidante cuando concentraba toda su fuerza en ella.

No solo podía leerla. También sabía cómo conseguir que le entregara la mercancía. Sabía dónde estaban todos sus botones y con qué fuerza apretarlos para que hiciera lo que él quería.

Por ejemplo cómo la había besado la primera vez. Sabía exactamente lo que hacía. No había sido un beso espontáneo, sino uno calculado. Sabía cuánto necesitaba de calentamiento antes de lanzarla a la calle para que pensara en ello todo el día, y cuánto mejoraría sus posibilidades de conseguir lo que quería.

La invadió una oleada de resentimiento. ¿Todo este viaje había sido para tener sexo? ¿Unas vacaciones sexuales planeadas? ¿Ella era la directora del crucero del amor de Dylan Price?

—Esta es una de esas veces en las que hay un monólogo interior en tu cabeza, ¿verdad? —le preguntó Dylan—. Prácticamente puedo leerte los labios.

Entonces ella lo atacó.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? Si tan bien me conoces, tú dime qué me pasa.

Su repentina brusquedad lo tomó por sorpresa y vaciló.

Ella lo observó, preguntándose si de verdad había supuesto lo del premio. ¿En serio era tan perceptivo?

Dylan se aclaró la garganta y recuperó la voz.

—Bueno. Creo que lo que te molesta es lo mismo que me molesta a mí.

—¿Algo te molesta a ti? —Ella ni siquiera se había dado cuenta. ¿Había algo que hubiera podido notar?

Un destello de exasperación atravesó el rostro de Dylan y ella se tragó una punzada de culpa. Él era mucho mejor que ella en esto. No era de extrañar que nunca hubiera sido capaz de mantener una relación.

—Me entristece la idea de irme mañana. —Sus ojos se clavaron en los de ella, esperando su reacción.

—Oh. —Ella no se había dado cuenta en absoluto. Sin embargo, ahora que lo pensaba, podía explicar las caricias y los cariños que le había hecho toda la noche. Se sentía posesivo.

Dylan arrastró los pies y se metió las manos a los bolsillos.

—Pensé que tal vez tú te sentías igual. —De repente, volvió a parecer un niño. Vulnerable, tímido, un poco avergonzado.

A Brooke le dio un vuelco el corazón y se acercó para tranquilizarlo.

—Claro que sí. —Le rodeó la cintura con las manos y apoyó la mejilla sobre su pecho.

El largo suspiro que Dylan soltó la hizo sentirse más protegida y lo apretó con más fuerza. Siempre se mostraba tan despreocupado que ella había olvidado lo inseguro que podía llegar a ser bajo la superficie de alegría.

Dylan le acarició la nuca. Escucharon la música que sonaba en la fiesta mientras se abrazaban. Otra canción lenta. Por la posición en la que estaban, casi podían estar bailando. Incluso se mecían un poco.

Brooke sintió que él respiraba antes de hablar.

—¿Y si pudiera volver?

—Claro que puedes. Puedes venir a visitarme siempre que quieras. Siempre me da gusto verte. Ya lo sabes. —Le dio un pellizco de castigo en caso de que hubiera pensado lo contrario.

Dylan soltó todo el aire de sus pulmones con un suspiro y la abrazó con más fuerza. Su corazón latió contra su oído. Iba a extrañar locamente esa sensación.

—Estamos bien juntos, ¿verdad?

—Sí, estamos muy bien. Me la pasé muy bien contigo. —De lo mejor. Era probable que Dylan la había arruinado para sus futuras parejas sexuales. De hecho, la idea de quedar para verse una o dos veces al año era muy atractiva, si él estaba dispuesto a algo así. Parecía demasiado pedir, pero tal vez…

—¿Y si pudiéramos ser algo más que amigos con derechos? ¿Y si pudiéramos estar juntos de verdad?

Brooke empezó a sentir picazón en el cuello y el pecho.

—¿A qué te refieres? —Se zafó de sus brazos y se frotó la piel donde le picaba.

—¿No crees que significa algo que podamos estar separados durante años y que volvamos a encajar el uno en la vida del otro como si no hubiera pasado el tiempo? —Dylan tomó una de sus manos entre las de él y la apretó con ternura—. Lo que tú y yo tenemos es especial. Nunca he tenido una amiga o una novia que significara para mí la mitad de lo que tú significas. ¿Y si estamos destinados a estar juntos? Tal vez siempre hemos estado destinados a estar juntos. No quiero perderte solo porque nos da demasiado miedo arriesgarnos.

—¿Es en serio? —Ella necesitaba que fuera una broma. «Por favor, que sea una broma».

—Nunca he sido más serio en mi vida.

Ella se alejó de él como un caballo asustado.

—Se suponía que esto no debía ser serio. Lo acordamos. Tú ni siquiera vives aquí.

—¿Y si viviera aquí?

—No tiene sentido torturarnos con hipótesis.

—Podría mudarme a Los Ángeles.

Brooke sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Qué? —Su voz sonaba débil—. No puedes. Tu trabajo está en Nueva York. Toda tu vida está allá.

Él negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser así. Ya te dije que quería hacer algo diferente. Conozco a un tipo que está empezando una marca de ropa aquí, y quiere asociarse conmigo. Esta semana me reuní con él y sus inversores.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué? —Sentía que estaba perdiendo la cabeza. ¿No había pasado toda la semana con él? ¿Por qué era la primera vez que se lo comentaba?

—Era él con quien hablé por teléfono ayer, llamó para hacerme una oferta formal.

—¿Entonces dejarías de ser modelo y te mudarías aquí? ¿Así nada más?

—No lo dejaría del todo. —Empezaba a sonar exasperado con ella —. Sería la cara pública de la compañía, pero también ayudaría en la administración. Sería un socio igualitario. Es mi oportunidad para ayudar a construir un negocio desde cero.

—¿Ya les diste una respuesta? —Esto de la marca de ropa sonaba muy arriesgado. ¿Qué tan bien conocía a esa gente? ¿Y cuánto dinero le pedían que invirtiera?

—Le dije que tenía que pensarlo, pero no es verdad. Quiero hacerlo. Y quiero estar contigo.

—Guau. —Brooke empezó a pasearse de nuevo, incapaz de

quedarse quieta. Dylan no podía renunciar a su carrera, a su exitosa carrera millonaria, y mudarse al otro lado del país para estar con ella. Era la receta perfecta para el desastre.

Dylan giraba la cabeza de un lado a otro mientras seguía sus movimientos.

—Bueno, no es exactamente como esperaba que fuera.

Brooke se obligó a quedarse quieta.

—Perdón, pero estoy confundida. Pensé que estábamos en la misma página.

—¿En qué página exactamente? —En ese momento ya estaba más que exasperado, rayaba en estar herido.

—Nos estamos divirtiendo, ¿recuerdas? Se supone que eso era todo. —Él había aceptado esas condiciones. Le había hecho creer que podía atenerse a esos términos y que todo iba a estar bien.

Pero las cosas definitivamente no estaban bien.

—Yo quiero más —dijo Dylan—. Y estoy dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para que ocurra.

Brooke tragó saliva. Sentía la garganta forrada de clavos.

—¿Y si yo no?

El silencio retumbó en el aire que los rodeaba.

Dylan bajó la mirada hacia sus zapatos, como si se estuviera recuperando. Cuando volvió a alzar la vista, su rostro carecía de expresión. Era frío, vacío y hermoso, como en uno de esos anuncios para alguna marca de lujo en los que todos los modelos parecen moldeados en porcelana.

—¿Estás diciendo que no quieres que me mude aquí? —Su voz era tan distante como su expresión—. Porque eso es lo que parece.

Brooke empezó a pasearse de nuevo, esta vez también retorciéndose las manos.

—¿De dónde salió lo de mudarte aquí? ¿Cómo es que yo no sabía

que estabas pensándolo? Llevas toda la semana haciendo planes y teniendo reuniones y atendiendo llamadas, y me lo has ocultado, ¿por qué?

—No quería decírtelo hasta que estuviera seguro.

—¿Seguro de qué?

—Seguro de que quería involucrarme en esta aventura empresarial… y seguro de que había algo real entre nosotros, que no eran solo ilusiones mías.

Así que sí estaba pensando en hacerlo para estar con ella. Una alarma sonó en la cabeza de Brooke. «Peligro. Catástrofe relacional inminente».

—Oh, Dios —gimió Brooke, frotándose la frente con las partes bajas de las manos para hacer que cesara el ruido.

—¿Puedes estarte quieta un maldito segundo? —dijo Dylan bruscamente.

Ella se detuvo y giró para mirarlo. Nunca le había levantado la voz. Jamás.

—No has respondido a mi pregunta —dijo en voz más baja.

—¿Qué pregunta? —Un hueco estaba creciendo en donde debería estar su estómago. Un hueco que pronto se la tragaría entera.

—¿No quieres que me mude aquí?

—Yo no puedo tomar esa decisión por ti.

Dylan volvió a estallar.

—Maldita sea, no te estoy pidiendo eso. —Ella vio cómo se dominaba, retirando todos los sentimientos mientras que su rostro volvía a ser inexpresivo—. Mi pregunta es si quieres ver si lo nuestro podría funcionar.

—¿Qué es «lo nuestro»? ¿Qué te estás imaginando para nosotros? —En ese momento ella no podía imaginarse nada, salvo miseria, angustia y la destrucción total de la amistad más importante de su

vida.

—Una relación. Una relación de verdad.

—Yo no quiero ser la novia de nadie. Ya te lo había dicho.

—No, dijiste que no querías ser la novia a distancia de nadie.

—No quiero ser ninguna de las dos cosas.

Dylan cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—Entiendo.

Realmente no lo entendía. Si entendiera con claridad, sabría lo descabellada que era esa idea suya y jamás la habría sugerido. Su cerebro estaba empañado por el sexo de las vacaciones y la nostalgia de un pasado que nunca podría recuperarse.

El riesgo era claro. Alguien como Dylan nunca podría estar satisfecho con alguien como ella, y Brooke nunca podría estar satisfecha con nadie. Solo era cuestión de tiempo que creciera el resentimiento entre ellos, y eso envenenaría toda su relación.

—Si vivieras aquí, ¿cuánto tiempo crees que duraríamos como pareja? —le preguntó Brooke.

—No sé. —Dylan levantó las manos—. Esperaba que fuera para siempre. —Ahora parecía más triste que enojado, y a ella no le había pasado desapercibido su uso del tiempo pasado.

—Solo quiero ser realista. —Lo dijo con el mismo tono tranquilizador que usaría con un niño pequeño que se raspó una rodilla. «Solo es un raspón», decía su tono. «Te dejará de doler en un minuto».

Dylan se rio sin un poco de humor.

—Qué graciosa. Sabes que no puedes predecir el futuro, ¿verdad, Brooke? Puede que las cosas salgan bien, o puede que no. Pero tener miedo al fracaso no es razón para no intentarlo.

De hecho, sí lo era. Era la mejor razón que había.

—Puedo predecir este futuro —respondió ella—. Y puedo decirte

que esto —agitó la mano en el espacio vacío entre ellos—, definitivamente no funcionaría.

—Es un no entonces. No quieres estar conmigo. —Su voz estaba tan desprovista de sentimiento que le produjo un escalofrío a Brooke.

—Eso no es lo que estoy diciendo.

—Eso es exactamente lo que estás diciendo. —Él la atravesaba con la mirada mientras hablaba, como si ella fuera un punto en la pared que él estaba mirando.

Se le retorció el corazón.

—Déjame que te lo explique.

—No hace falta. —Su expresión era tan fría que bien podría haber sido tallada en mármol—. Sinceramente, preferiría no escuchar tus razones, si te parece bien. No importa el porqué.

A ella le importaba. Le importaba que él lo entendiera, para que no la odiara. Necesitaba que no la odiara.

Extendió una mano hacia él, pero Dylan se apartó tan rápido que pateó la grava en la prisa por alejarse de ella.

—Voy a pedir un Uber a tu casa. Todavía tengo la llave.

—Por favor, no… —empezó Brooke, pero él alzó un dedo y ella cerró la boca.

—No puedo seguir aquí. Diles a tus amigos… —Sus labios se apretaron en una mueca torturada—. Diles lo que quieras.

Giró sobre la punta de los pies y se alejó. Salió por la puerta del jardín hacia la calle y se marchó.

Brooke estuvo a punto de correr tras él. Incluso dio unos pasos bruscos y sus tacones levantaron la grava del camino.

Sin embargo, decidió que era mejor darle un poco de espacio. Dylan necesitaba un período de tranquilidad. Los dos lo necesitaban. Una vez que superara la herida inicial, sería más razonable. Podrían

hablar con calma, y él vería que ella tenía razón.

Todavía podían salvar esto.

Tenían que superarlo.

No podía perderlo.

Capítulo dieciocho

Durante el camino de vuelta a casa, Brooke reprodujo en su mente diferentes versiones de la conversación que tendría con Dylan al llegar a casa. Practicó sus argumentos, intentó anticiparse a sus respuestas y ensayó distintas formas de rebatir los argumentos que él pudiera esgrimir.

Había temido que esto pasara. No debieron dejarse llevar por la libido. Esto es lo que habían hecho. Habían arruinado una amistad perfecta cuando permitieron la entrada del sexo.

Pero todo se podía arreglar. Había herido los sentimientos de Dylan, y necesitaría tiempo para recuperarse, pero ella seguía creyendo que podían superarlo. Ya se habían peleado antes y siempre habían encontrado la manera de volver el uno al otro.

Brooke no les había dicho nada a sus amigos antes de marcharse de la recepción. Se había quedado sentada en una banca en un rincón del jardín, dejando que el aire frío la ayudara a despejarse. No estaba borracha, su última copa de vino había sido hacía más de una hora, pero se sentía mareada. Y no era el agradable zumbido del alcohol, sino las náuseas del vértigo.

En cuanto se sintió lo suficientemente en calma para conducir, se fue de la recepción y se dirigió a su coche.

No confiaba en sí misma para tomar la autopista porque estaba distraída, así que tomó calles secundarias, lo que le dio más tiempo para pensar en qué le diría a Dylan. Para pensar cómo podía mejorar la situación.

Cuando abrió la puerta de su departamento, Brooke se encontró con un silencio aterrador.

Se le revolvieron las entrañas.

—¿Dylan? —Antes incluso de pronunciar su nombre, sabía que no estaba ahí. El hueco que sentía en el estómago se convirtió en un abismo.

Su mochila ya no estaba recargada contra el extremo del sofá. Su maleta ya no estaba abierta en un rincón de la sala. Pero había una nota en la mesita.

Caminó hacia ella con ganas de vomitar.

Había garabateado las palabras en el reverso de una nota de pizza. Solo era una frase.

Tu llave está debajo del tapete.

Solo eso. Solo esas seis palabras. Nada de «Querida Brooke» o «Con amor, Dylan». No le había dejado ni buenos deseos ni saludos cariñosos. Lo único que le había dejado antes de salir por la puerta era su llave.

Ni siquiera se había despedido.

El mundo se tambaleó a su alrededor y ella se desplomó en el sofá.

Murderface se acercó a ella y soltó uno de sus maullidos de enojo, como si la estuviera regañando por haber alejado a Dylan. Se lo merecía.

Buscó el teléfono a tientas, encontró el nombre de Dylan entre sus contactos y oprimió el botón de llamar.

Al segundo timbrazo la llamada se fue al buzón de voz.

Brooke se empezó a asustar de verdad y escribió un mensaje con los dedos temblorosos mientras Murderface trataba de darle un cabezazo al teléfono.

Regresa, por favor. Tenemos que hablar.

Murderface se subió a su regazo a la fuerza. Brooke le rascó la cabeza distraídamente mientras miraba la pantalla del teléfono como si pudiera traer a la existencia la respuesta de Dylan con el poder de su mente.

Probablemente estuviera conduciendo. Le contestaría en un semáforo en rojo. O cuando llegara a su destino.

¿Adónde iría? No conocía a nadie más en la ciudad.

Excepto a ese socio misterioso que le había estado ocultando. Pero Dylan no se quedaría con él, ¿o sí? Lo más probable era que se dirigiera a un hotel.

Brooke buscó los hoteles más cercanos a su casa en la aplicación de mapas de su teléfono. Mientras Murderface seguía dándole cabezazos, compitiendo por su atención, ella intentaba predecir cuál elegiría Dylan.

Habían pasado cinco minutos y aún no recibía respuesta. El hotel más cercano estaba a menos de cinco minutos, pero no era muy bonito. Tal vez querría alojarse en un lugar un poco más cómodo, ya que el dinero no era un problema para él.

Esperó otros cinco minutos y después le volvió a escribir.

Por favor, no te vayas así.

Se levantó y caminó al baño. El cepillo de dientes y el desodorante de Dylan habían desaparecido. Abrió la cortina de la regadera. En su prisa por alejarse de ella, había olvidado su champú. Se agachó, levantó la botella de plástico negro del borde de la tina y abrió la tapa. Los ojos se le llenaron de lágrimas al aspirar el aroma especiado.

¿Esto era lo único que le quedaba de él? ¿Una pequeña botella de champú para hombres?

Brooke volvió a la sala y se acostó de nuevo en el sofá. Le mandó

otro mensaje a Dylan.

Perdón. Por favor, ¿podemos hablar?

Y otro, cinco minutos después.

Dime dónde estás. Si quieres, voy a donde estés.

Y al final:

Por favor, ¿podemos arreglar esto? No puedo perderte.

Con el paso del tiempo, se quedó dormida en el sofá abrazada a su almohada que decía «La vida ballena de maravillas», esperando una respuesta que nunca llegó.

***

Una semana después, Dylan seguía aplicándole la ley del hielo a Brooke.

—Con el tiempo, lo va a superar —le dijo Olivia, poniendo una copa de vino en su mano—. Bebe esto.

Brooke hizo lo que le pidió. El vino no tenía ningún sabor perceptible, pero probablemente fuera culpa suya y no del sauvignon blanc perfectamente decente que había llevado Olivia. Esa semana nada tenía sabor.

Suspiró.

—Seguro que no, o ya habría contestado alguno de mis mensajes. —Le había mandado mensajes todos los días desde que se había ido, todos sin respuesta. Era muy probable que hubiera bloqueado su número y que ya no los viera.

Olivia se sentó en el extremo opuesto del sofá, con su propia copa de vino.

—Solo necesita tiempo para lamerse las heridas.

—Ya tuvo tiempo. Me veo obligada a concluir que sus heridas eran terminales. —Era hora de afrontar los hechos y dejar de esperar una respuesta que no llegaba. Dylan la había eliminado de su vida. Sus peores temores se habían hecho realidad.

—Uno no termina una amistad de veinte años tan fácilmente.

—Claro que sí. La gente lo hace todo el tiempo. —Brooke tomó otro trago de vino y sacudió la cabeza—. Yo nos descompuse. No era mi intención descomponernos, pero eso fue lo que hice.

—Las cosas descompuestas se pueden arreglar.

—No si él no las quiere arreglar.

Enroscándose un mechón de pelo rubio entre los dedos, Olivia parecía debatir algo. Alzó la vista.

—Déjame preguntarte una cosa: ¿tú qué quieres realmente? ¿Cuál sería tu mejor escenario a partir de ahora?

Fue una pregunta fácil de responder.

—Quiero que vuelva a ser mi amigo.

—¿Nada más? ¿Solo tu amigo?

—Sí —respondió Brooke demasiado rápido.

Los ojos grises de Olivia se mostraron escépticos.

—¿No quieres nada más que eso? ¿En serio?

Brooke se acomodó en el sofá, cambiando su copa de vino de una mano a otra.

—La vida no es como una novela romántica. Solo porque éramos amigos de niños, antes de que nuestros cerebros hubieran terminado de desarrollarse o hubiéramos tenido alguna experiencia vital real, no significa que seamos almas gemelas. —Fue un discurso muy bueno. Casi se lo creyó.

Olivia claramente no.

—Contraargumento: a veces la vida sí es como una novela romántica. Míranos a mí y a Adam. Ni en un millón de años me

habría imaginado que nosotros dos encontraríamos la manera de hacer que una relación funcionara. Y sin embargo, lo hicimos.

—Que tú hayas ganado la lotería del amor no significa que yo deba salir corriendo a gastar todo mi dinero en boletos.

—No, pero tal vez deberías conservar el boleto que tienes en la mano en vez de tirarlo.

Brooke miró fijamente a su amiga.

—¿Estás tratando de decir que soy la imbécil en esta situación?

Olivia arrugó un lado de la cara.

—Pueeeeeees…

—Por Dios. Tú crees que soy la imbécil.

—No se trata de ser imbécil.

—En cierto modo sí. —Brooke tomó otro trago de vino insípido.

Olivia negó con la cabeza.

—Dejemos eso pendiente por un minuto. Desde que se fue te has estado arrastrando como si se te hubiera roto el corazón. —Le dirigió a Brooke una mirada penetrante—. Si pudieras tener a Dylan, ¿lo querrías?

Brooke se hizo hacia delante y tomó la botella de vino de la mesita para llenar su copa casi vacía.

—Es más complicado que eso.

—Ignora las complicaciones. Imagínate por un segundo que no existen y que tienes a tu lado a un genio que concede deseos, así que todo lo que quieras es posible. ¿Querrías estar con Dylan si supieras que puedes ser feliz?

Brooke volvió a recargarse en el sofá y miró su copa de vino mientras pensaba en ello.

—Sí —respondió finalmente, sintiendo que la verdad de la palabra resonaba en su interior. ¿Si él no fuera él, y ella no fuera ella, y no hubiera obstáculos entre ellos? Claro que lo querría. Sin dudarlo.

Estaría loca si no lo quisiera.

—Eso es lo único que importa —respondió Olivia con mucha más confianza de la que Brooke sentía—. El resto solo es logística, y la logística se puede negociar.

—No siempre.

—Si ni siquiera lo intentas, seguro que no. —Había un toque de reproche en el tono de Olivia que le ardió.

—Es demasiado difícil —dijo Brooke, sacudiendo la cabeza con obstinación.

—Siempre es difícil. Pero vale la pena el esfuerzo, aunque fracases. Y me conoces lo suficiente como para saber que no lo digo a la ligera. El rechazo literalmente es mi mayor temor. Pero si yo fuera tú… no dejaría ir a este hombre, si hubiera alguna forma de retenerlo.

Como Brooke no dijo nada, Olivia se encogió de hombros.

—Pero mira, yo no soy tú. Yo no mantengo a la gente a distancia como tú.

—Yo no hago eso —replicó Brooke, enojada.

—Sí lo haces. Y mira, creo que tengo una idea de por qué, aunque no tanto, porque nunca me has contado los detalles, pero no te estás haciendo ningún favor con esto de hacer una isla para ti sola. ¿Cuántos amigos íntimos tienes aparte de mí?

—Tengo amigos.

—Amigos íntimos. No gente con la que a veces hablas cuando está cerca sino gente por la que te desvías de tu camino.

Brooke tuvo que reconocer que Olivia tenía razón. Las dos habían quedado prendadas la una de la otra como pollitos cuando habían sido compañeras de cuarto en el primer año de la universidad, porque las dos estaban asustadas y solas en una ciudad nueva, pero no había hecho muchas amigas íntimas desde entonces. Ninguna, en

realidad.

Pero era por elección propia. Brooke era introvertida y apreciaba el tiempo que pasaba a solas. No necesitaba socializar todas las noches ni desnudar su alma con quien quisiera escucharla. Tenía muchas interacciones humanas a lo largo de los días, con sus estudiantes, el profesorado con el que trataba y sus compañeros de posgrado. De hecho, a veces demasiadas.

Al final de la mayoría de los días le gustaba volver a casa y encontrar su departamento vacío. Y si de vez en cuando quería salir, también tenía a quien llamar.

Estaba bien.

—Lo dices como si fuera una especie de mecanismo de defensa involuntario —le dijo Brooke a Olivia—. Simplemente es una preferencia. No soy tan extrovertida como tú o Penny. Así es como me gusta estar.

—No dejas de decirte eso —le dijo Olivia, lanzándole una mirada irónica—. Solo creo que si hay alguien a quien valga la pena que le abras tu corazón, podría ser este chico.

Tal vez. Pero tal vez esa era la razón por la que Brooke no debía hacerlo.

Bebió un trago de vino. Y después admitió a qué le temía realmente.

—¿Y si se muda aquí y dos meses después me harto de él como de todos los demás?

—¿Y si no? —dijo Olivia.

—¿Pero y si sí? No quiero hartarme de Dylan. Eso no le haría menos daño. De hecho, lo lastimaría mucho más si abandona toda su vida por mí y luego lo dejo.

El teléfono de Brooke sonó en su bolsa y ella se apresuró a buscarlo, por si era Dylan que por fin le devolvía la llamada. Pero era

su madre, así que dejó que la llamada se fuera al buzón de voz.

—¿Quién era? —le preguntó Olivia.

—Mi mamá. —Brooke podía llamarla más tarde, o no. No tenía nada de ganas de lidiar con su madre esa noche.

Dio un sorbo a su vino, pensando en lo que había dicho Olivia. ¿Era ella la imbécil?

Desde luego, le había roto el corazón a Dylan. Eso era innegable. No había sido su intención, si es que servía de algo. De hecho, se había esforzado mucho para no lastimarlo. Desde el principio, había sido muy clara con él sobre lo que era y no era capaz de hacer. Habían hecho un acuerdo. Él había aceptado las condiciones, con bastante entusiasmo, según recordaba. Y en primer lugar, había sido él quien había presionado para que su relación fuera física. Brooke había intentado evitarlo por miedo a que se produjera exactamente esta situación, pero él había insistido hasta convencerla.

¿Y de alguna manera ahora ella era la mala? ¿Porque él había intentado cambiar las condiciones del acuerdo? No le parecía justo.

Solo que Dylan había salido herido. Y Brooke no podía evitar sentirse culpable. La atormentaba la expresión de su cara cuando pensó que ella no lo quería. Sin embargo, era mucho más complicado que no quererlo. Quererlo no era suficiente.

Su teléfono sonó por segunda vez, y suspiró mientras miraba la pantalla. Otra vez era su madre. ¿No podía haber dejado un mensaje de voz la primera vez que llamó?

—¿Tienes que contestar? —preguntó Olivia cuando Brooke rechazó la segunda llamada.

—No, está bien. —Probablemente solo quería aliviar la tensión después de su última conversación. Brooke no estaba de humor para eso.

Sin embargo, cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo, solo

unos segundos después, sintió un poco de inquietud.

—¿Mamá? —dijo Brooke, contestando la tercera llamada.

—Ay, amor, es tu papá —dijo su madre con una voz que sonaba muy pequeña y asustada—. Tuvo un derrame cerebral.

Capítulo diecinueve

A la mañana siguiente a las 8:35, Brooke bajó del avión en Baton Rouge.

Su hermano mayor, Teddy, la recogió en el aeropuerto. Hacía años que no lo veía y le sorprendió cuánto le habían crecido las entradas del cabello y lo mucho que se parecía a su padre. Nunca había sido muy unida a sus hermanos. Teddy era seis años mayor que ella y Justin, cuatro. Los dos se habían ido a la universidad cuando Brooke entró a la preparatoria y no habían vuelto mucho a casa desde entonces. La madre de Brooke la mantenía informada de sus vidas, pero los hermanos nunca se habían molestado en mantener el contacto entre ellos. Sin la intervención de su madre, básicamente habrían sido extraños. Eran extraños.

Brooke ni siquiera sabía si sus hermanos tenían conocimiento de por qué había perdido su relación con su padre. Era probable que no. Quizá sus padres no habrían querido contaminarlos con la noticia de su vergüenza.

Incluso era muy posible que Teddy y Justin ni siquiera hubieran notado el cambio en la relación con su papá. Ellos tenían sus propios problemas con él, a decir verdad. Había sido estricto y prejuicioso con todos sus hijos, pero había sido especialmente duro con los varones. Desde chica, cuando todavía era la niña mimada de papá, Brooke se había dado cuenta de las tensiones. Le había tomado un poco más de tiempo reconocer la desigualdad en el trato que recibían y comprender la dinámica de género que había detrás.

Tal vez debió haber sido más comprensiva. Sin embargo, era pequeña y le resultaba más fácil mantenerse al margen y disfrutar de los elogios de su padre cuando podía ganárselos. Era más sencillo decirse a sí misma que sus hermanos se merecían los castigos que recibían por ser menos perfectos que ella.

Era una estrategia que le había salido contraproducente cuando una prueba de embarazo positiva la derribó de su pedestal. Todos los años de adulación significaban que había caído de más alto, por lo que el golpe había sido más espectacular y había menos posibilidad de recuperación que la decepción persistente con la que siempre habían vivido sus hermanos.

Brooke intercambió un abrazo tieso con Teddy en la salida del aeropuerto, cuando bajó del coche para meter la maleta en la cajuela de su Ford Explorer. Era un coche bonito, casi nuevo. Trabajaba en seguridad informática para una empresa cuyo nombre no recordaba, pero parecía que le iba bien.

—¿Hay noticias de mi papá? —preguntó Brooke mientras Teddy se alejaba del aeropuerto. Su vuelo había salido de Los Ángeles a la una de la madrugada, así que no había hablado con su madre desde la noche anterior.

Teddy negó con la cabeza y sus nudillos se pusieron blancos mientras apretaba el volante.

—Se supone que el doctor nos pondrá al día esta mañana.

Hablaron unos minutos de camino al hospital. Nunca había tenido que conversar con su hermano, y los dos eran pésimos. Después de repasar las bases de conversación habituales, se sumieron en un silencio incómodo durante el resto del trayecto.

Brooke nunca se había alegrado tanto de llegar a un hospital, aunque no tenía ni idea de lo que le esperaba dentro. Su padre estaba en la unidad de cuidados intensivos después de sufrir un

derrame cerebral y todavía no sabían qué tan grave había sido, si se recuperaría o si el daño sería permanente.

Se sentía paralizada cuando pensaba en eso. Había estado funcionando en piloto automático desde que había recibido la noticia la noche anterior. Sin embargo, la decisión de volver a casa había sido una obviedad. Brooke no estaba ahí por su padre, que probablemente no querría que estuviera ahí si pudiera hablar por sí mismo.

Estaba ahí por su madre, que tenía miedo de perder a su marido y no tenía por qué pasar por esto sola.

***

Debbie Hilliard se veía pequeña, pálida y frágil. Sin embargo, el alivio que sintió cuando vio a su hija entrar en la sala de espera de la UCI fue tan palpable que Brooke supo que había tomado la decisión correcta al haber ido.

Era la primera vez que abrazaba a su madre en casi seis años, y tuvo que parpadear para contener las lágrimas mientras se estrechaban una a la otra.

Justin, el otro hermano de Brooke, también estaba ahí y a sus treinta años parecía mucho más adulto que el marihuano de veinticuatro que ella recordaba. Le dio un abrazo un poco más efusivo que el que le había dado Teddy, y todos se sentaron a esperar juntos.

El ambiente en la sala de espera de la UCI era opresivamente solemne, a pesar de los brillantes cuadros de flores silvestres que intentaban animarlo un poco. Brooke era consciente de que todas las familias sentadas a su alrededor estaban ahí por alguna catástrofe personal.

Por lo general, se podía confiar en que Debbie llenara los silencios

durante las reuniones familiares con conversaciones banales, pero ese día su madre estaba inusualmente callada. Eso asustó a Brooke más que cualquier otra cosa.

El neurocirujano fue a hablar con ellos una hora más tarde. Les explicó que el padre de Brooke había sufrido un ataque cerebral isquémico. Lo habían tratado con trombolíticos intravenosos y había recuperado gran parte de la sensibilidad que había perdido en el brazo y la pierna, pero seguía sin poder hablar. Le habían hecho una tomografía para localizar la obstrucción restante y habían encontrado un coágulo en la arteria cerebral a la que el neurocirujano creía que se podía acceder con un tratamiento quirúrgico endovascular.

Tras repasar todos los riesgos, solicitó el permiso de la familia para realizar la intervención, y se lo concedieron.

Pasaron las siguientes horas bebiendo un café horrible de hospital e intentando mantener animada a Debbie. Brooke se autoasignó la tarea de llevarles comida de la cafetería del hospital a todos. Justin era más extrovertido que Teddy e intentaba mantener la conversación y enfocarla en temas neutros. Teddy básicamente se quedó sentado mirando al suelo.

Al mediodía, los médicos reportaron que Ed Hilliard estaba despierto y en recuperación. A las dos lo trasladaron a su propia habitación en otro piso del hospital.

El procedimiento para eliminar el coágulo había funcionado, y Ed estaba tan bien como podía esperarse. Estaba fuera de peligro y se esperaba que recobrara algunas, si no todas, de las funciones que se habían visto afectadas, aunque la recuperación sería lenta e implicaría meses de rehabilitación. Por fortuna, ya había terminado su último tratamiento de quimioterapia, que lo había dejado físicamente débil. Con suerte, se fortalecería mucho más rápido

después de los tratamientos de quimio.

Solo se permitían dos visitas en la habitación a la vez. Por acuerdo tácito, Brooke y su hermano Teddy se quedaron en la sala de espera, junto a los ascensores, mientras Justin y su madre visitaban a Ed.

Justin salió un rato después y les dijo que los signos vitales de su papá eran buenos, pero que seguía sin poder hablar. En ese momento estaba durmiendo y su mamá quería que él fuera a la casa a recoger algunas cosas de ella y su papá. Una de las sillas de la habitación se convertía en cama y su mamá dormiría ahí esa noche, y varias de las siguientes.

Brooke se ofreció como voluntaria para ir a buscar las cosas. No pensaba ver a su padre, suponiendo que su presencia le causaría más estrés que bienestar. Así que podía ser útil de alguna otra manera.

Justin se alegró de ceder el encargo y repasó con Brooke la lista de artículos solicitados, le entregó las llaves del coche de su madre y le dio instrucciones detalladas sobre dónde podía encontrar cada cosa en la casa.

Así fue como, media hora más tarde, Brooke se encontró a solas en la casa de su infancia.

***

La casa no había cambiado nada en los últimos seis años. Brooke habría pensado que por lo menos algunos pequeños detalles serían diferentes, pero era como un set de televisión congelado en el tiempo, o una exposición de museo conservada detrás de un cristal. El mismo tapete arrugado en la entrada, las mismas fotos enmarcadas de la primaria de ella y sus hermanos en la pared de la sala, el mismo papel tapiz de flores en la cocina.

Incluso el mismo olor.

Estar ahí era como si la hubiera atropellado un tren lleno de recuerdos, tuvo que detenerse y agarrarse al marco de la puerta para sostenerse mientras se recuperaba del golpe.

Había pasado tantos años en esa casa. Habían tantas emociones relacionadas con las experiencias vividas ahí. Los recuerdos empezaban a salirse de donde los había enterrado, en lo más profundo, esperando no tener que volver a verlos jamás.

No ayudaba el hecho de que estuviera muerta de cansancio. Apenas había dormido en el avión, y haber pasado un día largo y tenso sentada en el hospital con su familia la hizo desear meterse en su vieja cama a echarse una siesta.

Por desgracia, no era posible. Su mamá no estaría cómoda hasta que tuviera todo lo que necesitaba. Después de llevar sus encargos al hospital y asegurarse de que Debbie hubiera cenado algo, Brooke podría volver a dormir un poco.

Sacó la lista de su madre y tomó una bolsa reutilizable de la alacena que estaba junto al refrigerador para llevar al hospital todo lo que necesitaba. En la barra de la cocina había medicamentos, tanto para su padre como para su madre: una colección de frasquitos para evitar los diversos achaques de la edad. Algunos eran nuevos. Los medicamentos para la hipertensión y el reflujo de su padre le eran conocidos, pero ahora también había antiinflamatorios y estrógenos para su mamá, y…

Lexapro. Que se utilizaba para tratar la ansiedad y la depresión. Se lo habían recetado a su padre.

Brooke se quedó mirando el nombre de su padre en la etiqueta del frasco. No sabía cómo sentirse al respecto, tampoco sabía cómo sentirse al respecto de todo lo demás que estaba sucediendo.

Echó los antidepresivos a la bolsa y arrastró el resto de los frascos

adentro. Después, metió unas cuantas frutas del platón de la barra. En la despensa encontró una caja de barritas de cereal de tamaño familiar y la metió también. Lo último que su madre quería de la cocina era el pequeño pizarrón blanco y el plumón que estaban pegados con imán al refrigerador. Para su padre, que en ese momento no podía hablar.

Brooke se negó a pensar demasiado en ese asunto y pasó al dormitorio de sus padres.

Aunque todo era exactamente igual, a medida que avanzaba por la casa, todo le parecía mucho más pequeño de lo que recordaba. Era como si sus recuerdos se hubieran mezclado y los de cuando era pequeña se hubieran superpuesto a los recuerdos posteriores. O tal vez se había esforzado tanto bloqueando las memorias de sus últimos años en esa casa, que de forma accidental había ajustado sus recuerdos a una época anterior.

Aunque había pasado mucho tiempo lamentándose de ese lugar y de la infancia que había pasado ahí, no todo había sido doloroso. Hubo muchos buenos momentos entre los malos. Para bien o para mal, las experiencias que había vivido en esa casa la habían convertido en la persona que era ahora.

En la habitación de sus padres encontró la cama bien tendida, como siempre, cubierta con la misma colcha hecha a mano que habían tenido durante al menos veinte años. Brooke apretó los dientes ante el persistente olor de la loción de afeitar de su padre, que percibió cuando entró al baño para recoger los cepillos de dientes, la pasta, el desodorante y otros artículos que su mamá había pedido para los dos. De la cómoda, Brooke tomó varios calcetines, ropa interior y pijamas, antes de pasar al clóset, donde seleccionó ropa limpia para su mamá y una bata y pantuflas para su padre. La bolsa ya estaba demasiado llena, así que bajó la maleta de

viaje de su madre del clóset y acomodó en ella la ropa y los artículos de aseo.

Cuando terminó de recoger todo lo que estaba en la lista, Brooke se detuvo y miró alrededor de la habitación de sus padres. Por alguna razón, le resultaba extraño pensar que seguían viviendo ahí, donde siempre habían vivido. Sus hijos ya habían crecido y se habían ido. Ahora eran solo ellos dos paseándose por la casa vacía.

Sacudió la cabeza mientras se daba la vuelta para irse. En el camino por el pasillo, se detuvo en la puerta cerrada de su propia recámara. Sus dedos envolvieron el picaporte y empujó la puerta.

Para su sorpresa, allí tampoco había cambiado nada. No lo habían convertido en un cuarto de costura ni en una oficina. Su viejo edredón de puntos seguía cubriendo la cama, regida por el bulldog de peluche que le habían regalado en su decimotercer cumpleaños. Sus pósteres de Ian Somerhalder y Robert Pattinson aún adornaban las paredes. Los listones del equipo de animación y las medallas del Decatlón Académico decoraban el pizarrón de corcho sobre su escritorio.

Todo lo que había dejado atrás seguía ahí. Esperándola.

Curiosamente, en su propia habitación el sentimiento de nostalgia fue menor. Las cosas que estaban ahí ya no significaban nada para ella. Eran las cosas que no había considerado tan importantes como para llevárselas cuando se marchó.

Brooke cerró la puerta y se dirigió al pasillo, pasó por delante de la antigua habitación de sus hermanos, atravesó la sala y llegó hasta la puerta principal. Echó un último vistazo a su alrededor antes de apagar la luz y salir al porche. Tardó un segundo en sacar la llave de la bolsa y recordar el truco para cerrar la vieja cerradura.

Cuando por fin se dio la vuelta, Dylan estaba esperándola en el camino que llevaba a la calle.

Capítulo veinte

Al verlo, a Brooke se le detuvo el corazón. Después, se puso a latir a redoble. Se llevó una mano al pecho y lo sintió golpeando con fuerza contra sus costillas.

La sonrisa de Dylan era cautelosa y vacilante. Detrás de él, podía ver la silueta de su casa, las ventanas rojas y las molduras blancas, y el patio donde lo había visto por primera vez dieciocho años atrás.

—Estás aquí —dijo Brooke, todavía un poco sorprendida.

Llevaba unos jeans negros holgados y una playera gris ajustada, y era la última persona a la que esperaba encontrarse en el agrietado camino de la casa de sus padres.

Aunque tal vez no debería sorprenderla tanto, porque Dylan Price siempre aparecía exactamente cuando ella más lo necesitaba.

Brooke soltó un suspiro entrecortado que se convirtió en sollozo. Se le nublaron los ojos cuando Dylan avanzó hacia ella.

Los brazos de Dylan se cerraron a su alrededor, fuertes, reconfortantes, comprensivos, y durante un hermoso instante su mundo entero fue el olor de su piel y el calor de su pecho. Apretando los ojos, ahogó otro sollozo, luchando contra el impulso de derrumbarse sobre él. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero si empezaba a llorar en ese momento, no podría parar, y necesitaba saber qué hacía él ahí y qué pensaba. Antes de rendirse al consuelo, necesitaba saber en qué términos estaban.

Sabía que le dolería que la soltara, y así fue. Su cuerpo se enfrió de inmediato al perder el contacto, a pesar de que era una noche

sofocante de veintiséis grados, brutalmente calurosa a esas alturas del año.

Dylan dio un paso atrás, arrastrando los pies con inseguridad. Brooke percibió la lucha en sus ojos mientras la miraba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con la voz entrecortada y un poco ahogada.

—Mi mamá me contó lo de tu papá. —Se encogió de hombros, como si eso lo explicara todo. El aire a su alrededor olía a pino y pasto recién cortado, con un ligero aroma al azufre de las refinerías cercanas; Brooke se sintió embargada por un poderoso sentimiento de nostalgia infantil.

—¿Solo por eso hiciste el viaje?

—Pues sí. —Volvió a encogerse de hombros—. Pensé que podías necesitar un amigo.

En ese momento no pudo evitar que se le escapara un ligero sollozo, y Dylan frunció el ceño mientras se acercaba de nuevo para tomar la parte superior de sus brazos y darle un apretón.

—Es que pensé… —Brooke tragó saliva para contener el nudo que sentía en la garganta. Las bolsas que llevaba se le clavaron en las palmas de las manos como si pesaran cien kilos—. Pensé que ya no querías ser mi amigo. Pensé que había arruinado todo y te había perdido.

La expresión de Dylan se suavizó mientras la sacudía con cariño.

—Creía que me conocías mejor.

Brooke intentó sonreír y fracasó estrepitosamente.

—Creía que sí, pero…

—Perdón por haberme desaparecido. —Subió las manos por los brazos de Brooke y las apoyó sobre sus hombros, con los pulgares en las clavículas—. Necesitaba tiempo para estar enojado. Pero tú y yo somos un equipo. Así ha sido desde el día que tu familia se mudó

a esta casa, y así será siempre. Incluso aunque seamos un equipo en el que uno está enojado con el otro, o vivamos a cinco mil kilómetros de distancia. Cuando pase algo malo, estaré para ti. No vas a poder deshacerte de mí tan fácil.

Brooke asintió, demasiado nerviosa para hablar, y él volvió a abrazarla. Esta vez casi hubo un chasquido tangible cuando el mundo volvió a colocarse en su lugar, y ella se dejó caer contra él, con los brazos acomodados torpemente alrededor de su cintura mientras cargaba las bolsas.

Brooke había vivido demasiados años sin una red de seguridad emocional. Había olvidado cómo era tener a alguien que te recibiera cuando te caías. Saber que se podía contar con ello.

Dylan le besó la sien antes de soltarla y ayudarla con las bolsas.

—¿Cuál es el plan? ¿Todo esto es para el hospital?

Brooke asintió y él le puso una mano en la espalda para guiarla hacia el Toyota de su madre, que estaba en la calle.

—Dame las llaves y yo manejo —dijo Dylan.

Ella iba a dárselas, pero luego dudó y se volteó hacia él.

—Dylan… —Apretó las llaves con tanta fuerza que le dolió la mano —. Solo te quiero decir…

—No te preocupes. —Le tocó la mejilla y le acarició el labio inferior con el pulgar—. No tenemos que hablar de eso. Ahora tienes cosas más importantes en qué pensar.

Brooke sintió alivio cuando él le quitó las llaves de la mano. Sí tenían que hablar de eso, pero ella no tenía cabeza como para concentrarse realmente en ese asunto por el momento.

Por ahora, se contentó con dejar que él tomara el asiento del conductor.

***

—Dylan Price, ¿de veras eres tú? —dijo la madre de Brooke, esbozando una sonrisa cansada cuando entró a la sala de espera.

Dylan se encorvó para darle un abrazo.

—¿Cómo está, señora Hilliard?

—Ay, corazón, he estado mejor. —Debbie le dio un apretón antes de llevar una mano a su cara para acariciarle la mejilla—. Qué dulce eres por haber venido.

—Mi mamá le manda muchos saludos cariñosos —dijo Dylan.

—Trajimos algo de cenar —dijo Brooke, levantando una gran bolsa de plástico llena de comida rápida. De camino al hospital Dylan había insistido en detenerse en un restaurante para llevarles a todos de comer.

—Qué bueno —dijo Justin, quitándole la bolsa de las manos y mirando qué tenía—. Tengo tanta hambre que me comería un elefante.

La sala de espera del piso de su padre estaba vacía, con excepción de la familia de Brooke, que llevaba medio día ocupando un rincón para acampar ahí por turnos. Lo cual era bueno, porque la comida caliente tenía un fuerte aroma.

—Hay hamburguesas con papas para todos. —Brooke le pasó a Teddy uno de los portabebidas que llevaba en la mano y dejó otro sobre una silla vacía—. Y refrescos también.

—Toma, mamá. Come. —Justin le pasó a su madre una bolsa de papel con una hamburguesa y papas fritas.

Debbie negó con la cabeza.

—No tengo hambre. Te puedes comer la mía también.

—Tienes que comer, mamá—. Teddy le quitó la bolsa a Justin y se la dio a su madre—. Tienes que mantenerte con fuerza.

—¿Encontraste todo en la casa? —le preguntó Debbie a Brooke muy preocupada, mientras se metía una papa a la boca.

—Claro. —Brooke señaló con la cabeza las dos bolsas que había llevado—. Está todo ahí.

Su madre pareció aliviada.

—Ay, qué bueno.

Brooke quería preguntar por los antidepresivos de su padre. ¿Cuánto tiempo llevaba tomándolos? ¿Qué síntomas habían precipitado la prescripción? ¿Iba a un terapeuta? Sin embargo, sabía que su madre no querría hablar de ello delante de Dylan. O en absoluto.

—Come —ordenó Teddy, mirando a su madre con el ceño fruncido.

Debbie puso los ojos en blanco y desenvolvió su hamburguesa.

—Estoy comiendo, estoy comiendo.

Se sentaron a conversar mientras comían. Como Dylan compartía el papel extrovertido con Justin, y Debbie hacía todo lo posible para poner cara alegre delante de él, en realidad fue casi agradable. Se sentían más como una verdadera familia de lo que se habían sentido en años. Por lo menos desde que Brooke y sus hermanos eran pequeños, antes de que empezaran a rebelarse contra las estrictas expectativas de su padre. Brooke se relajó un poco, por primera vez en todo el día.

Le pareció profundamente triste que solo pudieran disfrutar la compañía de los demás porque su papá no estaba. Él les había arrebatado esa posibilidad a ella y a todos.

Desde que se había ido de casa, se había dicho a sí misma que no necesitaba a su familia. Sin embargo, la verdad era que habría sido bueno tener momentos como este durante los últimos años. Había una clase especial de conexión con la gente que sabía quién eras y de dónde venías. No era el único tipo de conexión que se podía tener, ni siquiera el más importante, pero poseía algo que te enraizaba. Algo estabilizador.

Brooke había extrañado eso, aunque se había esforzado mucho por fingir que no era así.

No duró mucho. Su mamá empezó a preocuparse por estar lejos de su padre y solo se comió la mitad de su hamburguesa antes de guardar el resto, según ella, para tener algo que picar más tarde. Justin se tragó el último bocado de su hamburguesa y acompañó a Debbie a la habitación de Ed con las bolsas que Brooke había llevado.

Entonces Brooke y Dylan se quedaron en la sala de espera con Teddy. Siguieron comiendo en silencio, pero esta vez era un silencio más agradable que el de antes.

Brooke observó a su hermano mientras comía. Teddy había heredado el aspecto y la brusquedad imperturbable de su padre, pero ahí terminaba el parecido. Por otro lado, tenía una dulzura y una indecisión que su padre nunca había mostrado.

—¿Todavía te dicen Teddy? —le preguntó. Parecía gracioso que ni siquiera supiera si su hermano seguía usando el apodo de su infancia.

Él se encogió de hombros.

—Es mejor que Ed.

No podía culparlo por no querer usar el apelativo de su padre.

Brooke se preguntaba si su hermano era feliz. Había tantas cosas que no sabía de él. Sobre ninguno de ellos. Sobre toda su familia. Lo único que tenía eran las alegres actualizaciones de su madre a lo largo de los años, que sin duda omitían partes enteras de sus vidas.

Brooke tomó su refresco.

—¿Sabías que mi papá toma antidepresivos?

Teddy alzó la vista, sorprendido.

—No.

Dylan se puso de pie.

—Voy a buscar el baño. —Le dio un apretón en el hombro a Brooke mientras los dejaba solos a ella y a su hermano.

Teddy lo miró irse, frunciendo el ceño mientras se rascaba la nuca.

—La verdad es que no sé qué pensar de eso.

—Sí, yo tampoco —coincidió Brooke. Era imposible conciliar la depresión con el padre que ella recordaba. ¿Debía hacer que sintiera más simpatía por él? ¿O incluso que lo perdonara? No estaba segura de poder hacerlo—. ¿Has visto a papá últimamente? —le preguntó.

Teddy negó con la cabeza.

—La verdad, no. Me reúno con mamá para almorzar casi cada mes, pero… —Apretó los labios—. Ya sabes cómo eran las cosas con mi papá.

—Sí —dijo Brooke—. Ya sé.

Sus miradas se encontraron y se sostuvieron durante un segundo, antes de que Teddy apartara los ojos.

—Lo vi en Navidad y justo después de la operación, cuando le diagnosticaron la enfermedad. No dejé de ofrecerles ir de visita cuando empezara la quimio, pero mi mamá siempre me decía que estaba demasiado cansado.

—Me pregunto… —murmuró Brooke, pensando en todas las veces que su madre había puesto excusas a su padre durante los últimos años, diciendo que estaba demasiado cansado para ir a hablar por teléfono.

Teddy la miró.

—¿Qué?

—Solo me pregunto desde cuándo estará deprimido. Si es algo reciente o algo que lleva años pasando y mi mamá lo ha estado ocultando.

—No sé —dijo Teddy—. Podría ser.

Brooke se metió la última papa a la boca y aplastó el cartón.

—¿Sabes…?, mi mamá ni siquiera me contó que tenía cáncer.

Su hermano parecía sorprendido, pero no escandalizado.

—¿No?

—No. Tuve que enterarme por Dylan, que se enteró a través de su mamá. Mi mamá se lo contó a los vecinos, pero no a mí.

—No sabía —dijo Teddy, con cara de pesar—. Yo… supongo que debí haberte llamado o algo. Ni siquiera se me había ocurrido.

Brooke se encogió de hombros mientras recogía la basura.

—No es culpa tuya. No he estado mucho por aquí.

—Es comprensible.

Brooke miró a su hermano, intentando averiguar si hablaba en general o si sabía la verdadera razón por la que se había distanciado. Su actitud reservada hacía que fuera imposible saber algo con certeza.

—Oye, Brooke —dijo Justin desde la puerta.

Brooke se volteó y vio a Dylan justo detrás de Justin.

—¿Sí?

—Mi papá está preguntando por ti.

Capítulo veintiuno

—¿Por mí? —dijo Brooke, mirando a su hermano con sorpresa—. ¿Estás seguro?

Su padre no podía hablar. Tenían que haberse confundido sobre lo que intentaba comunicar. O eso o era una idea de su madre para intentar suavizar las cosas.

Justin asintió y se metió las manos en los bolsillos de los jeans.

—Escribió tu nombre en el pizarrón.

—¿De verdad quiere verme? —Tal vez había escrito su nombre por otra razón, aunque a Brooke no se le ocurría ninguna que tuviera sentido. Se preguntó si habrían podido malinterpretar su letra.

—Yo le pregunté si quería que viniera a buscarte, y asintió —confirmó Justin.

Brooke miró a Teddy, que se encogió de hombros.

Dylan se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—No tienes por qué ir si no quieres —le dijo, apretándole los dedos.

Ella asintió mientras miraba sus dedos entrelazados, aunque no estaba convencida de que fuera cierto. Más bien le parecía algo que uno tenía que hacer. ¿Qué clase de monstruo sin corazón se negaría a ver a su padre si preguntaba por ella en el hospital?

—Tiene razón —dijo Teddy—. No le debes nada.

Miró a Justin, que se encogió de hombros igual que como había hecho Teddy.

—Haz lo que tú quieras. Yo solo transmito el mensaje. Puedo

regresar y decirles que ya te fuiste.

No quería que Justin tuviera que mentir por ella. Y tal vez… tal vez ella necesitara pasar por esto.

Si no lo hacía, se preguntaría por siempre qué habría querido su padre de ella. Ya había suficientes sentimientos sin resolver entre ellos. No necesitaba añadir más. Tal vez enfrentarlo le daría un cierre, por lo menos.

Brooke se levantó.

—Iré. —Miró a Dylan e intentó dedicarle una sonrisa valiente.

—¿Estás segura? —le preguntó él.

Asintió.

—Estoy segura. —Al pronunciar las palabras, supo que era verdad.

Le dio otro apretón en la mano antes de soltarla.

—Aquí estaré.

***

El hombre que encontró en esa cama de hospital no se parecía a su padre para nada. El hombre que yacía ahí era demasiado pequeño para ser el padre alto y dominante que ella recordaba.

Su padre siempre había sido activo y estaba en buena forma para su edad. El hombre de la cama parecía frágil y encogido. La piel pálida le colgaba del esqueleto. Debajo de la manta amarilla asomaban tubos y cables conectados a máquinas que regulaban el goteo intravenoso y controlaban la tensión arterial, el ritmo cardiaco y el pulso.

Sin embargo, lo más impresionante de todo era la barba canosa que le cubría la mandíbula y la garganta. Brooke no recordaba haber visto a su padre con más que la barba incipiente de un día. Eso, más que ninguna otra cosa, demostraba lo indefenso que estaba su padre en su estado actual.

Su madre estaba sentada en una silla junto a la cama. Le hizo señas a Brooke para que entrara a la habitación y puso una mano sobre el brazo de su marido.

—¿Ed? ¿Mi amor? Brooke está aquí.

Ed Hilliard abrió los ojos. Tardó un momento en enfocar el rostro de su esposa.

Brooke se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y se obligó a inhalar, larga y lentamente. El corazón le latía con fuerza en los oídos y se le hizo un nudo en el estómago mientras esperaba en el umbral de la puerta.

Tal vez había sido un error. Ahora que estaba en la habitación, no estaba segura de estar preparada para enfrentarse a su padre.

Antes de que Brooke pudiera cambiar de opinión y huir, la cabeza de su padre se volteó hacia ella y sus miradas se encontraron. La miró y sus ojos se abrieron ligeramente, aunque no supo si por sorpresa o por alguna otra cosa. La miró durante un instante largo y tenso, y ella le devolvió la mirada. Su expresión seguía siendo imposible de interpretar.

Sabía que tenía que decir algo, él no podía hablar, así que tenía que ser ella, pero no podía sacar de su garganta ni siquiera la simple palabra «hola».

Su padre torció la boca y a Brooke se le hundió el estómago instintivamente, pensando que le estaba haciendo una mueca de desaprobación. Tardó un momento en darse cuenta de que le estaba sonriendo.

El derrame le había debilitado el lado izquierdo, por lo que su sonrisa era ligera y torcida, pero su padre le estaba sonriendo. No solo sonreía mientras ella entraba a la habitación, sino que le sonreía a ella. Por primera vez en ocho años, parecía contento de verla.

Con un esfuerzo considerable, Ed levantó unos centímetros el

brazo izquierdo, el débil, y movió los dedos.

Quería que se acercara.

Brooke obedeció y se paró al lado de la cama. Ed movió los dedos hacia ella, llamándola.

Brooke se acercó y le tomó la mano. Se sentía fría y débil en la suya, pero sus dedos la agarraron con una fuerza sorprendente.

Los dos permanecieron un rato así, mirándose y tomándose de la mano, antes de que la boca de Ed volviera a moverse. Esta vez la abrió y emitió un sonido ronco. Después, frunció el ceño y ella se dio cuenta de que intentaba hablar. Extendió la mano derecha hacia su mujer mientras giraba la cabeza para mirarla, Debbie dejó el pizarrón a su lado y le puso el plumón sin tapa en la mano.

A Brooke se le revolvió el estómago al verlo empezar a escribir. «Esto debe de ser lo que se siente cuando uno se marea en el mar», pensó. Nunca se había mareado en su vida, pero había pasado un verano trabajando en un barco de avistamiento de ballenas, y la descripción del trabajo no había mencionado que consistía principalmente en atender a los pasajeros que se mareaban. Aquellas terribles náuseas e inestabilidad encajaban a la perfección con la descripción del mareo. Aunque estaba quieta, las piernas le temblaban como si acabara de bajarse de un barco a tierra firme, y su estómago, como si estuviera navegando en un mar agitado.

Miró al suelo, intentando recuperar el equilibrio.

Su padre terminó de escribir y empujó el pizarrón frente a ella. Su letra siempre había sido descompuesta, por supuesto no había mejorado con el derrame cerebral y la debilidad actual. Tardó un segundo en descifrar sus garabatos:

Perdón. Te quiero.

Se sorprendió un poco de no haber llorado. Sin embargo, sí tenía

un nudo en la garganta que le dificultaba pasar saliva.

Toda su vida había anhelado el amor de su padre, solo para que se lo arrebatara. Y ahora él se lo ofrecía de nuevo, después de que ella aceptara por fin que no lo necesitaba.

Quizás estaba demasiado cansada para llorar. Cansada del resentimiento y las recriminaciones silenciosas. Cansada de cargar con toda esa amargura.

Su padre la observaba con los ojos llorosos mientras esperaba su reacción. Estaba esperando que le respondiera. Había hecho su propuesta de reconciliación y ahora la pelota estaba en su cancha.

Brooke le apretó la mano y forzó una sonrisa.

—Lo sé, papá —respondió—. Yo también te quiero.

No estaba del todo segura de que la segunda parte fuera cierta. Le llevaría algún tiempo analizar sus sentimientos y ahora estaba demasiado entumida para hacerlo.

Sin embargo, era posible que fuera cierto y más importante aún, parecía lo más amable que podía decir en aquellas circunstancias. Por ahora, era razón suficiente para decirlo.

No lo perdonaba del todo; todavía no. Pero sentía pena por él. No le deseaba ningún mal. Su padre no era un monstruo, solo una persona débil e infeliz. No merecía estar acostado en esa cama de esa manera; si podía ofrecerle un poco de consuelo diciéndole lo que quería oír, era una persona lo suficientemente generosa como para hacerlo.

El padre de Brooke era un imbécil terco que se había negado a comprometer su visión del mundo para aceptarla tal y como era, pero ella sí creía que la quería. Si no la hubiera querido, la habría perdonado más rápido. Era estúpido a más no poder, pero así era. La gente era imperfecta y estaba trastornada. Incluso quienes te querían.

Ella no necesitaba el amor de su padre, pero era bueno saber que lo tenía.

No lo era todo, pero tampoco era nada.

***

Brooke se quedó con su padre durante otros diez minutos, tomándolo de la mano hasta que se durmió. Cuando empezó a roncar, le soltó los dedos y silenciosamente le dio a su madre un beso de buenas noches.

Cuando volvió a la sala de espera, Dylan y sus dos hermanos levantaron la vista. Verlos a los tres juntos, esperándola con la misma expresión de agotamiento y preocupación en sus rostros, hizo que sintiera el corazón demasiado grande para su pecho.

Había pasado todo este tiempo pensado que ya no tenía familia y sin embargo, ahí estaban todos. Esperando a que volviera con ellos.

Los ojos de Dylan rebosaban de preguntas que no hizo cuando se levantó a recibirla. Por un segundo pareció que quería darle un abrazo, pero en lugar de eso se detuvo justo enfrente de ella y se metió las manos en los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Todo bien? —preguntó Teddy.

—Sí —respondió Brooke, sin apartar la mirada de Dylan—. Estuvo bien. —Vio cómo todo su cuerpo se relajaba al desprenderse de la tensión que había estado reteniendo.

—No sé ustedes, pero yo estoy agotado —dijo Justin, poniéndose de pie y estirándose—. Me voy a la casa a dormir un poco. ¿Nos vemos aquí en la mañana? Les traigo el desayuno.

Teddy se levantó y miró a Brooke con incertidumbre.

—Puedes quedarte en mi casa —ofreció—. Por si no quieres volver a casa de mis papás.

Brooke miró a Dylan y luego de nuevo a su hermano mayor, que parecía comprenderla mejor de lo que esperaba.

—Gracias, pero está bien que vaya a casa de mamá y papá.

De todos modos, tenía que llevar a Dylan a casa de sus padres. Probablemente él habría podido volver a su casa en taxi, pero ella todavía no estaba lista para darle las buenas noches. Quería tenerlo para ella sola un rato más.

Se despidieron en el estacionamiento del hospital. Teddy cambió la maleta de Brooke de su Explorer al coche de su madre, y Dylan llevó a Brooke a casa.

—¿De verdad estuvo bien? —le preguntó, lanzándole una mirada de preocupación mientras salía a la autopista.

Brooke bajó la mirada hacia la mano con la que su padre se había quedado dormido.

—Me pidió perdón. Y dijo que me quería.

Dylan extendió la mano para tomar la de Brooke con sus dedos fuertes y cálidos.

Ella habría querido asegurarle que estaba bien, pero no sabía si lo estaba. El agotamiento, tanto físico como emocional, la había drenado por completo. Lo más que pudo hacer fue mantener los ojos abiertos durante el resto del trayecto.

Diez minutos después, Dylan se estacionó detrás de la pickup del padre de Brooke en la entrada de la casa de sus padres, subió la maleta de ella los tres escalones que llevaban al porche y abrió la puerta principal antes de devolverle las llaves.

—¿Estás bien? —le preguntó, observándola con ojos preocupados —. Sé que hoy fue un día difícil para ti.

—Fue mucho mejor contigo aquí —respondió ella con sinceridad—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. —Esperaba que no se hubiera perdido nada importante por haber ido ahí. Ni siquiera se

le había ocurrido preguntárselo, pero si había perdido un trabajo por su culpa…

—No hace falta que me des las gracias —le dijo Dylan, y la abrazó.

Ella dejó escapar un largo suspiro mientras apoyaba la mejilla sobre su pecho y sentía cómo la envolvía con sus brazos. Dios, sus abrazos eran increíbles. El único lugar donde sentía que todo estaba bien era acurrucada en su calor protector. Ojalá pudiera vivir para siempre en uno de sus abrazos. O incluso solo por el resto de la noche…

Lo había extrañado tanto… pero aunque ahora estaba ahí, ella seguía extrañándolo. Todo era diferente e incierto entre ellos, y no sabía cómo arreglarlo.

Dylan la soltó y retrocedió de manera dubitativa, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Debería irme… —Señaló su casa con el pulgar por encima del hombro.

Brooke asintió, pero no dijo nada. Quería pedirle que se quedara, lo deseaba desesperadamente, pero no tenía el derecho. Lo había herido y todavía no habían hablado de ello.

Su cerebro estaba demasiado revuelto por el cansancio como para pensar con claridad, pero lo único que sabía era que no quería estar sola en esa casa esa noche. No quería dejar ir a Dylan, aunque sabía que no era justo para él.

—A menos que… —Dylan la observó durante un momento, con el ceño fruncido.

Una polilla revoloteó alrededor de la luz amarilla del porche detrás de la cabeza de Dylan mientras Brooke contenía la respiración y esperaba a que terminara. Ella no lo diría por él.

—A menos que quieras que entre —ofreció por fin.

—No es necesario. —Su voz sonó tan débil que casi quedó

ahogada por el coro nocturno de las cigarras y el zumbido de los aparatos de aire acondicionado que los rodeaban.

Los ojos de Dylan se clavaron en los suyos.

—¿Tú quieres?

Brooke asintió mientras la acuchillaba la culpabilidad. No quería ser como el niño de *El árbol generoso*, que tomaba y tomaba sin devolver nada, sin darse cuenta del daño que estaba causando. Sin embargo, no tenía fuerzas para rechazar su oferta.

—Solo si no te molesta.

—No me molesta. —Dylan ladeó la cabeza y le hizo un gesto para que lo guiara al interior.

Brooke metió la maleta a la sala, encendió la luz y se quitó los zapatos mientras él cerraba la puerta tras ellos.

La casa se sentía inquietantemente vacía, incluso más que antes, y un escalofrío la recorrió hasta la boca del estómago.

Entonces Dylan se acercó por detrás y le puso las manos sobre los hombros, y de repente la casa ya no le pareció vacía. Se sentía llena de amor y generosidad, como debería ser un hogar. Era reconfortante la familiaridad de la presencia de Dylan en la casa donde habían pasado tanto tiempo juntos de niños. En la casa donde su amistad se había formado y florecido.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó Dylan, y la ternura de su voz, combinada con la suave presión de sus manos, fue demasiado para las escasas reservas de Brooke.

Se dio la vuelta y lo abrazó, hundiendo la cara en su cuello mientras le apretaba el torso, aferrándose a él como si su vida dependiera de ello. Las lágrimas que no habían conseguido salir antes emergieron con toda su fuerza, obstruyéndole la garganta. Las emociones que había estado conteniendo durante todo el día, durante años, en realidad, se derramaron en un torrente imparable

que le sacudió el cuerpo.

Dylan la rodeó con sus brazos y llevó una mano a su nuca mientras ella sollozaba contra su cuerpo.

—Brooke —murmuró, acariciándole el pelo con la palma de la mano—. Tranquila, todo está bien.

Todo estaba bien, pero solo porque él la estaba abrazando.

Siguió abrazándola hasta que terminó de llorar, hasta que su respiración entrecortada se calmó y sus lágrimas disminuyeron, entonces la tomó en sus brazos y la cargó a su habitación. Con amorosa delicadeza, la acostó en la cama y se acurrucó a su lado.

Eso era exactamente lo que ella necesitaba. Él era exactamente lo que ella necesitaba.

Sintiéndose segura y serena por primera vez en todo el día, Brooke se deslizó en un sueño profundo y sin sueños.

Capítulo veintidós

Cuando Brooke despertó, tenía un fuerte dolor de cabeza. Tenía la mejilla pegajosa donde la había dejado sobre su mano y sentía los ojos como si se los hubieran apuñalado con atizadores calientes.

Sin embargo, los brazos de Dylan seguían envolviéndola y su cuerpo era una presencia sólida y estable contra su espalda. El sonido de su respiración lenta y constante le infundió una sensación de paz. Y también una notable sensación de claridad.

Brooke supo exactamente lo que quería.

A él.

Antes, en el hospital, se había equivocado. No era la ausencia de su padre lo que había hecho que su familia se sintiera completa, sino la presencia de Dylan.

Dylan hacía que todo fuera más fácil y mejor, solo por estar ahí. *Él* era el lugar donde Brooke se sentía feliz, segura y querida. Era su hogar y su familia y todo aquello de lo que se había convencido a sí misma que no necesitaba, porque pensaba que no podía tenerlo.

Y sin embargo, él estaba ahí. Le había ofrecido estar con ella y la había apoyado incluso después de que ella lo rechazara. Jamás había creído en el amor incondicional, pero ahí estaba, a su lado.

Ella había intentado deshacerse de ese amor porque le daba demasiado miedo permitirse desearlo.

Brooke quería dormirse cada noche en los brazos de Dylan y despertarse a su lado, así, cada mañana durante el resto de su vida. Y podía tenerlo. Ella misma era lo único que se interponía en su

camino. Lo único que se interponía en el camino de ambos. Porque esto era también lo que Dylan quería. Lo había dejado muy claro. Ella podía hacerlo realidad para él y para sí misma. Entonces no sería como el niño de *El árbol generoso*, porque le estaría dando algo tan importante como lo que ella recibía.

Brooke se dio la vuelta y se apretó contra Dylan, respirando el familiar aroma de su piel.

Era posible que viviera en uno de sus abrazos para siempre. Solo tenía que tomar la decisión de hacerlo. Luchar por ello. Seguir luchando, aunque fuera difícil.

Dylan cerró los brazos instintivamente alrededor de ella, incluso antes de despertarse del todo.

—¿Brooke? —murmuró con la voz rasposa por el sueño—. ¿Qué pasa?

—Me equivoqué —dijo ella contra su pecho.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Perdóname por haberte hecho daño. No te lo merecías.

—Oye. Te dije que no teníamos que hablar de eso. —La apretó con más fuerza, pero su tono era lo suficientemente cortante como para que a Brooke se le retorciera el estómago—. Ya está superado.

Brooke se zafó de sus brazos y se estremeció al ver el dolor en el rostro de Dylan. El dolor que era culpa suya.

—Por favor, ¿me dejas decirte algo? Tengo que decírtelo. Y si después no quieres hablar más de eso, no lo volveremos a mencionar.

—Bueno. —Dylan se mordió el labio mientras asentía, y ella deseó calmar su dolor con un beso, pero primero tenía que decirle cómo se sentía realmente.

Luego averiguaría si él todavía la quería.

Respiró hondo y lo miró a los ojos, encontrando fuerza en sus

claras profundidades azules.

—Tenía miedo. Nunca he tenido una relación que funcione y me daba miedo intentar que funcionara contigo, porque el costo del fracaso era demasiado alto. No podía soportar la idea de perderte.

—No vas a perderme.

—Pero podría. Estuve a punto, o eso pensé, y nunca había tenido tanto miedo. Todavía podría perderte, si esto sale muy mal.

—¿A qué te refieres? —Su expresión era seria y cautelosa. Brooke ya lo había herido una vez.

—Me refiero a que te quiero. Quiero esto. —Le puso la mano en el corazón y sintió su latido frenético contra su palma—. Quiero intentar tener una relación de verdad contigo, y haré lo que haga falta para que funcione, porque te quiero en mi vida. Quiero de ti todo lo que me quieras dar.

Vio cómo la manzana de Adán de Dylan se movía al tragar, pero él no respondió nada. Brooke temía que siguiera enojado, así que siguió hablando con la esperanza de que, si decía suficientes palabras, tal vez pronunciaría las adecuadas y él dejaría de estar enojado con ella. Tal vez pudiera tener otra oportunidad para arreglar las cosas.

—No sé si ya les diste una respuesta a los de la ropa, pero no tienes que mudarte a Los Ángeles si no quieres. Sería tu novia a distancia si es lo que hace falta. Sería lo que necesites que sea. No tienes que renunciar a tu carrera solo por mí. Hay un montón de programas estupendos en la Costa Este, si me esfuerzo mucho podría acabar en un año y después quizá yo pueda ir a donde tú estés, o por lo menos acercarme más a ti. Tal vez a Boston, o incluso Norfolk sería mejor.

—Brooke. —No fue hasta que Dylan pronunció su nombre cuando ella se dio cuenta de que le brillaban los ojos, y qué maravilla, eran

aún más hermosos así, azules y brillantes como la superficie del océano un día soleado.

No dijo nada más, solo su nombre, y Brooke empezó a temer que sus palabras no hubieran sido suficientes. Sin embargo, él respiraba con cierta dificultad, lo que podía ser bueno o malo. Era difícil leer las señales en ese momento.

Pero entonces los hermosos ojos de Dylan se posaron en sus labios como si quisiera devorarlos, y eso definitivamente parecía una buena señal.

En especial cuando se abalanzó sobre ella para besarla.

Todo su cuerpo estaba tenso como un resorte gigante, pero sus labios se separaron al encontrarse con los de ella, solo un poco, y ella sintió un levísimo roce de su lengua contra la suya antes de que él se apartara de nuevo.

Eso fue… ¿Qué fue? ¿Significaba que le estaba dando otra oportunidad? Sus ojos buscaron respuestas en los de él, esperando que no fuera un triste beso de despedida.

—Sí —dijo Dylan con voz ronca—. Sí quiero…

Volvió a besarla.

Esta vez su boca se abrió con un sonido ronco desde el fondo de su garganta. Le lamió la lengua una vez, con desesperación, antes de metérsela en la boca hasta el fondo, hambriento, necesitado y trastornado.

Brooke enredó las manos en su pelo, intentando aferrarse a él. No volvería a soltarlo si podía evitarlo. Sintió que la agarraba por la cintura y la acercaba a la cama, entonces supo que él tampoco la soltaría.

Cuando por fin se apartó, su respiración sonaba ruidosa y agitada, como si estuviera hiperventilando; la abrazó con demasiada fuerza, clavándole los dedos lo suficientemente fuerte como para dejarle

moretones.

A ella le encantaba.

Brooke besó la comisura de su boca perfecta, luego la mandíbula, luego la garganta. Lo lamió justo debajo de la oreja, disfrutando el sabor salado y dulce de su piel.

—Cuánto te extrañé —murmuró, besándolo por todas partes—. Te amo tanto.

Dylan se quedó muy quieto. Se apartó para mirarla a los ojos.

—¿Me amas?

Brooke se sintió confundida por un segundo, porque no se había dado cuenta de lo que estaba diciendo. Las palabras habían salido de su boca, francas y sinceras, sin haberlas ensayado. Tuvo que volver atrás y recordar lo que había dicho.

Lo había dicho. Había dicho que lo amaba.

Y así era. Lo amaba. Más que a nada en el mundo.

La única sorpresa era que hubiera tardado tanto en reconocerlo.

—Sí —dijo, mirándolo a los ojos y tratando de impregnar las palabras con todo el sentimiento que había en su desbordante corazón—. Te amo.

Dylan torció la comisura de su boca, y ella quiso besarlo, pero pensó que tal vez debería esperar por si él quería decirle algo.

—Dije que sí a la asociación. —Parecía casi presumido—. Me voy a mudar a Los Ángeles.

Brooke sintió que el corazón se le elevaba como un globo aerostático.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Lo hice por mí —dijo Dylan—. Aunque tú no me quisieras cerca, esta oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar. Los Ángeles es una gran ciudad, y supuse que encontraríamos la manera de arreglar las cosas y volver a ser amigos en algún momento. —Le

dirigió una mirada de reproche—. No podía dejarte completamente fuera de mi vida. Eres mi mejor amiga.

Esta vez fue Brooke la que se abalanzó sobre él, jalándolo para darle un beso frenético. Fue como un primer beso, dulce y descuidado al mismo tiempo, como si estuviera besando a Dylan por primera vez después de haberlo deseado toda su vida y por fin lo hubiera conseguido.

Cuando se detuvieron para respirar, ella le dio una pequeña sacudida.

—¿Por qué no me respondiste ninguna llamada o algún mensaje? ¿Te imaginas lo asustada que estaba? Pensé que te había perdido.

—Perdón. —Le besó la frente y ella se acurrucó contra él—. En parte estaba haciendo berrinche porque estaba dolido… y quizá también te estaba castigando un poco.

—Me lo merecía.

—No, no te lo merecías. Debí haberme quedado para hablar contigo, pero reaccioné emocionalmente.

—Yo habría hecho lo mismo si me hubieras rechazado.

Dylan la abrazó con fuerza y le acarició el pelo.

—En cuanto volví a mi casa, me arrepentí. Pero sabía que quería aceptar esa asociación en Los Ángeles, y temía que me disuadieras si hablaba contigo. Así que les dije que sí, y me dediqué a terminar mis asuntos en Nueva York y a hacer planes para el traslado. Iba a ponerme en contacto contigo en cuanto todo estuviera preparado, cuando fuera demasiado tarde para echarme para atrás.

—Lo siento mucho —dijo Brooke—. Creía que sabía lo que quería, pero en realidad estaba demasiado asustada para permitirme correr el riesgo. Tenía tanto miedo de arruinar lo que teníamos…

—Lo sé. —Le tomó la cara entre sus manos y le recorrió los pómulos con los pulgares—. Lo creas o no, te conozco bastante

bien. Sé cuándo tienes miedo.

—Es algo bueno, porque definitivamente voy a ser mala en esto. No sé si te des cuenta, pero históricamente soy una novia terrible.

—Mira, esto no va a ser perfecto. Las relaciones son difíciles, y esto es nuevo para los dos. Va a haber un montón de desafíos en el camino. Por ejemplo, yo sé que no soy lo suficientemente inteligente para ti, y nunca encajaré con tus compañeros académicos.

—Oye, eso no es verdad. —Brooke le dio un pellizco en la cintura y él se retorció.

Lo que pasaba con Dylan era que no sabía lo que valía. No tenía ni idea de lo especial que era. Brooke había intentado decírselo toda la vida, pero nunca parecía quedarle claro. Tal vez porque solo había estado haciendo el trabajo medio tiempo. Amar a Dylan tenía que ser una carrera de tiempo completo. Podía dedicarse a la tarea las veinticuatro horas del día y aun así no le daría todo lo que él se merecía.

Aunque quizá de esa manera él entendería por lo menos lo mucho que le importaba.

—Uno de mis brillantes compañeros echó nitrógeno líquido por el lavabo de su laboratorio y destrozó las tuberías del departamento, así que yo no les daría demasiado crédito.

La risa espontánea de Dylan rompió algo en el pecho de Brooke.

—Bueno, quizá no todos son más listos.

Ella le apartó el pelo de la frente mientras lo miraba. Era tan guapo, estúpidamente hermoso, pero ella ya no podía ver su aspecto físico con objetividad. Lo único que veía era a él.

—Tú eres el hombre más inteligente que conozco, no permitas que nadie te diga lo contrario. —Con adoración, le besó la mejilla, la mandíbula y, por último, la comisura de los labios.

Él giró la cabeza para capturar sus labios con los suyos. Mientras la

besaba, la empujó hacia atrás para ponerse encima de ella en la cama. Suspirando de placer bajo el peso protector de su cuerpo, Brooke le acarició la espalda mientras sus lenguas se enredaban.

En algún momento tendrían que levantarse y volver al hospital, pero la perspectiva ya no parecía tan desalentadora. No había prisa. Todavía tenían tiempo para disfrutar.

Tenían todo el tiempo del mundo.

—Te amo —dijo Dylan mientras le besaba la clavícula con la boca abierta.

Brooke sonrió cuando las palabras se hundieron en ella, calentándola por dentro.

—Terrible decisión de tu parte. Deberías reconsiderar.

Él le atrapó el lóbulo de la oreja con los dientes.

—No, estás atrapada conmigo.

—Qué bueno. —Cerró los ojos mientras disfrutaba la sensación de haber hecho lo correcto. Estaban al borde de un precipicio que ya no le daba miedo, porque la base bajo sus pies era sólida como una roca. Inquebrantable.

Nunca había estado tan feliz de estar atrapada.

Epílogo

Brooke iba tarde. No había estacionamiento cerca de la dirección que Dylan le había enviado por mensaje, así que había tenido que caminar a toda prisa cuatro cuadras desde su coche.

Por el lado bueno, tuvo la oportunidad de conocer la colonia. Era una tranquila calle residencial en Culver City, no muy lejos de su departamento en Palms. Una mezcla de pequeños edificios y dúplex bordeaban la calle, con algunas casas por aquí y por allá. Muchas tenían jardín, lo que a Brooke le parecía un lujo inimaginable después de ocho años viviendo en dormitorios y departamentos.

Un par de niños jugaban en uno de los patios delanteros. Un niño y una niña de siete u ocho años se peleaban con una pistola de agua mientras dos mujeres los observaban desde la sombra del porche. Los gritos y las risas de los niños llenaban el aire mientras se perseguían por el pequeño espacio de pasto. Cuando Brooke se acercó, hicieron una pausa y la saludaron con la mano. Ella les devolvió el saludo y les sonrió a las dos madres que estaban en el porche.

La banqueta delante de su casa estaba cubierta de dibujos de gis, y Brooke pisó la estrecha franja de hierba que bordeaba la calle para no borrar el arte de los niños. Había un avión, un dibujo de un unicornio y un coche de carreras. Al lado había una ilustración de una niña con el nombre de Ava garabateado abajo, y la de un niño con el nombre de Mason. Entre ellos, las letras BFF estaban rodeadas por un corazón toscamente dibujado.

Cuando Brooke volvió a levantar la vista, vio a Dylan unas casas más abajo. Se quedó sin aliento al verlo. Alto y guapo, con el cabello rubio brillando al sol, hablando con una mujer delante de un dúplex de estilo español. En contraste con los jeans y la camisa de botones desfajada de Dylan, la mujer llevaba pantalones de vestir y tacones altos, y su cabello castaño tenía el tipo de ondulado que solo se consigue con tenazas.

Dylan le sonreía a la mujer mientras hablaba, ella se rio y le tocó el brazo. Brooke no se molestó en ocultar su sonrisa, no le molestaba en absoluto el coqueteo descarado de la mujer. Ya se había acostumbrado. A dondequiera que Dylan fuera las mujeres, y bastantes hombres, se quedaban boquiabiertas y con miradas soñadoras.

Brooke las comprendía, ya que ella hacía exactamente lo mismo.

En ese momento, Dylan se volteó, vio a Brooke por primera vez y su cara se iluminó con una sonrisa deslumbrante.

¿La forma en que la estaba mirando? Por eso Brooke nunca se preocupaba cuando una mujer intentaba coquetear con él. Porque esa mirada la reservaba solo para ella.

Se alejó de la mujer del cabello bonito sin mirar atrás, abriendo los brazos para salir al encuentro de Brooke. Ella prácticamente saltó los últimos pasos y se lanzó sobre él, apretando los labios contra su mejilla.

—Lo logré.

Dylan la apretó, alzándola un poco del suelo, y la besó en la boca.

—Hola.

—Perdón por llegar tarde —dijo ella mientras él la dejaba de nuevo en el suelo—. Estacionarse por aquí es imposible.

—Afortunadamente, esta casa incluye una entrada para estacionarse fuera de la calle —dijo la mujer morena, acercándose a

ellos con una amplia sonrisa—. ¿Están listos para ver el interior?

Dylan presentó a Brooke con la agente inmobiliaria, que se llamaba Lauren, y la siguieron hasta la entrada. Él puso una mano en la espalda de Brooke cuando entraron a la casa de estuco blanco con tejado de tejas rojas. Cuando se mudó a Los Ángeles había rentado un departamento de una habitación en un rascacielos cercano, pero ahora buscaba algo más grande.

Los dos buscaban algo más grande. Después de cinco meses de alternar noches en sus respectivos departamentos, Brooke y Dylan se iban a mudar juntos.

Era un gran paso. Enorme.

Sorprendentemente, había sido idea de Brooke. A pesar de sus temores de que se cansaría de tener a Dylan cerca todo el tiempo, de lo que en realidad estaba cansada era de llevar y traer sus cosas de un departamento a otro. Incluso cuando las semanas se convirtieron en meses y se desvaneció la brillante novedad de su relación, se sentía cada vez más reacia a pasar una sola noche separada de él.

El departamento de Dylan era mucho más bonito que el de Brooke, pero era muy pequeño y no admitían mascotas. El colchón barato de Brooke era mucho menos cómodo que el de Dylan y en su clóset no cabía toda su ropa, pero se sentía culpable por no pasar suficiente tiempo con Murderface cada vez que se quedaba a dormir en casa de Dylan.

La única solución era la obvia: vivir juntos.

Dylan casi se había desmayado de la impresión cuando ella se lo propuso, pero en cuanto lo convenció de que no era una broma, aceptó encantado.

—Me gusta el piso de madera —dijo Dylan cuando entraron a la casa—. Y el espacio.

La casa era larga y estrecha, con sala y comedor de tamaño decente, separados por un amplio arco. Por las ventanas arqueadas, que hacían juego con los detalles de estilo español del exterior, entraba mucha luz natural.

—Tiene una cocina grande —señaló Lauren, guiándolos a través del comedor—. Recientemente remodelada.

—¿Los electrodomésticos son nuevos? —preguntó Brooke.

—Así es —respondió Lauren—. Y también tiene nuevas barras de granito.

—Tiene más espacio en la barra que mi casa actual —comentó Dylan—. Mucho espacio para cocinar.

—No es tan elegante como tu casa —observó Brooke, pensando en los modernos dispositivos de la luz y el lavabo de azulejos de su cocina actual.

—Eso no me preocupa. —Dylan echó un vistazo al interior del horno de acero impoluto—. Es más funcional. —Se volteó para sonreírle a Brooke—. Y también mucho más hogareño.

Se parecía mucho más a una casa que a un departamento. Tenía muchas más ventanas, solo una pared común y su propio patio.

Brooke le devolvió la sonrisa mientras lo tomaba de la mano y lo llevaba hacia las recámaras. La habitación principal tenía buen tamaño, con su propio baño y un armario lo suficientemente grande para guardar toda su ropa.

—La habitación de invitados es un poco más pequeña —señaló Lauren—. Pero tiene un baño completo.

—Será suficiente para tus papás cuando vengan —dijo Dylan, pasando los nudillos por la espalda de Brooke.

Ella asintió, tratando de imaginárselo. Sus padres, aquí en Los Ángeles, visitándola por primera vez.

La recuperación de su padre iba bien. Había recuperado la

capacidad de hablar, aunque todavía lo hacía con dificultad, y caminaba con ayuda de un bastón. Lo mejor de todo era que su oncólogo lo había encontrado en remisión. Estaba oficialmente libre de cáncer. Todavía le quedaban un par de meses de terapia ocupacional, pero ya habían hablado de ir a visitar a Brooke en el verano. De hecho, lo mencionaba casi siempre que hablaban por teléfono, que era cada semana desde que lo habían dado de alta en el hospital.

Las cosas entre ellos seguían siendo un poco precarias. Sin embargo, él estaba haciendo un gran esfuerzo y Brooke intentaba acostumbrarse a tener un padre que quería volver a formar parte de su vida. Era un trabajo en curso.

Aunque todavía no le había dicho a su padre que ella y Dylan se iban a vivir juntos. Sería la primera prueba real de su reconciliación y estaba un poco nerviosa.

—Quizá tus hermanos quieran venir.

—Tal vez —dijo Brooke. Ella también había estado hablando más con sus hermanos en los últimos meses. Se había puesto al día sobre sus vidas, y por fin los conocía. Quizás algún día quisieran venir a visitarla.

—Tiene un pequeño patio y una lavandería compartida en la parte de atrás —les dijo Lauren, mirando su teléfono—. Tengo que atender una llamada, pero siéntanse libres de explorar por su cuenta.

Cuando los dejó solos, Dylan se giró hacia Brooke y su sonrisa se transformó en una expresión de preocupación.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Ella lo miró a través de sus pestañas.

—¿No parezco segura?

—Sé que tenías dudas sobre lo de vivir juntos.

—Tenía. —Le apartó el pelo de la cara—. En tiempo pasado.

Dylan rodeó su cintura con las manos.

—No quiero que te sientas presionada a renunciar a tu propio espacio.

Ella alzó una ceja.

—Bueno, ahora empieza a parecer que eres tú el que tiene dudas. ¿Estás intentando echarte para atrás? No pasa nada si es así, solo tienes que decirlo.

—No. No tengo ninguna duda. —Sus ojos azules brillaban con tanta certeza como nunca había visto en ellos—. Estoy increíblemente emocionado por mudarme contigo. Solo quiero asegurarme de que seas feliz.

—No recuerdo haber sido más feliz —respondió Brooke mientras se ponía de puntitas para besarlo.

Él le devolvió un beso mucho más fuerte y profundo, y la pasión se encendió fácil y rápido entre ellos mientras empujaba su cadera hacia la de ella.

Antes de que la cosa se calentara demasiado, Brooke se separó del beso y jaló a Dylan hacia la puerta trasera.

—Vamos a ver atrás. Quiero ver la lavandería compartida.

Entre el dúplex y el pequeño garage, que albergaba una lavadora y una secadora, había una pequeña parte de pasto. No eran tan nuevos como los electrodomésticos de la cocina, pero servían perfectamente, y compartirlos solo con otra casa sería un paso adelante para ambos respecto a sus circunstancias actuales.

—Me gusta mucho este lugar —dijo Dylan, abrazando a Brooke en la entrada, con vista al patio trasero.

Ella sonrió al ver el entusiasmo de su expresión, que le recordó a la de un niño suplicando a su madre un juguete nuevo.

—Es el primer lugar que vemos —le recordó.

—Ya sé, pero… —Pegó la nariz a la de ella—. Se parece a nosotros.

Nos imagino viviendo aquí.

Brooke le rodeó el cuello con las manos y miró la casa.

—Pero es cara. —Ni siquiera sabía cuánto costaba la renta, pero se lo suponía. ¿Tanto espacio? ¿En esta zona? Debía ser inimaginablemente cara.

A Brooke le quedaba un año más de doctorado. No estaba en condiciones de contribuir mucho a los gastos de la casa y no lo estaría por un tiempo más. Estaba a punto de presentar su tesis en primavera, pero todo lo demás era una incógnita. Con suerte encontraría trabajo ahí, pero siempre cabía la posibilidad de que no fuera así. Habían hablado un poco sobre la probabilidad de que ella tuviera que mudarse de Los Ángeles. Quizá ambos tuvieran que mudarse. Dylan había dicho que iría con ella a dondequiera que terminara. Él encontraría una manera de hacer que funcionara, había dicho, y ella le creyó.

Brooke no se preocupaba por el futuro tanto como solía hacerlo. Pasara lo que pasara, sabía que Dylan estaría con ella. Lo resolverían.

—No es mucho más cara que mi casa actual —señaló Dylan. Que, para Brooke, también era inimaginablemente cara. Él le rozó la sien con los labios y le acarició la espalda—. Y ya te dije que no tienes que preocuparte por eso.

La línea de ropa de Dylan estaba empezando a despegar de verdad. Sus piezas ya estaban disponibles en tres destacadas boutiques de Los Ángeles, y estaban en negociaciones con otras dos de Manhattan. Justin Theroux y Rami Malek habían modelado sus diseños, y el estilista de Rami había organizado una cena exclusiva en la azotea de un hotel de moda de West Hollywood para presentar la marca, que estrenaría su primera colección completa esa temporada.

Todo era muy extraño para Brooke. No estaba acostumbrada a ser alguien que tuviera ocasión de utilizar las palabras «cena exclusiva» en una conversación normal, y mucho menos a asistir a fiestas en las que estuviera Rami Malek. Pero estaba aprendiendo a fingir.

—Incluso está cerca de nuestra librería favorita —señaló Dylan.

Brooke no estaba segura de considerar tres kilómetros como «cerca», pero tal vez podría ir caminando hasta ahí. Era fácil imaginarse paseando con Dylan por ese vecindario, los dos de la mano al atardecer, saludando a sus vecinos al pasar.

—Tal vez me dedique a la jardinería —pensó, protegiéndose los ojos del sol mientras se giraba para observar el pequeño jardín—. Podríamos poner algunas macetas por ahí, y tal vez algunos muebles de jardín.

Dylan la abrazó por detrás.

—Podríamos poner un huerto. Cultivar hierbas y algunas verduras.

—Podríamos hacer composta.

—Podría comprar un asador. —Le acarició la mejilla y su aliento le erizó la piel—. Imagínanos, viviendo en nuestra propia casa.

—Media casa. —Podía imaginárselo fácilmente. Los dos volviendo a casa el uno al otro al final de cada día.

Había algunos lugares más que habían planeado ver ese día, pero ella tenía la sensación de que iban a terminar tomando este. Dylan tenía razón. Se sentía como para ellos.

—¿Podemos rentarla? —La pregunta fue un murmullo en su oído —. ¿Por favor?

Brooke giró en sus brazos y le dio un beso en la boca.

—Sí. Si es lo que tú quieres. Cualquier cosa que te haga feliz me hace feliz.

En realidad, a ella no le importaba dónde vivieran. Lo único que le importaba era que estuvieran juntos.

Mientras estuviera con Dylan, estaba en casa.

Agradecimientos

En primer lugar, tengo que dar las gracias a mi fabulosa asesora de biología marina por compartir generosamente sus conocimientos y experiencia conmigo. Sin ella, este libro no habría sido posible.

Un agradecimiento especial, como siempre, a mi maravilloso marido, Dave, por ser el mejor compañero que se pueda desear.

También a mi fiel lectora, Jo, por detectar tantos errores de continuidad.

Y un agradecimiento muy especial a mi editora Julia, por ser siempre tan confiable, profesional y fantástica en lo que hace.

Un agradecimiento especial a Linda Lassman por ser la ganadora de la subasta Romance for Puerto Rico, organizada por la autora Lucy Eden. De hecho, Linda dio nombre a dos personajes: Tara Phillips, la compañera de laboratorio de Brooke, y la doctora Lassman, asesora de Brooke. ¡Felicidades, Linda! Y gracias por tu generosa donación en apoyo a The Hispanic Federation and World Central Kitchen.

Acerca del autor

Susannah Nix vive en Texas con su marido, dos gatos malhumorados y un pit bull flatulento. Cuando no está escribiendo, disfruta leer, cocinar, tejer, ver cantidades estúpidas de televisión y distraerse con Tumblr. También disfruta de hacer pesas y puede levantar al mismísimo Capitán América.

Título original: *The Best Friend Experiment #5*
(antes titulado EXPERIMENTAL MARINE BIOLOGY)

© Susannah Nix, 2025
Edición en español publicada con el acuerdo de Casanovas & Lynch Literary Agency.

Publicado por primera vez en 2025 por Macmillan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited.

Traducido por: Mariana Hernández Cruz
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Raymundo Ríos Vázquez
Ilustración de portada: Raymundo Ríos Vázquez

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2025
ISBN Obra Completa: 978-607-39-1020-0
ISBN Volumen: 978-607-39-2719-2

Primera edición en formato epub: abril de 2025
ISBN Obra Completa: 978-607-39-1017-0
ISBN Volumen: 978-607-39-2825-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE


DAVID HERRERA
Mis labios recuerdan
Todo comenzó con un juego y un beso que cambió sus vidas
Planeta

Mis labios recuerdan

Herrera, David
9786073926140
232

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todo comenzó con un juego y un beso que cambió sus vidas

Tadeo sabe que si reprueba álgebra perderá cualquier oportunidad de que Sandra, la chica que siempre le ha gustado, lo tome en serio. Ella tiene el mejor promedio de la escuela y ha dejado muy claro que su futuro novio debe ser alguien igual de comprometido que ella.

Cuando Tadeo se resigna a no conseguir quien lo ayude a prepararse para el examen final, encuentra al tutor perfecto en el lugar menos esperado: una fiesta. Se trata de Sebastián, el integrante del equipo escolar de matemáticas al que tuvo que besar mientras jugaban a la botella. Ambos están convencidos de que ese beso no significó nada, por lo que no les impedirá pasar las tardes estudiando juntos… incluso si no pueden dejar de mencionarlo.

A medida que la fecha del examen se acerca, Tadeo comenzará a cuestionarse si su repentino interés por las matemáticas se debe a Sandra o a algo más. Quizá esta sea su primera oportunidad de decidir a quién y qué es lo que realmente quiere.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



La hipótesis de los novios (Lecciones de química 3)

Nix, Susannah

9786073915861

304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Su atracción desafió todas las teorías.

UN ROMANCE STEM EN EL QUE LA ATRACCIÓN DE LOS OPUESTOS ES MÁS FUERTE QUE LA LÓGICA.

La ingeniera química Penny Popplestone está desarrollando una teoría después de haber terminado con una serie de novios pésimos: ¡todos los chicos son infieles! Así que renuncia a los hombres hasta que
no descubra por qué todos la han engañado. Sin embargo, sus planes se ven obstaculizados cuando el misterioso y sobrehumanamente atractivo barista de su cafetería favorita comienza a interesarse en ella.

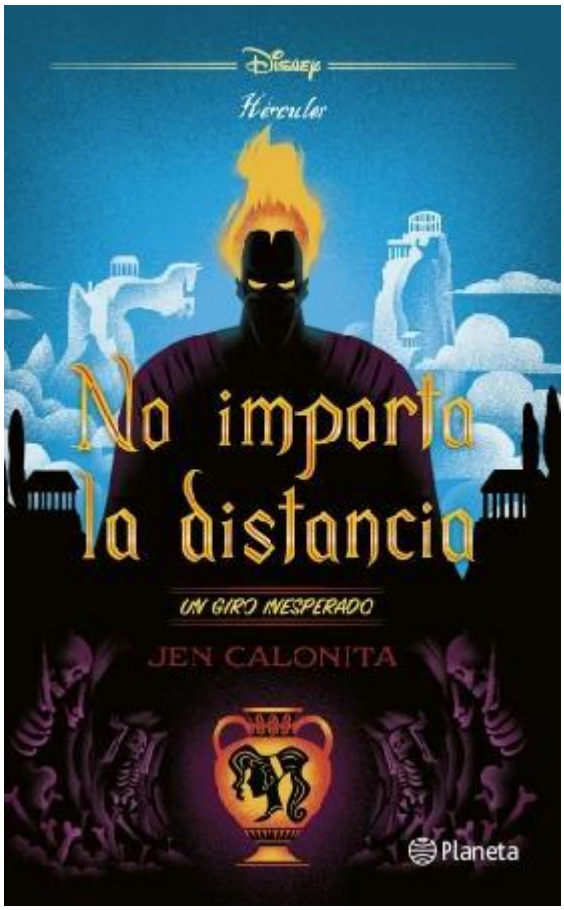
Penny se esfuerza por mantener las cosas platónicas, pero cuando Caleb le da el beso de su vida, se da cuenta de que él quiere algo más que amistad. Cansada de ser siempre una niñita buena, ignora su regla autoimpuesta y emprende una aventura sin compromiso

con el guapo barista. Al parecer, solo tienen en común una química abrasadora, entonces, ¿qué tiene ella que perder?

Solo su corazón.

Ahora, esta inteligente heroína se enfrenta a un problema sin solución. ¿Qué hacer cuando estar separados es insoportable... pero estar juntos es imposible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No importa la distancia. Un giro inesperado

Calonita, Jen

9786073921510

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué pasaría si Meg tuviera que convertirse en una diosa?

Después de que Hércules demostró ser un héroe verdadero y recuperó su divinidad, todo parecía estar en su lugar. Hasta que Zeus le reveló a Megara que no podía permanecer con Hércules porque ella era…, bueno, mortal. Por fortuna, Hera le ofreció a Meg una solución y la oportunidad de probar que merecía estar en el monte Olimpo, como diosa. Sólo tenía que cumplir una misteriosa misión.

¿Qué debía hacer? Rescatar del Inframundo a la esposa de su exnovio. El exnovio al que Meg salvó entregándole su alma a Hades. El exnovio que de inmediato rehízo su vida con otra mientras ella estaba atrapada en el Inframundo. ¿Podrá Meg olvidar el pasado y utilizar su ingenio para derrotar a monstruos y dioses, incluido el nefasto Hades? ¿Descubrirá por fin cuál es su propósito en el mundo? ¿O su miedo al compromiso la hará huir de una eternidad divina con Hércules?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



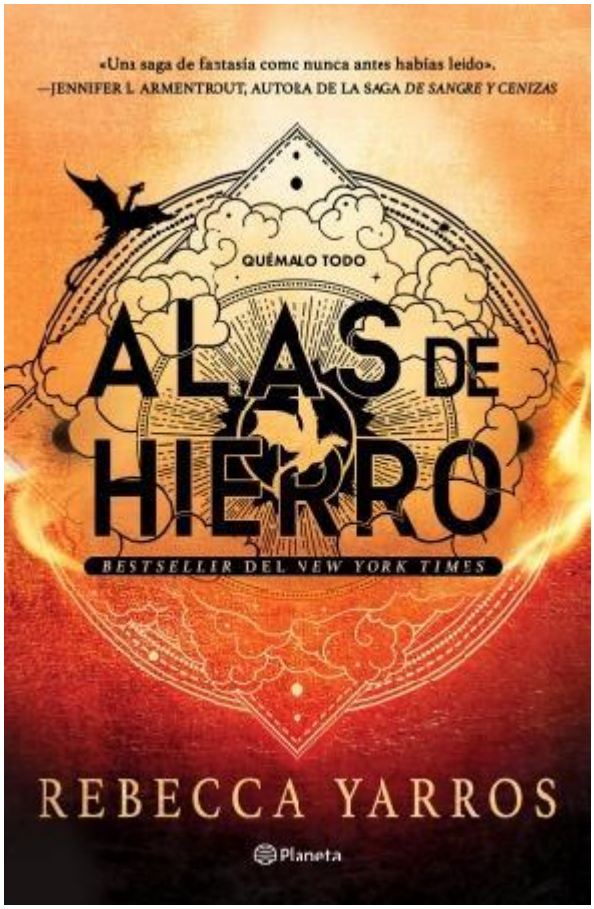
Spider-Man. Enemigos íntimos

Beard, Jim
9786070746888
280

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando Doctor Octopus sale de la cárcel gracias a su buen comportamiento, Spider-Man sabe que debe estar tramando algo. No puede creer que la amenaza armada de ocho brazos haya decidido seguir el camino correcto, a pesar de que Doc Ock prometió cumplir un voto: dedicarse a la ciencia tradicional en lugar de enfocarse en formas de destrucción. Pero con la presencia de Hydra y S.H.I.E.L.D. husmeando cerca del laboratorio del doctor, Peter Parker decide investigar.
Cuando Parker empieza a trabajar como asistente de Octavius, se da cuenta de la motivación secreta detrás de la investigación de Ock y entiende por qué todas las agencias de la ciudad lo están buscando. Con Ock atrapado entre Hydra y S.H.I.E.L.D., que luchan por obtener su tecnología, Spider-Man decide ayudar a su antiguo némesis —convirtiéndose en blanco de la opinión pública—. Entre malos y buenos, Spider-Man y Doctor Octopus deberán aprender a mantener a los amigos cerca y a los enemigos aún más cerca.
Los fans de Marvel disfrutarán de principio a fin esta aventura llena de acción escrita por Jim Beard.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Alas de hierro (Empíreo 2)

Yarros, Rebecca
9786073909860
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«En el primer año algunos pierden la vida. En el segundo año, los que sobrevivimos perdemos la compasión». —Xaden Riorson

Todos esperaban que Violet Sorrengail muriera en su primer año en el Colegio de Guerra de Basgiath, incluso ella misma. Pero la Trilla fue tan solo la primera de una serie de pruebas imposibles destinadas a deshacerse de los pusilánimes, los indignos y los desafortunados.

Ahora comienza el verdadero entrenamiento y Violet no sabe cómo logrará superarlo. No solo porque es brutal y agotador ni porque está diseñado para llevar al límite el umbral del dolor de los jinetes, sino porque el nuevo vicecomandante está empeñado en demostrar a Violet lo débil que es a menos que traicione al hombre que ama.

Aunque el cuerpo de Violet es más frágil que el de sus compañeros, su fuerza radica en su ingenio y voluntad de hierro. Además, los líderes están olvidando la lección más importante que Basgiath les ha enseñado: los jinetes de dragones crean sus propias reglas.

La voluntad de sobrevivir no será suficiente este año, porque Violet conoce el secreto que se oculta entre los muros del colegio y nada, ni siquiera el fuego de dragón, será suficiente para salvarlos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)